

GUIDO MINA DI SOSPIRO



**Memorias  
de  
un árbol**

La historia del mundo  
a través de la mirada de un árbol

# **MEMORIAS DE UN ÁRBOL**

**GUIDO MINA DI SOSPIRO**

Traducción de Daniel Menezo



**Rocaeditorial**

Título original: *The Story of Yew*

© 2001, Guido Mina di Sospiro

Primera edición en este formato: junio de 2019

© de la traducción: 2001, Daniel Menezo

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

**[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)**

**[www.rocalibros.com](http://www.rocalibros.com)**

© del diseño de portada: Sophie Güet

© de la ilustración de cubierta: Núria Solsona

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417805005

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

## MEMORIAS DE UN ÁRBOL

**Guido Mina di Sospiro**

Un árbol majestuoso y milenario explica su propia vida. Es la reina del bosque, un ejemplar femenino de tejo, testigo y protagonista de dos mil años de historia. Desde su isla verde es espectadora de los ritos animistas de los celtas, y asiste impotente a la invasión de una nueva religión, el cristianismo, que abandona el culto a las plantas y los animales. Con el paso de los siglos, la historia de la humanidad y de todos los seres vivos se refleja en la de ese pequeño bosque. Finalmente, hoy, ese árbol, protegido y venerado como símbolo de resurrección e inmortalidad, puede lanzar su mensaje de paz y armonía a todas las criaturas.

Aclamado por la crítica de Estados Unidos y de Italia, *Memorias de un árbol* inaugura un nuevo género literario. Su autor se convierte en portavoz de un ser inanimado. Gracias a largos años de estudios e investigaciones, así como a la colaboración de algunos de los más prestigiosos botánicos y naturalistas de nuestro tiempo, esta historia es la fusión de la ciencia de vanguardia con la sabiduría de las antiguas tradiciones.

### ACERCA DEL AUTOR

**Guido Mina di Sospiro** nació en Buenos Aires, en el seno de una antigua familia de la aristocracia italiana, pero fue criado en Milán desde que tenía solo tres meses de vida. Ahijado del compositor húngaro Miklós Rózsa, por invitación de este se trasladó a Los Ángeles, donde estudió en el Departamento de Producción Cinematográfica de la Universidad de California del Sur. Más tarde se casó en Nueva York y al cabo de un tiempo se mudó a Florida. Allí, en su estudio a prueba de huracanes e insonorizado, a la sombra de los robles, rodeado de enredaderas y visitado por ardillas, oposums, mapaches y zorros, ha escrito la historia del tejo inglés que transcurre íntegramente en su amada Irlanda. Hoy día vive en Miami con su esposa gallega y sus tres hijos, con quienes visita cada año Europa.

**[www.guido-mina-di-sospiro.com](http://www.guido-mina-di-sospiro.com)**

## **ACERCA DE LA OBRA**

*«En la tradición de los libros de filosofía accesibles a todos, como *El principito* y *El mundo de Sofía*, estimulante para el intelecto y muy entretenido.»*

ROS DRINKWATER, *THE SUNDAY BUSINESS POST*

En memoria de Andrea

## **PREFACIO**

*Memorias de un árbol* es precisamente eso: la historia de un árbol. Un espécimen de dos mil años relata sus memorias para beneficio de la raza humana. La historia se narra en primera persona sencillamente porque quien la cuenta es el propio tejo.

Solo aquel que se acerque al libro con una mente libre de prejuicios apreciará las palabras pronunciadas por el tejo. Esto quiere decir que el buen oyente debe dejar a un lado sus creencias sobre la superioridad de la raza humana.

No es necesario que explique cómo cayó en mis manos este venerable testimonio, ni cómo lo transcribí.

La leyenda nos cuenta que, antes de la construcción de la torre de Babel, que se proyectó a los cielos, solo existía un idioma. El tejo ha superado la barrera comunicativa entre humanos y árboles al emplear un lenguaje mutuo. Compartimos con ellos nuestro planeta.

# 1

Hace veinticuatro mil setecientas cuarenta lunas, recuerdo... haber nacido. Recuerdo que fui brotando lentamente de la blanda tierra, y cómo recibí el saludo de mi madre; yo aún estaba muy cerca del suelo, pero aun así mis tiernas hojas ya apuntaban a las alturas...

... Había llovizado durante varios días con sus noches. En ocasiones había llovido a cántaros, insistentemente, ese tipo de chaparrones fuertes que temíamos todas las plantas jóvenes, porque fácilmente podrían arrancarnos de la tierra. ¡Qué tremendo que te desarraigaran cuando aún casi no tenías ni raíces! Pero entonces la recia lluvia había amainado, convirtiéndose en ese chirimiri agradable que nos acariciaba a mí y a mis hermanos y hermanas. Nuestra madre nos contemplaba desde lo alto con amor, esperando que fuéramos creciendo en la Madre Tierra.

Había pasado mucho tiempo desde que habíamos caído al suelo envueltos en la jugosa pulpa de una baya. Fue a finales de verano, pero recuerdo que hacía un calor impropio de la temporada. Durante el día hacía tanto calor, y la tierra desprendía tamaña tibieza por las noches, que nos vimos obligados a madurar y desprendernos antes de tiempo.

La mayoría de nosotros abandonamos a nuestra madre por el cielo, engullidos por las aves. Como estas solo podían digerir la baya, con el tiempo iban esparciendo las semillas aquí y allí, guiadas por el más puro azar. Otros, como yo, nos entregamos a un vuelo sin alas, a veces dilatado por una ráfaga de viento, pero con mayor frecuencia solo perturbado por la atracción de la Madre Tierra.

Sobre Ella ya he dicho algunas palabras amables, de las que ni por un momento pienso retractarme. Sin embargo, eso de «blanda tierra» es



ciertamente un cumplido. Cuando fui a parar sobre ella, más que un aterrizaje lo que sentí fue un impacto. Es cierto que yo me había desprendido de una de las ramas más altas de nuestra madre. También es verdad que me había vuelto bastante rechoncha y...pesada, debido al infrecuente calor y a la nutritiva savia de mi madre. Pero lo que no me esperaba era el golpe que recibí al caer sobre la tierra. Había aterrizado prácticamente sobre la roca desnuda, que no era blanda ni cálida, y que carecía de los elementos esenciales para favorecer mi crecimiento.

Con la llegada del invierno me sumí en un largo sueño, pensando en mi madre y en sus tiernas atenciones. Pensaba en ella constantemente, aunque de pasada, para no ofender a mi nueva Madre, más severa.

El invierno se encargó de todo. Y también el viento. Y las hojas de un árbol cercano: fue un esfuerzo concertado. Ahora sé que fue ella, la Madre Naturaleza, quien se ocupó de todo.

En el bosque, un ejército de hojas cambió de color y cayó de las ramas. Ninguna procedía de mi madre ni de otros tejos, porque somos árboles perennes y no mudamos las hojas dejándolas caer todas a la vez. Las hojas caducas eran de grandiosos robles, esbeltos abedules y muchas otras especies de árboles. Entonces, el viento esparció las hojas secas apilándolas aquí y allá, aparentemente sin orden ni concierto. Algunas de ellas (quizá fueron muchas; no lo sé con certeza, porque estaba adormilada) me cubrieron como una alfombra cálida. Con el tiempo, del cielo se desprendieron cristales blancos y pulverulentos. No muchos, pero sí los suficientes como para apelmazar el mantillo de hojas caídas.

Cuando llegó la primavera, la nieve se deshizo en incontables arroyuelos, y las hojas empapadas comenzaron a pudrirse. Al principio, el proceso fue lento, porque aún hacía fresco.

Yo iba a germinar bajo una capa de mantillo de hojas, un nutritivo sucedáneo que la Madre Tierra me ofrecía en vez de la roca desnuda. No era muy profundo, pero sí lo suficiente como para respaldar mi crecimiento inicial, la fase más crucial en el desarrollo de todo árbol.

Y así fui brotando, lenta y prudentemente, bajo una luna creciente y un sol de corazón ardiente. Debo admitir que no hacía mucho calor, y frecuentemente el cielo se empañaba con nubes preñadas de lluvia. Pero estas también eran bienvenidas, porque cada ingrediente contribuía a la receta de cocina de la

Madre Tierra. Además, mi madre me acariciaba con sus miradas, contemplándome junto a mis hermanos y hermanas, que iban creciendo conmigo durante aquellos días tan llenos de acontecimientos.

Mi memoria ya estaba allí. Ya lo había estado mientras tomaba forma entre las ramas de mi madre. Pero estaba empañada, o quizá deslumbrada, por la maravilla del nacimiento. Lo único que podía percibir con claridad era una sensación de desasosiego, que probablemente se debía al mismo proceso de desarrollo. El cielo tiraba de mí hacia lo alto, y mi frágil tallo iba creciendo tan recto como se lo permitían mis fuerzas. Al mismo tiempo, sentía una energía que me impulsaba hacia el suelo. Mi primera raíz, el equivalente subterráneo de mi tallo, tenía que introducirse en la tierra verticalmente. Pero ¿cómo podría atravesar la roca sólida? Si yo estaba viva era gracias al mantillo de hojas y a la escasa tierra que había entre ellas. Pero a esas alturas ya lo había atravesado, y ¿ahora qué?

Bueno, ahora, al echar la vista atrás, puedo afirmar que en la naturaleza no hay reglas excesivamente rígidas. Junto al lugar donde estaba arraigada había una ligera pendiente. Algunas de mis raíces treparon por ella, siguiendo la misma dirección general del tallo; no eran tan verticales, pero crecían cuesta arriba. Con el paso del tiempo, me iría fortaleciendo y, esperando con afán, mis raíces podrían introducirse en las hendiduras de la piedra caliza. Mientras tanto, podía crecer a lo ancho. Es posible que mi tallo, el futuro tronco, no pudiera crecer todo lo alto que debería ser, pero se iría haciendo más grueso y robusto. Aun siendo tan pequeña como era yo, sabía ya que estaba enamorada de la Cocina de la Madre Naturaleza. ¿Por qué renunciar a todo por apegarme demasiado a una norma de crecimiento norte-sur?

Estar viva era una delicia. Podía sentir que haber llegado hasta aquel punto era el inicio de una vida victoriosa. ¡Pues claro que debía serlo! ¡Ojalá pudieras contemplar la vida como yo lo hacía entonces, todo aromas e imágenes, un puro encanto! Mis dos madres; las hojas y las hierbas, y las briznas de hierba entre los arroyos, lagos y nubes; las flores que se abrían tocadas por la mano de la primavera; todas las plántulas jóvenes, tan esperanzadas como yo; el salmón y la trucha en el agua; los zorros y venados del bosque; los petirrojos y pinzones surcando el aire... El mundo seguía girando, y yo me embebía de lluvia, creciendo en la tierra, recogiendo la cosecha de los rayos solares.

No se trataba tan solo de un principio prometedor. Yo ya sabía entonces, como lo sé ahora, tras la piedra de toque del tiempo, que la vida, con todos sus atributos y todos los míos, valía la pena. En ella se contenía una tremenda promesa que yo podía percibir de alguna manera, y la Cocina de la Madre Naturaleza sería sin duda un estupendo lugar donde jugar. Siempre que aprendiese la moderación, la vida se iría desplegando en toda su gloria, abriéndose ante mí como una cueva del tesoro repleta de secretos.

## 2

A medida que las brisas más cálidas empezaban a transitar por el bosque, y los rayos más densos del sol iluminaban el cielo boreal, la primavera nos cubrió como un polvo de estrellas, y empecé a crecer con más bríos. Es decir, a un ritmo muy lento. ¡Oh, sí, tan imperceptible!

Recuerdo que contemplaba a mi madre, y a otros tejos, a los robles y demás gigantes que se cernían como torres sobre mí. Y recuerdo una difusa sensación de percibir que sus raíces me rodeaban, en algún lugar impreciso. Algunas plántulas de abedules y alisos, pequeñitas como yo, iban creciendo rápidamente, hoja a hoja. Las atendía la nodriza de las frecuentes lluvias y también, pensaba yo, la visión de numerosos e intermitentes arco iris. Y allí estaba yo, tan pequeñita... ¡Cielos! ¿Acaso iba a pasarme la vida siendo una especie de enana? Esta me parecía una posibilidad deprimente, aunque ahora sé que hay variedades enanas de plantas que por lo general son grandes, y que los coleccionistas de especies vegetales aprecian mucho.

Le pregunté a mi omnipresente memoria:

—¿Soy normal?

—¿Qué entiendes por «normal»?

¡Válgame el cielo! Recuerdo que esa respuesta no me gustó. De hecho, me desagradó y, descorazonada, me volví hacia quien me dio la vida, mi madre, en busca de una opinión más reconfortante.

Afortunadamente, no, no era una enana, e iría creciendo y alcanzando, con el tiempo, una gran estatura. Ésa era la cuestión: con el tiempo. Pero ¿cuándo? ¿Cómo iba a saber yo entonces que una de las claves de la longevidad es la de pasar desapercibida? ¿Cómo podía saber que aquellas plántulas a las que envidiaba, los abedules y los alisos, crecían tan rápido, casi como si tuvieran

prisa, para aprovechar al máximo su corta existencia?

¿Cómo podía yo saber tantas cosas por aquel entonces, siendo como era un árbol en miniatura, sin tronco apreciable, solo con un tallo temblón parecido al de una flor y rematado por unas cuantas hojitas? ¿Acaso se suponía que tenía que intentar analizar las cosas mediante mi memoria innata? ¿Y qué pasaría si seguía haciéndome jugarretas en vez de ofrecerme respuestas directas? Quizá siempre estaría igual de embrollada. Quizá se iba centrando cuando me ofrecía respuestas confusas. Mejor sería dejarla en paz durante un tiempo y buscar las respuestas en otra parte. Por ejemplo, en mis dos madres. Mamá me hablaba directamente, pero la Madre Naturaleza no. Ella usaba intermediarios.

Lo primero que recuerdo fue un extraño animalito que hacía cric-cric. La cosita (era realmente pequeño, porque por aquel entonces yo apenas le llegaba a un humano a la rodilla, y sin embargo tenía que mirar hacia abajo para verlo) se presentó como el Grillo Sabio. Al principio, sus palabras sonaban cric-kit, cric-kit, pero cuando presté un poco más de atención, las fui comprendiendo.

Yo nunca había oído hablar a un grillo, y ni siquiera me habían dicho que había grillos parlantes, pero bien mirado, yo era aún demasiado joven como para saberlo todo. Aquella cosita gorjeante me contaba que venía de otro planeta, y que era muy, muy viejo, más de lo que yo pudiera imaginar.

—No sé por qué —me decía—, pero me siento inclinado a charlar con los árboles. Por grandes que sean nunca me aplastan, a menos que dejen caer algo, como por ejemplo una piña o una rama seca.

Por consiguiente, él prefería hablar sobre todo con árboles jóvenes o plántulas.

Según me dijo, era «el grillo más viejo y sabio de la Tierra», y conocía todos los secretos de los animales. Los comprendía porque sabía hablar en su idioma. En realidad, se desenvolvía con fluidez en cualquier idioma, pero eso entonces yo no lo podía comprender. Ahora bien, puede que fuera tan viejo, sabihondo y extraterrestre como decía, pero ¿era de sabios ser tan jactancioso?

—Conozco la mayoría de las cosas. Las he visto todas.

A medida que las aves guardaban silencio y todo el entorno del bosque, por lo general ajetreado, parecía detenerse por completo, su vocecita crepitante me hipnotizó, y le pedí que me contase todo lo que debía saber.

Aunque yo aún no era capaz de asimilar la mayor parte de lo que veía y oía, supongo que sí lo fui para percibir que el grillo tenía buena intención. Esto suponía todo un alivio, porque yo ya le tenía miedo... al miedo.

—No te preocupes, mi joven amiga, y no tengas miedo. De igual manera que los niños tiemblan fácilmente y se espantan frente a los terrores invisibles de la oscuridad —y ciertamente las noches eran atemorizantes, con cosas que se arrastraban y roían, y susurros y alaridos bajo las estrellas—, también en ocasiones hasta los más sabios de entre nosotros sienten temor, a plena luz del sol, de cosas a las que realmente no deberíamos temer más que a esas fantasías que a las niñas como tú les hacen estremecerse en la oscuridad.

—¿Quieres decir que no hay nada de que tener miedo?

—No, no es eso, pequeña. Debo confesar que, a medida que voy envejeciendo, más miedo tengo de ir a parar a la tripa de algún animal. O que algún jabalí me aplaste en su embestida o un venado aterrice sobre mí al dar un salto. Sería una verdadera lástima, después de tantos, tantos años, morir así. Pero escúchame: el miedo se puede y se debe controlar, porque sino siempre serás desgraciada. Mira hacia allí, a la orilla del lago. ¿Ves la grajilla y la trucha? Escucha lo que dicen.

Yo hice lo que me indicaba.

—Hola, Pardilla —le dijo el ave al pez, que era una trucha parda; de ahí le venía el apelativo—. ¿Que haces aquí, en la hierba? ¿Buscando lombrices?

—No, era una mosca —repuso la trucha—. Me pasé al saltar para atraparla y aquí estoy, varada. Si no vuelvo pronto al agua este será mi fin, porque ya no puedo pensar con claridad.

—Ahora bien —intervino el Grillo Sabio—, retomando nuestra conversación...

—Pero ¿qué le va a pasar a la trucha, pobrecilla?

—¿A quién? ¿Quién decías?

—A Pardilla, la trucha.

—¡Ah, la trucha! Bueno...¿No es estupendo estar a salvo en la orilla, cuando los vientos borrascosos agitan las aguas, viendo cómo son otros los que tienen problemas? No es que sea agradable contemplar la aflicción ajena, pero sí lo es saber que uno está libre de ese mar de problemas, ¿no?

Me daba la impresión de que el Grillo Sabio estaba haciéndose un lío. De entrada, la trucha estaba en apuros precisamente porque estaba en la orilla,

fuera del agua. Aparte de eso, yo me sentía fatal al ver la situación. Había que hacer algo, y deseaba ser yo quien pudiera salvar a Pardilla.

Al final, la grajilla dijo:

—¡Venga, Pardilla, te sacaré de este atolladero antes de que te des cuenta!

El pájaro cogió en su pico la cola de la trucha y la lanzó al lago con un súbito movimiento de su cuello. ¡Justo a tiempo!, porque la desdichada estaba a punto de asfixiarse.

Pensé que aquello era incluso más estupendo. Estar a salvo era agradable, pero contemplar a alguien sumido en serios problemas era realmente terrible.

—¿Sabes? —le dije al Grillo—. Lo mejor de todo es que todo el mundo esté a salvo y sea feliz.

—Mmm... —dijo pensativo mientras frotaba sus dos largas patas traseras—. Parece que eres de nobles sentimientos. ¿O quizá demasiado cándida? ¿No crees que la mosca debe estar muy contenta de haberse salvado por los pelos? Y a las lombrices no les caen bien ni las grajillas ni las truchas.

Inclinándose hacia delante y meneando las antenas, añadió:

—Debes aprender a reconocer a amigos y enemigos, y cuanto antes, mejor.

—¿Por qué?

—Para que sepas evitar los peligros y disfrutes de una larga vida.

Aquello tenía sentido, aunque yo todavía no sabía lo que quería decir eso de evitar peligros. Yo no podía volar, ni nadar, ni correr para alejarme del peligro. Justo cuando estaba a punto de preguntarle cómo podría eludir los problemas, vi que el Grillo Sabio se había marchado.

Pero el cielo ardía con los rayos del sol, el bosque se agitaba con el ensordecedor parloteo de las aves, y nosotros, los bosques (los troncos y ramas, las hojas verdes, las raíces ocultas), estábamos vivos e inundados por una savia que circulaba suavemente por nuestras venas. Los días ya se habían alargado, y por fin eran más largos que las noches. Ahora la luz inundaba los cielos y discurría libre iluminando lo que había debajo de ellos, el dosel de hojas y a mí, la última en recibir la luz del sol directa, y sin embargo contenta al sentir aquel nimbo de luz débil que acariciaba mis hojas tiernas. Para mí bastaba con eso, y con la calidez del ambiente, el beso del rocío matinal y las noches estrelladas que duraban tan poco. Recuerdo que me quedaba extasiada de pura maravilla, embargada de temor reverente, hipnotizada por los prodigios que me rodeaban.

Había visto a seres vivos en peligro, pero yo no lo había corrido nunca. Además, entre todos mis hermanos y hermanas, era la única que disfrutaba del privilegio de brotar en la inmediata cercanía de mi madre. ¡Ni recuerdo con qué amor y cuánto tiempo la observaba, durante noches y días de espontánea devoción! Sé que ella me devolvía ese amor. Y la vida, además de ser encantadora, parecía ser también divertida.

Por ejemplo, la lluvia era algo estupendo. Nunca carecíamos de ella, sino que se nos ofrecía en abundancia, salpicando y borboteando por doquier. Parecía jugar con nosotros y con los animales, e incluso con los arroyuelos y ríos. Estos últimos en ocasiones protestaban, y decían con voz de trueno: «¡Basta!».

De vez en cuando, el lago se desbordaba, para exasperación de algunos de mis amigos que vivían en sus orillas, sobre todo los más pequeños. Aquel volumen de agua suponía una amenaza para su seguridad. Por lo general, el sol y las nubes mantenían una enconada disputa. Al final era el sol el que se salía con la suya, aunque fuera temporalmente, y lograba enviar sus cálidos rayos que nos secaban y hacían que las aguas del lago volvieran a sus límites. Ahora me doy cuenta de que aquellos episodios no iban destinados a entretener a los árboles, pero la verdad es que más que una lucha parecía un juego.

Entonces recuerdo que me di cuenta de que todos los animales —pájaros, peces y mamíferos por igual— comían «cosas» con sus bocas. Más tarde, desechaban una parte a través de una salida que, independientemente de las especies, estaba situada a bastante distancia de la boca. Algunos de los animales se mostraban extremadamente recatados al llevar a cabo esta función, mientras que otros eran más desvergonzados. Y aparte de eso, los cuadrúpedos secretaban a menudo y profusamente otro líquido, aunque no durante mucho tiempo, procedente de otro órgano o, aparentemente, el mismo. Eso era algo que iba variando y que yo no podía explicar. Yo fui personalmente consciente de este proceso porque había un zorro al que, por lo visto, yo le había caído bien y solía regarme las hojas con aquel líquido. Todos los días.

Lo que me resultaba curioso es que aquello que los animales comían con voracidad y consideraban tan importante, para nosotros no resultaba atractivo ni necesario. Sin embargo, los residuos que desechaban, como si fueran inútiles e incluso repulsivos, estaban cargados de elementos que yo sí podía emplear.



¿No éramos diferentes? Ellos volaban, nadaban y corrían con afán; nosotros nos manteníamos en paz en nuestro lugar. Ellos comían, bebían y luego expulsaban; nosotros cosechábamos los elementos. Mi madre, al percibir mi curiosidad, no podía por menos que sonreír, porque, aun a mi manera en apariencia pasiva, seguramente debía parecerle un arbolito muy curioso.

Entonces, un día, apareció un monstruo. Era una criatura enorme, de cuatro patas, con unas ramas puntiagudas y sin hojas que le nacían de la cabeza. ¿Cómo podía yo saber que eran las poderosas cuernas del ciervo rojo? Lo único que sabía entonces era que él, y dos cervatos de apariencia menos amenazadora, que no tenían cuernos en la cabeza, habían surgido quién sabe de dónde, y ahora ramoneaban los arbustos, brotes y plántulas. En realidad, se comían todo lo que estuviera al alcance de sus bocas. Mis hojas superiores rebasaban poco la boca del cervatillo más joven. Sentí que me inundaba el pánico.

Yo no tenía nada en contra de los ciervos, y probablemente a ellos tampoco les interesaba yo personalmente; lo que buscaban eran mis hojas. Mientras masticaban aquí y allí, veía desaparecer entre sus dientes aquellos jóvenes abedules cuyo rápido crecimiento y cuyas hojas brillantes yo había envidiado. ¡Y así desaparecieron también los jóvenes alisos! ¡Cielo santo, qué voraces eran los ciervos! Entonces vi que se acercaban a mí.

Para mi enorme sorpresa, el ciervo, al que yo consideraba todo un campeón comehojas, atrajo hacía sí a sus cervatos y les dijo:

—Nunca, jamás, lamáis siquiera las hojas de un tejo. De todas las cosas verdes que crecen en los bosques, esta es la única que no debéis ni tocar.

Entonces se fueron en busca de otras plantas que ramonear.

Pensé que me había librado de chiripa, y no estaba muy segura de si al final los dos cervatillos no acabarían desobedeciendo a su padre y volverían para mordisquearme. Pero mi madre me tranquilizó:

—Tranquila, cariño. No corres ningún peligro. Los animales cuadrúpedos no te dañarán nunca. Se comen prácticamente toda la materia vegetal, sobre todo en invierno, cuando la hierba es escasa o no hay pasto, y la mayoría de los árboles han dejado caer sus hojas. A veces tienen tanta hambre que llegan a comerse las hojas espinosas de los jóvenes acebos, con el riesgo de perforarse los intestinos y morir a consecuencia de ello. Pero son lo bastante

listos como para no comer nuestras hojas.

—¿Y eso por qué, madre?

—Nuestras hojas son tóxicas para ellos, y nuestra corteza también. La mayoría de los animales lo saben, y cuando a los cervatillos no se lo han advertido y comen nuestras hojas, mueren al cabo de poco tiempo. Nuestras hojas son tan amargas que el propio sabor debería desanimar a los menos experimentados, pero supongo que su falta de experiencia en muchas cosas implicaba también la relativa al gusto.

Esto era una buena noticia. Ya empezaba a entender lo que quería decir el Grillo Sabio cuando me había instruido.

Apenas nombrado, el pequeño intermediario reapareció, y se dirigió a mí con su voz chirriante:

—¿No te lo dije? ¿No ves que la naturaleza solo ansía esto: ver el cuerpo libre de enfermedad y la mente en calma?

Y se fue dando un salto, a toda prisa.

Mi naturaleza, como acababa de darme cuenta, no deseaba más que eso. Pero parecía que la Madre Naturaleza había diseñado un mundo al que no le agradaba tanto la paz. Tomemos, por ejemplo, el ave más frecuente en el bosque, el herrerillo común. Poco antes del día más largo del año, los nidos de herrerillo estaban a rebosar de desplumados polluelos muy hambrientos, cuyas llamadas se oían desde lejos. Sus padres tenían que llevarles una oruga cada minuto. Además, un herrerillo adulto consumía unas 150 orugas cada día. Y el gavilán, un constante peligro para ellos, no tenía que buscar mucho para encontrar su almuerzo.

Un venerable y poderoso roble se había desplomado al suelo tras un fuerte vendaval. Yacía en la tierra, sin vida. Le pregunté a mi madre:

—¿Nosotros también podemos caer como él?

—No —me dijo—. Bueno, en realidad, no. Puede pasar, pero haría falta muchísimo tiempo. Y, bien mirado, siempre podríamos rebrotar.

Eso me tranquilizó. Sabía que no era mentira, porque los árboles no podemos decir una cosa que no pensamos. De manera que no podemos mentir, y siempre decimos la verdad más pura y resplandeciente. Mi madre añadió:

—Hija mía, eres tan curiosa que más me vale contarte algo que deberías saber. Verás, en la naturaleza existe una jerarquía, y resulta que los tejos somos altos y poderosos. Ya te habrás dado cuenta, aun siendo pequeña como

eres, que ni los elementos ni las criaturas del aire, la tierra y el agua te han perjudicado en lo más mínimo. Hace mucho, mucho tiempo, fuimos creados para vivir más que todos los demás seres vivos, y para reinar sobre ellos.

Habiendo sido testigo del final de muchos árboles incipientes de otras especies, tuve un atisbo de lo que quería decir mi madre. Unas plántulas fueron comidas por los animales; otras cayeron a la sombra de árboles ya crecidos, más altos y densos; otras fueron arrancadas por una granizada muy fuerte. Ahora mi corazonada optimista se veía confirmada por las palabras de mi madre.

Hasta ese momento, yo había disfrutado plenamente de la vida, había hecho algunos amigos, contemplado más de una puesta de sol y había soñado en cuanto la estrella de la tarde aparecía en nuestro cielo norteño. Ahora sabía que existía una jerarquía predeterminada, y que nosotros estábamos en el escalafón más alto. No era cuestión de poder o prestigio. Ni siquiera sabía que existían tales cosas. Me alegré solo por mi madre y por mí misma, por mis hermanos, hermanas, y todas las almas afines.

Mi madre pasó a describirme la jerarquía del bosque.

—A la cabeza de todos, querida, está el Tejo. El tejo es el único organismo vivo que ha comprendido plenamente la naturaleza de las cosas; es el único ser familiarizado con todos los secretos que vale la pena conocer. Además, es el árbol que vive más tiempo sobre la Tierra, y también el más sabio.

»Por debajo de nosotros están los nobles árboles perennes. No hace falta que te diga que me gusta que estén allí, porque estar siempre verde no es solo una característica, sino una actitud mental. Supone amar la vida, en todo momento, en toda circunstancia, incluso en lo más crudo del invierno. Nunca dejes caer tus hojas todas de golpe, mantenlas verdes y dispuestas, incluso si están ateridas de frío, para recibir los primeros y cálidos rayos del sol de la temporada. Sé la primera en disfrutarlos cuando incluso las ramas superiores de los árboles más altos carecen aún de hojas, permitiendo que te alcance la calidez solar.

»Tenemos un amigo muy simpático que produce bayas, el Acebo. Lo apreciamos mucho. Y allí, junto a la orilla del lago, crece el Madroño, el más alegre de todos nuestros amigos que aman el sol. Puede estar en floración y dar fruto al mismo tiempo; nunca pierde las hojas, y es generoso con los

pájaros, a los que les encanta alimentarse de sus bayas.

»Cualquiera de esas dos especies sería tan digna como nosotros de ocupar el liderazgo, si no fuera por el hecho de que no viven tanto tiempo. Los reyes y reinas deben ser longevos para que impere la estabilidad y lo que es justo.

»Luego tenemos al humilde Enebro, que no destaca mucho pero sí produce bayas y es generoso, resistente, discreto y es un fiel amigo nuestro. Mira aquel que está allí: sus raíces jamás se han atrevido a acercarse a las mías, aunque podrían haberlo hecho. Pero es lo bastante sabio como para ser prudente, y somos, después de todo, parientes lejanos.

»Al majestuoso Pino le tengo mucho cariño. ¡Qué ser más magnífico! Es otro pariente lejano y muy educado; nos presenta sus respetos y nos alecciona con su estatura.

»En cuanto a la Hiedra pegajosa... Bueno, a fin de cuentas es perenne, y no la puedo culpar de no ser lo bastante fuerte como para aguantarse sola. No nos perjudica pero sí puede incordiarnos, y puede suponer un peligro para otros árboles; pero nunca los ahoga. Sin embargo, gracias a sus flores y frutos, atrae a los insectos, es decir, alimento para los pájaros. Y a mí me gustan las aves. Así que puedes considerar a la Hiedra como un vasallo privilegiado de los nobles árboles perennes. Debería incluir al Brezo en esta categoría, pero por aquí, a la sombra de este bosque, no verás ninguna de sus encantadoras flores.

»Luego coloco a otros árboles que producen bayas, aunque no sean perennes, como el Cerezo, el Manzano silvestre, los Espinos y los Serbales, los cuales contribuyen al bienestar del bosque.

»Entre los árboles de hoja caduca figuran dos gigantes: el Roble poderoso y el osado Fresno. Son fuertes y ambiciosos, aunque no viven tanto tiempo como nosotros. Esto explica que el roble pretenda extender sus ramas en todas direcciones, y la ansiedad del fresno por taladrar la fronda y elevarse hacia los cielos. Aunque a lo largo de los siglos hemos tenido algunas escaramuzas, ahora los tenemos controlados. Al dejar caer millones de hojas cada otoño, enriquecen el suelo del bosque y, por tanto, a todos nosotros.

»También debo mencionar al hermoso Olmo. Sin embargo, han talado tantos de su especie que dudo si será capaz de sobrevivir en el futuro.

Mi madre había dicho «talar». Tendría que haberle preguntado quién lo hizo, pero estaba tan absorta por sus palabras que no quise interrumpirla, y

luego me olvidé del tema.

—Después viene el Avellano, que es mágico y proporciona alimento a muchos seres vivos; hubo un tiempo en el que el Salmón del Conocimiento se alimentaba de sus frutos.

»El Abedul, el Aliso y el Sauce crecen rápido pero también viven poco; a los tres les encanta el agua, y mueren a causa de ella cuando hay inundaciones prolongadas. Son muy hermosos, pero algo tontorrones, y aún tienen mucho que aprender. Así que no se te ocurra imitarlos nunca.

»Todas las plantas inferiores son precisamente eso: inferiores, pero no debemos ignorarlas ni mostrarnos ásperos con ellas. Todas las flores, hierbas, helechos, musgos, líquenes y demás especies forman parte del Jardín de los Deleites Terrenales, y nuestra Tierra no sería la misma si no existieran.

»En el futuro es posible que se introduzcan entre nosotros nuevas especies, de una u otra forma. Por impresionantes que sean, no te dejes deslumbrar por ellas, porque el Tejo es rey y reina, y por aquel entonces, Tú serás la reina.\*

Esto era toda una carga para un joven árbol que apenas acababa de sobreponerse al temor de que se lo comieran dos inexpertos cervatos, pero en realidad me daba igual. Es posible que mi difusa memoria solo permitiese que me llegara el dato más positivo: que había nacido siendo...¿qué? Parecía ser que una princesa. Por consiguiente, no tenía que preocuparme por casi nada.

Crecer era un esfuerzo inconsciente. En realidad, parecía que no me costase nada. Era consciente de que crecía sin prisas, día a día, noche a noche. Pero, si alguien me lo hubiera preguntado, no hubiera sabido decirle cómo tenía lugar aquella magia. Porque no cabía duda de que tenía que ser magia.

En aquellos tempranos años, apenas recuerdo recibir la luz directa del sol, mucha lluvia y bastante viento. Todo fue perfectamente bien. Un bebé humano no es consciente de que respira, y por tanto no sabe, como no sabía yo, lo que conlleva el proceso. Pero, a diferencia de un bebé, yo sospechaba, o sentía, que todo iba bien.

Un día, a principios de mi tercera primavera, en una mañana en la que soplaba la brisa, vi que por el aire se desplazaban algunas nubes algodonosas. Eran nubes bajas, muy bajas, ni húmedas ni frías. Era un día encantador, y las nubes de algodón seguían moviéndose lentamente por el cielo. Asombrada, le pregunté a mi madre:

—Madre, ¿qué tipo de nubes son esas?

—No son nubes, cariño. Es el amor, lo más etéreo que existe.

—Yo también te quiero, mamá. Pero sin embargo no hago nubecillas como esas.

—Por supuesto que no. Este tipo de amor se llama polen.

—¿Polen?

—Sí, pequeña. Esta nube proviene de tu padre.

¡Mi padre! ¿Qué más podía pedir? Tenía el Jardín de los Deleites Terrenales solo para mí, y encima mi madre me decía esas cosas tan maravillosas.

Recuerdo que en ocasiones me gustaba canturrear para mí misma. No era un ave canora, ni sabía dominar las palabras como hacía el Grillo Sabio. Mi canción para mi madre era sencilla y sincera.

Ella es todo lo que necesito.

Ella es todo lo que quiero  
y no hay más...

La cantaba una y otra vez:

Ella es todo lo que necesito.

Ella es todo lo que quiero  
y no hay más...

Pero sí que había algo más.

### 3

Cuando me enteré de que existían, yo debía tener veinte o treinta primaveras. Todo sucedió una noche. Recuerdo una luz apagada y de un tono argénteo, que emitía una luna creciente, poco después del ocaso, y a principios del verano.

Yo ya era un arbolito joven fuerte, prometedor (y bastante atractivo), tan alto como me permitía mi naturaleza, lo cual quiere decir que ya llegaba a las astas poderosas del ciervo rojo. Desde esa altura, ya podía ver a cierta distancia. Pero aquella noche no fui la primera en escuchar unos extraños sonidos allá a lo lejos. De repente, todo el bosque guardó silencio. Las hojas se estremecieron, los animales sintieron temor y la floresta resonó de miedo. Yo nunca había visto a los lobos, los ciervos e incluso los osos huir en estampida de lo que debía ser un peligro inminente. Me alcanzó con tamaña rapidez que no tuve siquiera tiempo para preguntarle nada a mi madre.

Ellos ya estaban cerca de nosotros, a nuestro lado. Eran cuatro animales tremendamente extraños, que nunca antes había visto. A diferencia de las plantas, estaban compuestos de un sistema de partes vinculadas de una forma muy rara, pero sin embargo muy simétricas, como en todos los animales inferiores. Sin embargo, a diferencia de los animales que conocía, caminaban sobre dos patas, pero no tenían alas, sino dos zarpas, que utilizaban para llevar instrumentos que yo jamás había visto; luego me enteré de que eran armas y otros objetos de formas muy curiosas. A pesar de caminar erguidos, se veía que avanzaban con seguridad y eran bastante ágiles. Una de esas criaturas estaba desnuda por completo, pensé, porque de su cuerpo no pendía nada extraño. Otras dos estaban cubiertas con pieles que en algún momento debieron pertenecer a otros animales. La más alta de ellas iba vestida de blanco, con el color de la sangre (que yo había visto manar de las heridas de una víctima de los lobos) brillando en sus mejillas; el color de la nieve en su

piel desprovista de pelo, y el tono del sol ardiente en sus cabellos.

Yo podía sentir, y casi oler, la llegada de algo terrible, algo parecido a lo que sentía cuando el gavilán caía sobre su presa y a esta apenas le quedaba ya un aliento vital. Pero en la visión no percibía el frenesí de la caza. Nada de aleteos desesperados o frenéticas carreras. Era evidente que la criatura desnuda había sido vencida, pero la matanza de la presa se había pospuesto. ¿Por qué? Raras veces había visto luchar entre sí a animales de la misma especie, y cuando sucedía, era algo fulminante, como un destello letal. Pero esto era diferente.

La criatura vestida de blanco dirigió unos balbuceos a la luna menguante. Luego se dirigió a las criaturas cubiertas de pieles que, a su vez, le gritaron algo a la que estaba desnuda. Entonces, intercambiaron unas palabras en una voz cada vez más alta (supuse que eran palabras, aunque no las comprendía), y sucedió algo.

Fue como si de los ojos resplandecientes de aquellos seres brotasen llamas de furia. Entonces, se liberó un fuego de ira descontrolada, y las tres criaturas vestidas fueron presa de ella. Sentí un calor tan grande creciendo con cada uno de sus alaridos que pensé que su propia furia les desgarraría las entrañas. Una de las criaturas vestidas tomó una espada y le asestó un golpe bajo la cabeza a la que iba desnuda, que se derrumbó en el suelo.

«Ya es hora de cenar», pensé, asumiendo que aquellos animales se alimentaban unos de otros. Sin embargo, los tres dieron un paso atrás, y el que iba vestido de blanco observó los frenéticos espasmos de la pobre víctima, herida mortalmente, y el fluir de la sangre de su herida, como si intentase adivinar algo.

Aquel episodio fue tremendamente extraño. ¡Que animales más aberrantes debían ser! Habían venido a nuestro claro del bosque deliberadamente, llevando con ellos a su víctima. Luego habían escenificado una matanza aparentemente ensayada, precedida de invocaciones, inspirada por un súbito aumento de su temperatura corporal, y sin embargo seguida de una observación fría y calculadora. Cuando llegó la muerte, se marcharon tan súbitamente como habían llegado, abandonando el cadáver de su presa. Ningún otro animal que yo conociese se comportaba de semejante manera.

El despertar del bosque fue tan mágico como de costumbre, con las hojas bailando en la brisa matinal, y los besos preñados de rocío de la Madre



Naturaleza. Pero otros pensamientos me asaltaban, y de alguna manera impidieron el pleno disfrute de la escena. ¿A quién podría preguntarle sobre aquellas estrambóticas criaturas del día anterior y sobre su extraño comportamiento?

Cuando estaba a punto de preguntárselo a mi madre, se nos acercó una manada de lobos con paso sigiloso. Supuse que ellos podrían satisfacer mi curiosidad, porque les había visto, en cierta ocasión, matar a un venado y reducir su cadáver a un montón de pelo y huesos. Pensé que ellos sabrían algo de aquellos otros animales; quizá incluso los comprendieran. Pregunté, con cierta vacilación:

—¿Os importaría responderme a unas preguntas?

—Si no hay más remedio —contestó el líder, un lobo viejo e hirsuto que tenía aspecto de que no se le podía molestar. Aunque estaba segura de que contestaría, porque nadie en el bosque se atrevía a faltar al respeto a los tejos.

—¿Conocéis por casualidad a unas criaturas extrañas y que caminan a dos patas, que mantienen bien alta la cabeza, usan sus zarpas para sostener objetos extraños, y matan a sus presas con elaborados preámbulos, pero sin comérselas luego?

—Seguramente te refieres a los hombres.

—¿Los hombres?

—Sí, el hombre.

—Entiendo. Y...¿qué pasa con esa criatura, el hombre? —¿Qué pasa con él?

—Escúchame, arisco cuadrúpedo: me dijiste que me hablarías de ese «hombre». ¿No querrás librarte de mí con tus escuetas respuestas?

—Perdonad que intervenga —dijo una voz conciliadora—. Creo que yo podría responder a tus preguntas.

—¿Y quién eres tú?

Resultó que era una loba muy importante. Descendía de aquella loba de alta alcurnia que, siglos antes, había amamantado a dos bebés que luego fundaron una gran ciudad y, a su vez, dieron pie a una gran civilización. Pero el errático desarrollo de la historia había hecho que su familia vagabundease hasta llegar a esta tierra lejana, donde había pasado toda su vida, pero sin olvidar en ningún momento su linaje. Entonces, me propuso que mantuviéramos una conversación «de igual a igual».

«¿Yo, el igual de un cuadrúpedo?», pensé asombrada. Fingiendo no haber oído semejante tontería, la animé a que prosiguiera.

—Verás, el hombre se parece en algo a nosotros, los lobos. También él tiene una pareja de por vida.

—¿De verdad? ¡Qué curioso! ¿Y por qué es así?

—Tanto nosotros como ellos afirmamos que es por amor, pero creo que es más bien cuestión de conveniencia. Hace que la sociedad se administre mejor. Ellos también tienen jefes y una estructura social. Pero aquí es donde terminan nuestras similitudes. Me han contado que hace mucho, mucho tiempo, ellos dejaron de caminar a cuatro patas y adquirieron esa extraña postura vertical. Pronto empezaron a preguntarse qué podían hacer con sus patas anteriores, que ellos llaman brazos. Y, según dice la leyenda, empezaron a usar sus brazos y manos para crear cosas, objetos destinados a diversos propósitos. Desde entonces, han invertido mucho tiempo en descubrir qué más pueden inventar, qué uso darle, cómo evitar que otra tribu se lo arrebatase, y cómo guerrear contra los miembros de esta.

—Sí, ya me he dado cuenta que les gustan los actos violentos.

—¡Oh, pues aún no has visto nada! También a nosotros nos gusta ir de caza, perseguir y matar a nuestras presas, pero ellos nos han superado con creces, han ido un gran paso más allá. Nosotros cazamos nuestra comida. Puede que disfrutemos haciéndolo, pero al mismo tiempo tenemos que hacerlo. Ellos cazan presas para alimentarse y por placer.

—¿Placer? ¿Qué quieres decir con eso?

—Deja que lo descubra ella sola —intervino tajante el jefe de la manada, y añadió—: Mira, Arbolito —(¡Imagínate! ¡Solo un palurdo se atrevería a no usar mi título!)—, tenemos que ponernos en marcha para la siguiente cacería, pero estoy seguro de que volveremos a vernos pronto.

Y tras decir esto, la manada se marchó.

—Y las mujeres no son distintas —susurró una dulce voz que provenía de más abajo. Era una grasilla, una hermosa flor de color violeta que crecía entre dos abedules, en un lugar húmedo no muy alejado de mí.

—¿Las mujeres son como los hombres? —pregunté, sorprendida.

—Son más amables y menos descuidadas. Pero, cada vez que ven una flor bonita, como nosotras, muchas de ellas nos arrancan para adornarse el pelo o sus moradas. ¡Cielo santo! ¡Menuda vanidad!

Puede que me hubiera resultado convincente si yo no la hubiera visto, junto con otras grasillas, realizando una actividad bastante desagradable. Secretaban un líquido y sus hojas se enrollaban sobre sí mismas para atrapar y digerir insectos. Eso no solo las convertía en plantas pegajosas, sino que las dotaba de una conducta que, decididamente, no era propia de una planta. Así que presté poca atención a sus quejas.

Pero pronto me llegaron noticias de la boca de dos flores más amables, la amarga arveja, de un color rosado-púrpura, y el cuernecillo, de color carmesí y amarillo. Ambas me dijeron que, ciertamente, las mujeres cortaban flores a diestro y siniestro. Debido a esto, la mayoría de las flores (si no todas) las miraban con malos ojos y las temían más que a los hombres, que las dejaban vivir en paz.

Desde las zonas más oscuras del bosque, los lanosos musgos añadieron, discreta pero firmemente:

—Los hombres y las mujeres por igual no se lo piensan dos veces a la hora de hollarnos. En ocasiones tienen que cruzar el bosque con sus ganados y caballos. Nos pisotean descuidadamente, dejando un verdadero campo de batalla en un lugar que antes estaba cubierto de una suave alfombra verde.

Una serpiente de color parduzco pasó deslizándose cerca y me dijo:

—Tienen un espantoso concepto de las serpientes, aunque no nos alimentamos de su ganado ni les molestamos de ninguna manera. De hecho, raras veces nos ven. Pero cuando lo hacen, inmediatamente nos atacan, y a menudo logran cortarnos la cabeza.

Pensé que el hombre debía sentir una morbosa fascinación por las cabezas. Les había visto cortar el cuello a su víctima; luego, la serpiente me habló de su hábito de cercenar gaznates; y unos cuantos días más tarde capté un atisbo de unos cuantos guerreros montados a caballo en la distancia. Para mi consternación y espanto, vi que de las crines de los caballos pendían algunas cabezas humanas. ¡Cazadores de cabezas! Dado que yo sabía que el órgano del pensamiento animal reside en su cabeza, me di cuenta de que no había una mejor manera de inutilizar un cuerpo que cortándosela. De hecho, cuando se separaba la cabeza del cuerpo, este moría.

Asumí que el hombre había inventado las espadas y otras hojas para decapitar sistemáticamente a todo tipo de criaturas. Fue entonces cuando un olmo que se cernía sobre nosotros como una torre dijo:

—Ojalá hubieran limitado su pasión por cortar cosas a los animales. Pero no se detienen ante nada. También han inventado otros instrumentos mortíferos, como las hachas, y esto sí que nos incumbe. Verás, no todos ellos nos llaman árboles. Para algunos somos «leña». Nuestros troncos y ramas se convierten en postes, tablones y leños para la construcción de sus hogares, barcos e incluso caminos. Irónicamente, sus hachas, azadones, picos y azuelas tienen mangos de madera. Eso les ha proporcionado un tremendo poder de palanca. Existe poca diferencia entre las hachas de piedra y las de metal. Lo que ha marcado un hito ha sido el astil de madera.

»Nosotros, los olmos, solíamos medrar: éramos decenas de miles. Pero llegó el hombre a la Tierra, se extendió como una plaga, y empezó a destruir los bosques. Dado que los arbustos les exigían esforzarse desarraigando, cortando y trabajando mucho, entendieron que, cuanto más grandes fuesen los árboles, mejor. Así que dedicaron sus energías a miles de nosotros, árboles poderosos. Primero nos quitaban una tira circular de corteza, y luego nos dejaban morir. Por último, despejaban las zonas boscosas incendiándolas. El hombre también ha aprendido a hacer eso, producir fuego siempre que lo necesita. No te puedes ni imaginar cuántos avellanos, fresnos, espinos y acebos han sucumbido a las llamas del hombre.

»Miradme ahora, y contempladme bien, porque nuestra tala ha sido tan inmisericorde que no sé si tenemos algún futuro en esta Tierra.

¡Cielo santo! ¿Qué le pasaba a esa criatura, el hombre? De repente, me pareció oír un susurro musical de muchas voces que provenía de todos los seres del bosque y decía:

El hombre es malvado,  
malvado, malvado;  
el hombre es malvado,  
muy malvado.

La manada de lobos no tardó en volver a aparecer por nuestra arboleda. El líder desaliñado, que parecía estar de un humor un poco más aceptable, me deseó los buenos días y me dijo:

—Ha sido una noche memorable; tendrías que haber estado allí. A estas alturas, ya debes saber que el hombre ha construido muchos fuertes para

defender a su pueblo de otras tribus y proteger a su ganado de nosotros. Ayer descubrimos un lugar por donde penetrar en el fuerte, y lo que es bastante extraño es que dentro no había ningún hombre, pero sí su ganado. Los matamos a todos. Era demasiado bueno como para ser cierto, todo aquel ganado y ovejas rechonchas a merced de nuestros colmillos.

—Me pregunto por qué no estarían allí —comentó la loba, y luego siguió diciendo—: ¡Si supieras cuántas trampas son capaces de ingeniar, entenderías por qué no podíamos creer en nuestra buena suerte!

Aquel era un grado demasiado alto de violencia para una joven princesa como yo, así que me volví hacia mi madre con desespero, con la esperanza de que ella negase las cosas que había oído. Ella me dijo:

—¿Quieres saber por qué hombres, mujeres y niños han abandonado el fuerte en apariencia, querida? Mira hacia allí.

Vi que se acercaba un grupo de gente de piel pálida, con cabelleras largas de color rojizo o rubio, ojos azules, y vestida con extraños mantos elaborados con la piel de otros animales, o hechos de un curioso material que yo nunca había visto. Uno de ellos, que tenía una voz profunda y dura, les daba órdenes. Interpreté que se trataba de su rey. Inmediatamente detrás de él venía el hombre vestido de blanco con la larga barba. Luego venía lo que mi madre me explicó que era la tribu al completo, con hombres y mujeres, y otros hombres y mujeres en miniatura que eran, en realidad, niños y niñas. Todos se detuvieron cerca de mi madre. El hombre de vestiduras blancas, su druida, prorrumpió en invocaciones y fórmulas mágicas. Gesticulaba con los brazos por encima de la cabeza, dirigiendo sus palabras al cielo, y luego concluyó:

—Todo está cumplido. Este será nuestro nuevo bosquecillo sagrado, cuyo soberano es el tejo.

La multitud se dispersó rápidamente, y probablemente regresó al fuerte, donde les aguardaba la sorpresa dejada por los lobos. Pensándolo bien, esta era la primera buena noticia desde hacía tiempo.

—Por supuesto, querida —musitó mi madre—, no todo es tan malo. Estas personas, por rudas que sean, creen que existe una Madre-Tierra de la que todos nacemos y a la que regresamos. Creen que el Espíritu habita en las rocas, las cimas, los montes; que el Espíritu ilumina los ríos y los arroyos, y la oscuridad de los lagos. Y, lo que es más importante, han entendido que el Espíritu pertenece a los árboles, y especialmente a los tejos. Nosotros somos

el canal entre su mundo y el Otro Mundo. Orarán junto a nosotros; seremos el punto de reunión para los miembros de su tribu; invocarán a sus dioses junto a las aguas de las que bebemos. Hace unos cuantos veranos te lo dije: serás reina. Era una profecía, y este es su cumplimiento. No tienes nada que temer de estos hombres, cariño. Por el contrario, no solo nos respetarán, sino que nos venerarán.

Me sentí aliviada y muy feliz, también por los pocos olmos que quedaban en nuestro bosque, porque sabía que al menos ningún humano de aquellos iba a hacerles daño. Si yo hubiera tenido un poco más de discernimiento, me hubiese preguntado por qué mi madre había dicho que no teníamos nada que temer de aquellos hombres, en lugar de todos los hombres en general. Supongo que aún era demasiado joven, y me halagaba demasiado la idea de haber sido consagrada como la princesa y futura reina de la floresta.

Aparte de esto, y después de todo, ¿cómo podía el hombre ser el monstruo que decían que era? Debido al ajetreo de aquellos días trascendentales, me había olvidado del hombre asesinado. Pero, cuando lo busqué con la vista, no pude encontrar su cuerpo.

Ahora sé que el equipo de limpieza del bosque había estado trabajando sin cesar. Un anonadante número de bacterias, gorgojos, escarabajos, gusanos, bichos de todas clases e incluso pájaros, y por último (pero no por ello menos importantes) unos cuantos tejones de prodigioso apetito habían devorado la carne de aquel infortunado. Exceptuando unos cuantos huesos diseminados, el malhadado mortal había regresado a la Tierra, como parecían hacerlo todos los animales. Y los pocos huesos que quedaban no tenían aquel aspecto tan omnipotente. Me evidenciaban claramente que el hombre no era una excepción. Como todos los demás animales, él también parecía ser evanescente.

## 4

Me desperté un día, cumplida ya mi 122 primavera, y vi que la lluvia me acompañaba, como siempre, para saludarme. Solía llover, como sigue pasando hoy día, un día sí y otro no, en ocasiones varios días seguidos; y cuando no llovía, diluviaba. Ya me había dado cuenta de que los hombres no eran muy fieles durante este chaparrón constante. Por consiguiente, aunque la tribu local había elegido nuestro bosquecillo como bosquecillo sagrado, apenas veía a sus miembros. A mí, por el contrario, me encantaba la lluvia, como le pasaba a la mayoría de las otras plantas.

Recuerdo que aquel año desperté bajo un verdadero diluvio, y le dije a mi madre, que seguía adormilada y parecía no estar lista para despertar:

—¡Madre, madre, despierta! Ya ha llegado la primavera.

—Ah, sí, la primavera, pequeña mía. Tienes razón —dijo al final, con la voz cargada de sueño.

¿Cómo era posible que no estuviera tan feliz como yo? Nosotros, los tejos, éramos siempre los primeros en abandonar nuestro sueño invernal y en regocijarnos cuando aparecían los primeros atisbos de la primavera boreal. Ahora me doy cuenta de que, quizá, el milagro de la vida tras la desolación del invierno no tiene por qué parecer tan encantador cuando ya se ha vivido innumerables veces. Quizá entonces se sienta más como un hábito que como un milagro. Posiblemente, mi madre, habiendo alcanzado una edad venerable, hubiera seguido durmiendo. Pero yo no, pensé, ¡para nada! En otoño siempre era la última en irme a dormir, y de mala gana. En primavera, era la primera en despertar.

La vida era encantadora... y yo también. A estas alturas, mi estatura ya era considerable. Mi tronco era esbelto; mi corteza, de un tono amarronado y purpúreo en los puntos en que no la cubrían verdes y suaves musgos. Mis

ramas eran elegantes, a la par que fuertes. Mi follaje, espeso y exuberante, era de un color verde oscuro cuando se veía desde el cielo y, por debajo, de un pálido color limón. Durante varias estaciones ya había dado fruto, al principio tímidamente, como todas las jóvenes. Según los pájaros cantarines, mis bayas eran las más dulces. Según mis pretendientes (muchos hermosos tejos del bosque y de más lejos), su rojo era el color más intenso en la sombra de los bosques.

Tal y como había predicho mi madre, los abedules, alisos y sauces que nacieron al mismo tiempo que yo ya habían desaparecido. Ahora eran sus descendientes los que nos hacían compañía, y yo sabía que también a ellos les sobreviviría. La piedra caliza casi desnuda sobre la que me asentaba me hubiera sostenido muy poco, pero tenía mis raíces bien hundidas en ella, y estas se iban desarrollando cubriéndola, por debajo y al nivel del suelo. A diferencia de todos los demás árboles, yo era capaz de encontrarme a gusto donde fuera. Y me encantaba mi hogar y el cielo que se extendía allá en lo alto.

Durante las noches sin nubes, las estrellas titilaban en las profundidades azules, con tonos verdosos, amarillos, blancos, rosáceos, muy brillantes, destellando como las gemas y las joyas. Aquellas noches de encanto a menudo me preguntaba maravillada si podía, sin saber cómo, escuchar los ecos de incontables almas gemelas.

Había aprendido mucho, también sobre el hombre, empezando por su idioma. (Al echar la vista atrás, me doy cuenta de que una vez aprendí el idioma concreto que hablaba la tribu que me adoraba, había aprendido todas las lenguas de los hombres. Todas sonaban distintas, pero provenían de una misma fuente, y desde aquellos tiempos he escuchado y comprendido muchos idiomas humanos diferentes.) Gracias a mis amigas, las aves migratorias, había aprendido cuál era la geografía de las tierras y los mares del planeta.

Lo que hasta aquel momento había llamado «la Tierra» era en realidad un territorio rodeado por las aguas de los salados océanos. En otras palabras, una Isla. Y junto a mi Isla boscosa, al otro lado de un brazo de mar en la dirección del sol naciente, se extendía otra isla, mucho más grande.

Antes de que yo naciera, muchas tribus de una Tierra muy vasta, un Continente, habían acudido a esa isla más grande, asentándose en ella. Entonces, había llegado un tipo de hombre distinto procedente de las tierras



más soleadas del Continente. Había venido para conquistar e invadir. Un hombre con aspecto de guerrero conducía a los recién llegados. Sus habilidades militares y organizativas eran tan formidables que pronto se impusieron a los nativos. Al cabo de repetidos combates, aquel pueblo militarizado, los romanos, se ocuparon de la pacificación y la defensa de la isla que habían invadido parcialmente, dando origen a una compleja sociedad.

Sus tropas, compuestas por 55.000 hombres, constituían el centro de la sociedad colonial. El ejército estaba compuesto por legiones, que se dividían en cohortes y, a su vez, estas en centurias. Cada legión estaba comandada por un pretor que había alcanzado el rango de senador. Su personal consistía en seis tribunos militares, aunque en la batalla el liderazgo real se confiaba a los centuriones. Era una máquina de guerra compleja, pero que funcionaba con gran eficacia. En la isla no se había visto nunca nada semejante.

Durante la primavera de mi centésimo vigésimo segundo despertar, uno de los seis tribunos que mandaban la IX Legión Hispana, que entonces estaba a cargo de la isla, trazó un plan ambicioso. Le habían llegado rumores de que, en algún punto del centro del Imperio, el emperador había decidido embarcarse personalmente en el largo viaje hasta la isla. Iría al mando de una nueva legión que sustituiría a la IX Hispana. Supuestamente, pretendía construir una asombrosa muralla que usaría como frontera. También se decía que quería explorar la isla contigua, Hibernia, donde vivía yo, para decidir si valía o no la pena conquistarla.

«Si pudiera hacerme cargo de ese asunto», pensaba el tribuno, «y le entregase al emperador una Hibernia conquistada en bandeja de plata, me recompensaría con el rango de pretor. Y no tardaría mucho en ser senador».

El tribuno era un hombre que se había hecho a sí mismo. Aunque procedía de una familia de campesinos, se había sentido atraído por el ejército desde que era un niño. En un momento de expansión colonial, el aparato militar valoraba en gran manera a tales hombres. Al cabo de unos pocos años, debido a su hábil manejo de la espada y a sus implacables tácticas en el campo de batalla, se había ganado la reputación de ser todo un señor de la guerra. Como tal, había sido enviado a la isla, donde se había superado a sí mismo. Cada vez que se trataba de aplacar insurrecciones, invariablemente las ahogaba en un baño de sangre.

Entre una y otra campaña militar se había casado con una fiel mujer que le

había dado un hijo antes de que su fidelidad se viniera abajo y cometiera adulterio con un nativo. Aquella situación dio pie a que los dos amantes fueran muertos y el niño fuera criado por una niñera; luego, un aya, y, por último, el ejército.

Su hijo Eneas, un muchacho tímido y enfermizo, entró a formar parte del ejército cuando tenía doce años. Su padre no le proporcionó ningún tipo de protección especial. Creía en el sistema de ir ascendiendo escalafones, y estaba seguro de que su hijo no iba a decepcionarle.

Era cuestión de tomarlo o dejarlo, y el caso es que el chico no podía dejarlo. Se las arregló para mantenerse con vida, y al final adquirió una gran habilidad en el uso de la espada de doble filo, la daga y la jabalina. También se acostumbró a las largas marchas, a nadar y a lanzar piedras con una honda; también aprendió equitación, incluyendo la capacidad de montar y desmontar llevando puesta la armadura, cargado con su escudo y demás pertrechos. Aparte de estas habilidades típicamente militares, también se esperaba de él que supiera cavar y levantar un campamento, lo cual conllevaba manipular y remover la tierra, tener nociones de arquitectura, saber cómo explotar una cantera y cómo excavar canales.

El padre, cuyos soldados se encargaban de vigilar los progresos de Eneas, se aseguró de que cumpliera con sus obligaciones como cualquier otro soldado. Estas obligaciones habían supuesto, de cuando en cuando, librar alguna batalla, con la dosis de miedo que esta conlleva y su antídoto natural: el valor. Eneas pronto se dio cuenta de que la lucha significaba matar o morir. Aunque le resultó muy difícil obligarse a odiar a un enemigo desconocido e impersonal, debía odiarlo, porque no era capaz de matar a sangre fría. No le gustaba especialmente la caza, y era probablemente uno de los pocos soldados romanos a quien le gustaba su ración diaria de gachas y vegetales, que prefería antes que la carne.

Con el tiempo, ascendió al rango de jefe de centuriones. Ya se había cansado de los trabajos pesados bajo la lluvia mordiente y gélida. Fue entonces cuando su padre concibió su plan. Enviaría a su hijo a Hibernia como líder de una buena parte de la legión, y le haría conquistar la isla por él, para presentarla al emperador como un regalo personal de su fiel tribuno militar.

La armada enseguida aprestó una gran flota de galeras para transbordar a las tropas al otro lado del canal que separaba ambas islas.

En cuanto los soldados pusieron los pies en la Isla, pude percibir su firme y pesado avance por nuestra tierra. Los árboles del bosque están todos interconectados por los filamentos de una red subterránea de hongos. En consecuencia, lo que voy a contar ya no son rumores, sino que se basa en un conocimiento directo de los acontecimientos.

Al cabo de unos pocos días, Eneas convenció a sus tropas de que la isla estaba habitada por el pueblo más guerrero y belicoso que pudieran imaginar.

—Si apreciáis vuestra vida y la de vuestros seres queridos —les dijo—, os ordeno construir un fuerte de piedra, que nos protegerá de las incursiones de esos guerreros. Una vez acabéis la construcción del fuerte, buscaremos refugio en su interior, y os quedaréis en él hasta que yo regrese. Haced lo que os digo.

La pregunta que pasó por la mente de todos los soldados fue: «¿Ha dicho regresar? ¿De dónde?».

Eneas explicó a las tropas que pensaba deambular por la isla, disfrazado, para explorarla y llegar a la conclusión de si merecía la pena o no conquistarla.

—Ninguno de los que estén en Bretaña debe conocer este plan —añadió—, para que no se malogre.

Acompañado por su más fiel amigo, habiéndose quitado sus corseletes y sus túnicas, y vestidos ambos de un modo similar al de los nativos, Eneas partió a caballo un día a principios de la primavera.

Mientras, vagabundeaban, al parecer de forma errática, penetrando cada vez más en el territorio, caminando por toda la isla; mientras, se encontraban con personas y entablaban amistad con ellas; mientras, disfrutaban la suavidad de la llovizna, el destellar del cielo estrellado, y la libertad que les proporcionaba una vida lejos de las estrecheces militares. Cada vez estaba más claro que Eneas era el hijo errante de un padre infalible. Nunca se había sentido tan vivo. No había que hacer trabajos duros. Algo de pesca, alguna que otra cacería ocasional (unida a la generosidad de los nativos con quienes se encontraban de vez en cuando) les libraba de pasar hambre. Una tienda les proporcionaba refugio, y el agua y el pasto para los caballos se encontraban por doquier. Y bajo los amplios e impresionantes cielos, llevaban consigo su hogar por dondequiera que iban.

Eneas empezó a pensar en sus obligaciones y en el padre autoritario que había dejado a sus espaldas, pero entonces, dejando que el viento le azotase el rostro, dijo a su amigo:

—Esta brisa es deliciosa. Viene cargada con el aroma de mil flores. Sigámosla para ver de dónde viene.

Uno de mis mejores amigos, un madroño que crecía junto a la orilla del lago, fue el primero en verlos. Venían caminando, cogidas las riendas de sus caballos, charlando. Comoquiera que dedicaron muchas y elogiosas palabras a describir el bosque, inmediatamente me resultaron simpáticos, sobre todo Eneas. No era tan alto como los hombres de la tribu a los que estaba acostumbrada, ni tenía la piel tan blanca. Y su cabello era corto y del mismo color marrón que las avellanas. Hablaba un idioma con una estructura precisa que, en sus labios, sonaba excesivamente rígido, tal y como lo había sido su vida o la de cualquier otro soldado.

Ataron las riendas de sus caballos a mi tronco. Me halagó que un hombre que había venido desde tan lejos, el jefe de una legión poderosa y temible, me eligiera, sin dudarle un momento, como su primera opción. Y no solo para atar a su caballo, sino para levantar a mis pies su campamento. Aunque aún brillaba el sol en el cielo, le dijo a su compañero que montase la tienda y la dispusiese para un largo sueño.

Precisamente de sueño era de lo que se había visto privado durante toda su vida, y dormir era la que más le gustaba de todas las experiencias que había tenido desde que abandonó a la tropa. Como es de imaginar, yo no estaba de acuerdo con él, y me sentí motivada a airear mi discrepancia dejando caer sobre ellos algunas ramitas secas. Pero entonces decidí dejar que hicieran las cosas a su manera. El sol empezaba ya a ponerse, pero sin embargo los dos hombres ya estaban metidos en su tienda, bajo las pieles, y Eneas dormía profundamente.

Mientras yacían envueltos en sus pieles, el agua del lago espumeó levemente, cayó la noche y una forma se deslizó con elegancia entre las ondas. La Doncella del Lago se alzó sobre las aguas hasta llegar a la estrecha playa, cerca del madroño, donde yo podía verla claramente. Tenía una larga cabellera de pelo negro y ondulante que destellaba con reflejos esmeraldas. Soltó el broche de su única prenda, un manto, y lo dejó caer sobre la arena.

Yo nunca antes la había visto, ni había visto nada parecido a ella. Sin

embargo, no me sorprendió. Aunque no cabía duda de que su aparición era fantasmagórica, era tan hermosa como lo permitía la naturaleza de las mujeres mortales, y su cuerpo era un enlazarse de suaves curvas que hablaban de una redondez general y muy atractiva.

Podía haber sido una visión, pero era real. Empezó a cantar, con la suficiente fuerza como para despertar a los hombres. Al final, el soldado salió de su tienda, entrecerró los ojos en dirección al lago, se los frotó, y luego se los restregó de nuevo, atónito.

—¡Centurión, centurión! —exclamó—. Junto a la orilla del lago hay una mujer desnuda, o un hada, no lo sé.

—¿Tiene frío?

—¿Qué quieres decir, si tiene frío?

—Precisamente lo que he dicho.

—Bueno, supongo que no. Vamos, que tiene una especie de manto a los pies. Si tuviera frío, se lo pondría.

—Entonces déjala en paz, y por favor, déjame dormir.

—Pero, señor, esto huele a hechicería.

—Pues que huela, que yo seguiré durmiendo.

—Pero, señor, ¿qué pasaría si nos lanzara humo y hedor?

—¿Lo ha hecho?

—No, por el momento no, pero...

—Ya me has quitado el sueño. Como seguro que no podré recuperarlo hasta dentro de un rato, vamos a echar un vistazo.

El joven salió de la tienda.

—¿Quién eres tú? —preguntó a la doncella.

Ella le respondió en latín:

—Soy aquello que deseas.

Mientras pronunciaba estas palabras, abrió los ojos, de un profundo verde esmeralda, bajo la pálida luz de la luna. Prosiguió diciendo:

—Aunque has arrebatado la vida a muchos hombres, aún tienes que conocer a una mujer.

«Eso es cierto», pensó para sí Eneas, aunque hubiera preferido que ella no hablase de su vida sentimental delante del soldado. «Pero, en realidad, nunca he tenido una vida sentimental. Nunca he tenido una mujer, ni conocido el

amor; ni siquiera he dispuesto de un momento de entrega total e incondicional». En voz alta, dijo:

—Soldado, ve a buscarme un faisán.

—¿Ahora? ¿A estas horas de la noche?

—Sí, ahora. Y si no lo encuentras, búscalos toda la noche.

Mientras el contrariado soldado dirigía sus pasos hacia sabe Dios qué faisán (que no existía en la Isla en aquel entonces), Eneas, sin sentir ningún temor, se encaminó a la playa.

«Aquí llega mi presa», pensaba la Doncella del Lago. «Lo llevaré hasta el fondo del lago, y lo dejaré allí para siempre.»

Las estrellas brillaban con fuerza, y la magia hacía de las suyas. Eneas se arrodilló delante de ella y le dijo:

—¡Oh, criatura de las aguas, Doncella del Lago si eso es lo que eres...! Soy el jefe de un gran ejército, una hueste que esta Isla no podría repeler. Puedes hundirme en las profundidades tenebrosas de este lago, ¿y qué me importa morir? ¿Y qué me importa pasarme la eternidad encadenado a lo más hondo de un lago sin fondo? Estuve encadenado toda mi vida, y forzado a hacer cosas... atroces, y ya ni recuerdo en nombre de quién y por fidelidad a quién lo hice. Pero si desapareciera de repente, mi soldado lo descubriría. Entonces volvería al fuerte y avisaría a las tropas. Me buscarían, destruyendo todo a su paso y matando a los habitantes que se interpusieran en su camino.

De repente, la tomó en sus brazos y la besó.

Recuerdo que me pregunté: «¿Será eso el placer?» Y justo entonces, ¡apareció nada menos que el Grillo Sabio! Hacía tiempo que no lo veía, cosa de cincuenta veranos, más o menos.

—Sí, mi señora, eso es el placer —me susurró. Me contó que había estado saltando de un planeta a otro durante unos cuantos de «nuestros» años, y yo no le creí. Pero sí que le creí cuando me dijo:

—Conozco a esta Doncella del Lago. Antes vivía en el gran océano salado. Veo que ha cambiado de aguas, pero me temo que no de costumbres.

Mientras los contemplábamos, y veíamos cómo se entrelazaban sus sueños y sus vidas, sentíamos que algo extraordinario estaba a punto de suceder.

—Nunca he visto nada así —prosiguió el Grillo Sabio—. Aquí no hay nada de engaños. Es posible que nos llevemos una sorpresa.

Al mismo tiempo, a miles de millas de distancia, miles de hermosas hadas atraían a los soldados haciéndolos salir y alejarse del fortín. Durante los días, semanas y meses siguientes, les acompañaron por toda la Isla; les hicieron trabar amistad con sus moradores, y encontrar esposas. Con el tiempo, todos se olvidaron del Imperio y de la invasión de esta Isla.

De vuelta en Bretaña, el emperador los tuvo por muertos en su enfrentamiento con los feroces luchadores isleños; los sustituyó con una nueva legión, la VI Victrix, y se olvidó de la Isla, ocupado como estaba levantando una muralla que iba a llevar su nombre: el muro de Adriano.

El padre de Eneas fue enviado de vuelta a Roma, donde le someterían a un juicio por alta traición y abuso de poder. Como fue declarado culpable por unanimidad, fue condenado a muerte y posteriormente ejecutado. En realidad, consideraron que su conducta había sido tan vergonzosa y tan impropia de un romano que se quemaron los documentos de su proceso judicial en un intento de borrar su nombre de la historia.

Así es como la legión IX Hispana se «desvaneció» de la faz de la tierra.

Esto explica también por qué los romanos nunca invadieron ni conquistaron mi Isla.

En cuanto a Eneas, esto fue lo que sucedió.

Por primera vez en su larga vida, la Doncella del Lago se sintió amada, en lugar de tratada como un instrumento para apaciguar los sentidos. El joven, que nunca antes había amado, no quería conocer otro amor, y le importaban bien poco las batallas de este mundo. Al no sumergirlo en las profundidades del lago, la Doncella sabía bien qué les iba a suceder a los dos, dado que ya no podrían separarse nunca. Ascenderían a la Tierra de la Placidez Perenne, un lugar demasiado calmo para la mayoría de los humanos. Pero Eneas había descubierto lo mucho que le gustaba dormir, y la Doncella ya se había cansado de engañar a los hombres.

Así que volaron a la Tierra de la Placidez Perenne, y no volvieron a ser vistos por ojos mortales.

## 5

No lejos de donde yo vivía, a bastante distancia del lago y en dirección al sol naciente, había un roble que era un mero arbolito en tiempos de Eneas y la Doncella del Lago. Sin embargo, ahora ya había crecido convirtiéndose en una majestuosa matriarca. No cantaré las alabanzas del roble, porque hay que recordar que, entre los árboles de hoja caduca, era el más cercano a nosotros, los tejos, justo a un paso por debajo de la jerarquía arbórea. Ningún monarca debería, en ningún sentido, animar a un usurpador potencial. Baste decir que, en sus 340 años y pico de fructífera vida, había producido en torno a 18 millones de bellotas. Podría eliminar el «y pico» y el «en torno», y decir el número exacto de años que llevaba de vida y la cifra precisa de descendientes que había generado, pero me da un poco de vergüenza. Verás, podrías sospechar de mi cordura.

Sin embargo, no solo llevaba la cuenta de todas las bellotas que había observado a lo largo de los siglos, bien pegaditas a sus ramas, sino que incluso conservaba en la memoria las siempre cambiantes rutas que las babosas, hormigas, arañas, escarabajos, gorgojos y orugas seguían para subir y bajar por su tronco. Claro que disponía de innumerables horas para distraerme de alguna manera, más tiempo del que un ser humano podría concebir.

Una vez comprendí que el arte de un tejo radicaba en eliminar todos los elementos adversos para el bienestar; cuando fui consciente de que estaba destinada por naturaleza a mantenerme al margen de problemas, llegué a la conclusión de que, en contra de lo que me aconsejaba mi madre, concentrarme solamente en la eliminación de lo que no era esencial no resultaba nada divertido. Meramente tenía que crecer, sin prisas, inventando pasatiempos. ¿Cómo podría decir lo que era esencial y lo que no? Así que contaba las



bellotas, seguía la pista a los escarabajos y contemplaba las estrellas y su posición en relación con los cambios de las estaciones.

La diversión más atractiva que podíamos tener, el hombre y sus actividades, apenas había aparecido en tres siglos.

De vez en cuando, en nuestro bosquecillo se celebraban ceremonias drúidicas, y al principio solía considerarlas curiosas. Pero al final me cansé de ellas, porque se mantenían completamente inalteradas. Desde un punto de vista humano, puede que esta fuera una virtud, pero convertía las ceremonias en un espectáculo repetitivo, y hacía de lo extraordinario lo más normal del mundo. A veces, aparecía algún druida caminando solo por el bosque, guiado por su vara de avellano (¿o guiándola quizá?). Cortaba algunas ramitas con hojas de mi madre para usarlas con propósitos mágicos.

En cuanto a los sacrificios humanos, desde el fatídico día en que conocí a la humanidad, solo se habían celebrado dos. La Doncella del Lago había volado para no volver. De vez en cuando, algunos hombres de la tribu iban a cazar venados, o jabalíes o, por pura diversión, zorros y liebres. Pocas veces les veía el pelo por allí, y casi nunca cazaban nada, al menos nada que estuviera al alcance de mi vista.

Los otros árboles sí que me proporcionaban un espectáculo más constante. El madroño junto a la orilla del lago era mi favorito. Nacimos los dos el mismo año y, al igual que yo, seguía en pie, tan despreocupado como siempre. Muchas veces le había visto doblegarse bajo su propio peso, o el de la nieve, o encorvarse por la acción del viento. Sin embargo, siempre le había visto brotar de nuevo y volver a empezar. Por tanto, su tronco y sus ramas acababan de nacer, pero el amasijo de sus raíces era tan viejo como su alma.

Es posible que esta forma de desarrollarse explicara su exuberancia: un rejuvenecimiento constante, con unas raíces maduras que acompañaban a un espíritu antiguo, ramas y ramitas jóvenes que le inspiraban nuevas experiencias, y una gran profusión de flores y frutos agradecidos.

Luego también estaba «el campeón aguantador», un gigantesco fresno. Aunque le había alcanzado un rayo en siete ocasiones, y estaba chamuscado y herido, había soportado todas las descargas, y allí seguía de pie, siendo el pararrayos más alto de todo el bosque. Esta intrépida determinación no dejaba de ejercer cierto encanto sobre otras plantas. Es por esto que la hiedra, gradual y afectuosamente, fue creciendo para envolverle el tronco.

La viña engalanó al fresno con un vestido de brillantes hojas verdes que crecían en torno a su tronco, y que, al estar a la sombra del espeso dosel de hojas, carecía totalmente de ramas. No es que cuando conseguía atravesar la fronda desarrollase ramas y hojas dignas de mención, en su camino hacia el cielo (y hacia los rayos), pero sí lo bastante como para que la clorofila de sus hojas absorbiera la energía del sol.

No fue hasta un momento más avanzado de mi vida cuando empecé a entender que una poda natural y espontánea puede beneficiar el bienestar de un árbol, fomentando la creación de nuevos tejidos y renuevos. En el caso del rayo, esta poda podía incluso inducir a la aparición de uno o algunos brotes nuevos, o de un denso ramaje.

Conjeturé que así era como mi madre había llegado a tener el aspecto que presentaba. Los vendavales, los rayos, las intensas nevadas y, por supuesto, su avanzada edad, habían contribuido a dotarla de su aspecto actual. Se había visto desprovista de su copa por un vendaval que hizo retemblar el bosque entero y había dañado a la mayor parte de los árboles. Sin embargo, en el lugar de la herida apareció una masa de brotes nuevos. Estos brotes, demasiados, compitieron por la luz y el aire, se superpusieron unos a otros y al final solo unos cuantos llegaron a convertirse en ramas, mientras el resto moría.

Su venerable tronco llevaba hueco varios siglos. Sin embargo, no era motivo de alarma, dado que como ella misma me había explicado, todos los tejidos de avanzada edad se libran de su madera muerta.

Su copa era bastante irregular, con muchas ramitas secas y ramas a medio crecer, y solo sus ramas más altas no estaban completamente desprovistas de follaje. Sobre las fisuras antiguas y recientes habían crecido excrecencias y nudos de un tamaño considerable, vestigios de innumerables mutilaciones provocadas por las tormentas. Como resultado, la característica dominante en su aspecto era la asimetría.

No es que los árboles apreciemos la simetría, porque esta es propia de seres inferiores. Pero lo cierto es que mi madre había superado con creces a la propia asimetría, porque tenía el aspecto de un conglomerado azaroso de madera y hojas, más que de un árbol normal. Pero, bien pensado, ¿cómo se puede aplicar el adjetivo «normal» a la Reina del Bosque?

Con el tiempo, llegué a darme cuenta de que su aspecto tremendamente

desaliñado constituía el emblema de la verdadera ancianidad y del fructífero matriarcado. Sin embargo, este era un gusto que había que ir adquiriendo. Debo confesar que yo estaba orgullosa de mi tronco poderoso, bien firme hasta el mismo centro, y de mi follaje verde oscuro y amarillo pálido, que iba aumentando con los años. El poco color que se veía en mi madre era el que le proporcionaba una fina capa de algas verdosas que había cubierto buena parte de su cuerpo, donde se había desprendido la corteza. Los líquenes medraban en torno a sus tortuosos miembros, e incluso dentro de la vasta cavidad de su tronco, al igual que los mohos. No obstante, ella me había dicho una y otra vez:

—No te preocupes, mi niña bonita. Algún día lo entenderás. Lo único que he hecho ha sido reducir el ritmo de mi crecimiento. Cuanto menor es el crecimiento, menor es el esfuerzo. Estoy muy satisfecha con mi aspecto actual, y con el hecho de seguir verde. Te quiero, a ti y a todas las plantas de mi bosque.

Este amor era recíproco. Por ejemplo, a sus pies habían nacido algunas flores, formando una gruesa colcha de escabiosas de un tono azulado-malva, algo nunca visto con anterioridad en la profunda sombra de nuestros bosques. Pero esa sombra densa era algo que las ramas marchitas y el escaso follaje de mi madre ya no proyectaban. Entre los chaparrones y los diluvios, las abejas y las mariposas venían a visitar las flores. Incluso algunas reticentes serpientes se acercaban a visitar a mi madre, deslizándose con elegancia entre las flores. Y los venados habían hecho de sus pies un nuevo punto de encuentro. Con una delicadeza impropia de ellos, ni pastaban allí ni pisaban las flores.

Últimamente, había un extraño pájaro, el trepatroncos, que había hecho sentir su presencia en sus ramas. Subía a sacudidas por el tronco, o por lo que quedaba de él, y la verdad es que se parecía más a un ratón que a un ave. Sin embargo, era una cosita muy mona, con las plumas de su lomo teñidas de color ámbar, marrón y gris, que le hacían confundirse con el tronco. Con las alargadas y tiasas plumas de su cola se apoyaba en el tronco mientras su fino pico curvo arrancaba los gorgojos y escarabajos de los que se alimentaba.

Había muchos de estos insectos en sus nidos, debajo de los trozos de corteza medio desprendidos de mi madre. A mí me gustaban. Con su incesante subir y bajar por su cuerpo, le hacían compañía, la libraban de plagas y, como me comentó ella sonriente, incluso... le hacían suaves cosquillas. Yo nunca me

sorprendí de que en mi cuerpo no hubiera trepatroncos. Asumí que no se llevaban bien con las docenas de carboneros garrapinos y diminutos reyezuelos que habitaban entre mis ramas. Además, yo estaba ocupada, no solo contando bellotas o contemplando las estrellas, sino también debido a mi participación en una especie de maternidad a distancia.

Yo había estado floreciendo y produciendo bayas durante muchos años. Lamentablemente, solo unos pocos miembros de mis descendientes habían conseguido germinar, superando luego las traiciones de los elementos. A pesar de ello, habían nacido muchos hijos e hijas mías, aunque no los abarcase con la vista. El viento y las aves los habían dispersado o, en ocasiones, un tejón (invariablemente hambriento) engullía unas cuantas de mis bayas. A estas alturas, crecían ya decenas y decenas de ellos. No podía verlos, pero al menos los sentía. Aún no sabía cómo era posible, pero de alguna manera no tenía que ver con los filamentos subterráneos. Probablemente, las señales de mis hijos e hijas me llegaban mediante algún tipo de campo, aunque no pudiera averiguar en qué consistía este.

También recibía los informes de otros árboles de mi especie. Las noticias se originaban en uno de mis retoños e iban pasando de árbol en árbol hasta que me llegaban. Por eso dejaba vivir en mis ramas a tantas aves: eran las mensajeras más directas entre mi persona y mis hijos e hijas. Cada día volaban hasta cada uno de ellos, llevándoles mi amor y trayéndome el suyo de vuelta.

Una tarde, justo después del ocaso, un alto pino musitó algo. Todos los seres del bosque guardaron silencio, porque aquel pino era cualquier cosa menos locuaz, y sus palabras eran tan escasas como significativas.

—Mirad a los cielos —dijo—, quizá hasta esa altura de cincuenta millas. ¿Veis esas nubes? Brillan fantasmagóricas en la estela del día que se ha ido. Esto es una señal. Va a suceder algo.

Las nubes siguieron brillando hasta mucho después del crepúsculo (eso me dijo al día siguiente un zorro), tiñendo los cielos de unos destellos de colores hermosos pero, a la vez, perturbadores. No encajaban en ese momento en que la luz da paso a las tinieblas y nacen las estrellas. En el aire se respiraba una sensación de extrañeza, de algo que estaba fuera de lugar, pero al mismo tiempo de escepticismo. Mi madre apenas le prestó atención al supuesto

oráculo.

—No cabe duda de que es un árbol con buena intención —dijo—, pero... A mí me cuesta más que a vosotros, amigos, conciliar el sueño por las noches... Ya sabéis, mi enorme red de raíces, toda esa savia, la inercia... Así que, a menudo, cuando me duermo, veo ese mismo espectáculo que tanto maravilla al pino. Lo único que pasa es que esta noche ha llegado antes. Dormid, queridos míos. No os preocupéis.

Ya estábamos adormilándonos, querida madre, y quizá tenías razón, como de costumbre. Probablemente no había nada de que preocuparse, ni siquiera teníamos que esperar que sucediera nada.

Y así fue. Durante dos o tres lunas, apenas pasó algo. Lo cierto es que nuestro campeón, el fresno, fue alcanzado por un rayo por octava vez en su vida, pero, según sus propias palabras, «fue un rayo sin importancia». Entonces, una mañana lluviosa, sucedió algo extraño.

Nuestro centinela-pararrayos distrajo nuestra atención de lo divertido que era recibir la lluvia tras el alba de un día de verano.

—¡Siete hombres a lo lejos! —anunció, y luego, corrigiéndose, añadió—: Ocho hombres, vestidos de blanco, caminando hacia nosotros bajo la lluvia, allí abajo.

—¿Estás seguro? —pregunté—. Sería bastante extraño, ¿no?

—Bueno, supongo que sí, lo sería, pero es exactamente lo que estoy viendo: ocho hombres vestidos de blanco que caminan hacia los bosques. Y además caminan solemnemente, sin prisa, como suelen hacer los hombres atrapados por un chaparrón.

—Perdona que te lo diga, pero ¿sería una falta de educación decir que tienes alucinaciones?

—¿Por qué iba a tenerlas?

—Todos esos rayos podrían producir efectos secundarios...

—¡En absoluto! Soy el pararrayos, ¿no? Pues debéis creerme: hay un grupo de hombres que caminan directos hacia su bosquecillo sagrado, es decir, hacia nosotros.

—Haced el favor de creer lo que dice mi fresno, ¿vale? ¿Por qué no ibais a creerlo?

La que había hablado era la envolvente (y enamorada) hiedra. Yo no le

habría tolerado que me hablara en aquel tono de no haber sido porque los druidas aparecieron de repente junto a las escabiosas de mi madre.

Entre los siete druidas vestidos con un atuendo más sencillo estaba el único al que yo conocía, el mismo que de vez en cuando venía a nuestro bosque. Todos los demás me eran desconocidos, y seguramente venían de lejos. El octavo hombre era, claramente, su jefe.

Sus ojos grises y pensativos hablaban de una gran autoridad, de grandes poderes ocultos, pero también reflejaban una honda preocupación. Era el Archidruida de la Isla. En la esfera religiosa, nadie estaba por encima de él. Pensé que había acudido a nosotros en busca de algo. Oficiaba y predicaba una religión que albergaba elementos muy antiguos, porque mi madre me había dicho que los rituales de los hombres no habían cambiado mucho desde que ella era joven. Pero ahora allí estaba, en su santuario, nuestro bosquecillo sagrado, buscando, quizá en el vasto tronco hueco de mi madre, el centro místico carente de toda dimensión.

Los siete hombres se reunieron en torno a él, en silencio, como si estuviesen en trance, y el Archidruida, con los ojos cerrados y con las manos extendidas hacia el cielo plomizo, pronunció una invocación mientras la lluvia resbalaba por su frente y mejillas:

—¡Oh, tú, el Quinto Quinto mágico de los Cinco Quintos de la Isla: acude en ayuda de mis poderes, acude al rescate de tu pueblo, pues una magia malvada ha llegado de lejos y amenaza nuestras antiguas costumbres!

Se quedó inmóvil, en silencio, hasta que sintió el Poder que se iba arremolinando a su alrededor. Sintió cómo se solidificaba la fuerza de su adoración, condensándose en un poder sólido. Entonces invocó esa fuerza para que penetrase en su ser interior, y luego la propagó.

Cuando regresó al entorno material, era distinto: tenía una mirada salvaje, como la del lobo que va a devorar a su presa, agotado e inquieto, fuera de sí. Poseído por esta feroz actitud, el Archidruida estaba a punto de cortar unas cuantas hojas de mi madre, como solía hacer el otro druida. Pero cambió de opinión, y se acercó a mí.

Es verdad que las hojas de mi madre estaban confinadas a sus ramas más altas, de modo que elegirme a mí tenía sentido. Mi exuberante follaje caía como una cascada hasta la tierra. Pero ¡cómo deseé, en aquellos momentos tan alarmantes, que se hubiera dirigido a mi madre, que estaba tan acostumbrada

al ritual!

No es que perder unas pocas ramitas supusiera la menor diferencia, pero ¿de qué hablaba aquel hombre? Yo jamás había oído hablar del Quinto Quinto de los Cinco Quintos. Era un bonito trabalenguas, pero ¿qué podría significar?

Mientras los druidas se alejaban con algunas ramitas verdes que me habían arrancado, reflexioné sobre el hecho de que el hombre, esa criatura tan inexplicable, me usara de esa manera. Nunca sospeché, ni siquiera por un momento, que esa forma de obrar pudiera tener algunas implicaciones, o consecuencias, para nosotros los árboles. Llegué a la conclusión de que debía tratarse de un nuevo y absurdo pasatiempo del hombre errabundo que iba por la vida tropezando aquí y allá. Debería haber pensado que no se trataba de eso.

Unos cuantos años antes, en algún punto a muchas millas al norte de mi bosque, un joven al que nadie conocía, secuestrado en su Bretaña nativa para convertirlo en esclavo en mi tierra, había trabajado como pastor hasta que se hizo un nombre al escaparse, tanto de la esclavitud como de la Isla. Años después regresó a la Isla, esta vez como hombre libre y dotado de una misión. Llevaba consigo un libro. No era un simple libro, que por sí solo ya podría considerarse algo casi sobrenatural, dado que los humanos de la Isla eran un pueblo que aún no sabía leer. Era El Libro, y contenía las Sagradas Escrituras, y también una nueva religión. La misión que Dios le había encomendado era divulgar la nueva religión en mi Isla pagana.

El concepto de «pagano» era interesante, además de importado. No significaba que los seres humanos que moraban en mi Isla careciesen de religión. Quería decir que adoraban a dioses falsos. Como me había sentido inclinada a sonreír cuando me enteré de la existencia de dioses hechos por la mano del hombre, aún me hizo más gracia cuando oí que esos no eran los dioses verdaderos, y además que la nueva verdad se encontraba en aquel Libro.

El hombre que regresó a la Isla donde había sido un prisionero carecía por completo de rencor, y estaba lleno de esperanzas, confianza y optimismo. Impelido por una obsesión que a veces los humanos tildan de misión, era el clásico misionero.

Puede que te preguntes cómo llegué a saber todo esto. Como seguramente recordarás, la Madre Naturaleza me había estado enviando, desde mi

nacimiento, todo tipo de eruditos, transmisores de conocimientos. Muy a menudo estos intermediarios habían sido insectos, que tenían como prototipo al Grillo Sabio.

Hacía bastante tiempo que no había visto al Grillo. Quizá al final lo habían aplastado, o se había marchado de un par de saltos a algún otro planeta. Pero esto no tiene nada que ver con la historia que te estoy contando.

Mi transmisora de conocimientos más reciente era una babosa. Por supuesto, no se trataba de una babosa cualquiera, sino de una criatura pequeña y esbelta revestida de un manto salpicado de atractivos puntitos color crema. Afirmaba que había venido de una tierra muy distante, pero ¿quién no lo hacía, entre los oradores itinerantes de la Madre Naturaleza? Ahora tenía intención de descansar y alimentarse de las algas y líquenes que vivían en mi madre, cosa que a esta no le importaba en absoluto. Entre los trepatroncos y la Babosa que subían y bajaban por su cuerpo, para ella todo eran cosquilleos. A pesar de su supuesta lentitud, la Babosa era un microcosmos la mar de ágil. Y con razón.

—¡Hay tantas cosas que tengo que contarte! —me decía—. ¡Tantas cosas, y además, tan importantes!

Como me reconcomía la impaciencia, la animé diciendo:

—¿Qué era exactamente lo que hicieron aquellos druidas hace dos semanas?

—Es curioso que me lo preguntes. Eso es precisamente lo que está pasando hoy día por toda la Isla.

—¿Cómo es eso?

—El Archidruida y todos los otros druidas están planeando encontrarse con el hombre santo para derrotar su magia. En sus rituales propiciatorios usarán las hojas que tomaron de ti y de los demás nobles tejos de toda la Isla.

Ella había mencionado al «hombre santo». Así que le pregunté por él, y me relató lo que te he contado.

Aquel misionero proclamaba una nueva religión en la cual creía tan firmemente que había arriesgado su vida en repetidas ocasiones para divulgarla entre los humanos de la Isla. Algunos de ellos habían resultado ser hostiles para con los extranjeros y rechazaban las cosas que tuvieran que ver con ellos. Sin embargo, el hombre santo había viajado de un lado para otro, extendiendo por doquier la nueva fe.



Durante ese viaje, atravesó una maravillosa pradera. En aquel lugar plantó con sus propias manos dos tejos, afirmando solemnemente que eran símbolos de la inmortalidad. En eso tenía razón. El lugar se convirtió luego en una ciudad, a la que le puso nuestro nombre, el de los tejos.

Eran buenas noticias. Parecía como si, en lo tocante a nuestra adoración, siguiera la costumbre druídica que predicaba la doctrina de la inmortalidad. Pero, aparte de eso, la nueva religión nos parecía intimidante.

A mí no me importaba en absoluto la pretensión de aquel hombre santo de que existía un solo Dios en vez de toda una hueste de ellos. Tampoco lo que decía de que muchos humanos habían «nacido de nuevo en Dios» por medio de él, en el curso de una ceremonia que tenía que ver con mojar con agua a mujeres, hombres y niños, mientras él pronunciaba salmodias mágicas. Debo confesar que no entendía cómo aquellas personas podían nacer de nuevo si ni siquiera habían muerto. Pensé que quizá su magia no fuera tan poderosa. Aparte de esto, por revolucionaria que fuese su religión, al menos compartía una característica con los humanos: una persistente fascinación por las cabezas. Debo admitir que se había producido una transición, que consistía en que en vez de cortar cabezas, ahora aquel hombre las contaba. ¿Cómo? Su meta radicaba en convertir al mayor número de paganos, por decenas, centenares, miles. Su misión casi consistía en contar cabezas. Sin embargo, a mí no me inquietaba especialmente nada de aquello.

Lo que me preocupaba era que su religión había llegado hasta él, y a través de él hasta nuestras costas, procedente de una tierra casi carente de lluvia y de árboles, donde, me temía, el énfasis no recaería sobre la Madre Naturaleza, sino en su único craso error: el hombre. En consecuencia, esta religión se mostraba hostil a la adoración de la naturaleza, a la que definía, en realidad, como el reino del diablo.

—¿El diablo? —exclamé asombrada, solo para que la Babosa me respondiera comprensivamente.

—Ya lo sé, es absurdo. Puedes preguntarle a tu madre, a mí o a cualquier otro ser antiguo, y siempre recibirás una respuesta asombrada: «¿El diablo? Debe ser otra de las invenciones humanas».

Así que el Espíritu ya no vivía en los bosques, los arroyos y los cielos. En lugar de eso había un libro, y este, entre otras cosas, animaba a los hombres a:  
«Llenar la tierra y someterla, y dominar a los peces del mar, las aves de

los cielos y a todo ser vivo que se mueve sobre la Tierra».

¿Podría ser que la nueva religión sellase el destino de los bosquecillos sagrados? Aparentemente, al Dios único había que adorarlo en un único lugar, un templo o iglesia, que estaba construida por manos humanas. ¿Cómo podía ser?

A mí nunca me habían gustado especialmente los druidas, aunque esos hombres eran algo así como un mal menor comparados con el hombre santo. Pero los druidas estaban perdiendo la batalla que pensaban poder ganar. En este sentido, creo que él tenía un don especial, porque sigue confundiéndome que un solo hombre, con un libro como única arma, pudiera subyugar durante su vida a una religión antigua y poderosamente enraizada.

—No deberías sorprenderte —me dijo la Babosa una tarde.

Le había costado medio día llegar hasta mí, porque venía desde mi madre, que estaba a unos cuantos pasos de distancia. Como resultado de esa marcha prolongada, volvía a tener hambre, y estaba a punto de embarcarse en el mismo trayecto, en dirección opuesta, regresando a mi madre y a la comida que esta podía ofrecerle. Me dio una concisa explicación.

—Los hombres pasan por ciclos y, en ocasiones, cuando cambian una creencia, o un credo, no hay otra explicación que esta: se cansan de ella, sea cual fuere.

Hacia finales del verano, el fresno nos lo contó. El pino alto y los demás pinos nos lo contaron. Incluso las liebres corredoras (y los zorros tras ellas) se tomaron un respiro en sus mortíferas cacerías para avisarnos: «Cuidado, el hombre santo se acerca».

Un hombre vestido con un atuendo sencillo, un hombre en apariencia humilde, caminaba por los bosques, con paso tranquilo y sin cesar de orar. Se detuvo junto a nosotros, acarició las escabrosas a los pies de mi madre, echó una benigna mirada, a su alrededor, y musitó: «Oh, vosotras, todas las cosas verdes sobre la tierra, bendecid al Señor; alabadle y glorificadle eternamente».

Después, echó una aguda mirada a los arbustos, descubrió una pequeña serpiente parda que se arrebujaba en ellos, medio muerta de miedo, y le dijo:

—Vamos, pequeña criatura. Sigue mis pasos.

Solo mucho más tarde me enteré de que aquella era la última serpiente de

la Isla. El hombre santo había persuadido a todas las demás para que se arrojasen al mar, muriendo ahogadas. Los científicos actuales afirman que en nuestra Isla nunca hubo serpientes, porque jamás se ha hallado en ella un fósil de serpiente. ¡Por supuesto que no! Las serpientes siempre murieron en el mar. Era su forma de abandonar el mundo. Pero no todas a la vez. El hombre santo las expulsó a todas de la Isla. A todas menos a una. Y esto es lo que le sucedió.

El misionero la expulsó del Lago de la Serpiente, en el Valle Negro, adonde había huido para esconderse. La metió en una caja de hierro y dijo que al día siguiente la dejaría salir. Pero ese mañana nunca llegó, y la Isla se vio libre de serpientes.

## 6

Si yo hubiera tenido un temperamento más obstinadamente resuelto (ese tipo de temperamento que a menudo pertenece a la naturaleza masculina), podría haberme pasado mil años dedicada por entero a las lamentaciones y a la mortificación de mi persona. Lo que pasó fue que me sumergí en un profundo estado de adormecimiento que yo misma me induje. Fue más que amodorrarse o dormir profundamente. Fue un estado de coma.

Los botánicos de hoy día aseveran que nuestro crecimiento es anómalo: «En ocasiones, con el paso de los años, puede acelerarse en lugar de frenarse, y algunos árboles evidencian dilatados períodos de un crecimiento tan escaso que cualquier otra especie hubiera muerto en un plazo de dos años». Pero hay que tener en cuenta que la mayor parte de la humanidad nos considera meras bombas de agua, y no puede contemplar la posibilidad de que podamos actuar conscientemente. Sin embargo, yo había tomado la decisión consciente de sumirme en la inconsciencia.

Obligué a mis raíces jóvenes a crecer hacia adentro en lugar de hacia fuera, con la esperanza de que el progresivo relleno me asfixiara. Invierno o verano, hiciera lluvia o brillase el sol, me negué a crecer, a seguir viviendo, insensible, comatosa.

¿Por qué? ¿Por qué?, puede que te preguntes. Porque no había prestado atención, no había comprendido lo que era evidente para todos los demás seres vivos del bosque. ¿Cómo era posible que no viera lo que era tan obvio? Yo, la Princesa del Bosque, su criatura privilegiada, ¡predestinada a reinar sobre las especies! ¿Acaso me habían cegado todas las atenciones que me prestaban prácticamente todos los seres vivos de la tierra, incluyendo al hombre? ¿Me habían ensordecido el cántico de la vida y sus encantos? ¿O se trataba tan solo de una nimia vanidad? ¿Hasta qué punto mi hermosura y mi

belleza me habían hecho orgullosa? Y, ¿era justo echarle la culpa a mi juventud? ¿Cuántas tardes, mientras soplabla la brisa, y cuántas mañanas lluviosas, había invertido en admirar mi propia verdura? Mientras me ocupaba en contar bellotas o contemplar las estrellas, en hablar con los pájaros canoros y mis amigos los árboles, maravillándome ante las extrañas empresas de los hombres, mi madre, mi querida y justa madre, se estaba muriendo.

Después de tantas primaveras y otoños, aún me resulta dolorosamente vergonzoso admitir que no tenía ningún atisbo de su muerte inminente, mientras que todos los otros seres «inferiores» del bosque habían comprendido con claridad meridiana lo que estaba pasando.

Y sin embargo, allí estaban todos los indicios. Antes que nada, la aparición de aquel espantoso pájaro, el trepatroncos. Es la única ave que vive en las carcasas de árboles que se mantienen en pie, alimentándose de ellas. Todo lo que le rodea sugiere la muerte que se aproxima. Anida en los puntos en que la corteza del árbol moribundo empieza a desprenderse. Se alimenta de gorgojos y escarabajos de la madera, que a su vez se aprovechan del estado de podredumbre generalizado. Pero yo estaba verde, tan verde... Había visto a otros árboles decaer y morir, pero eran inferiores a nosotros. Pensaba que sus destinos no nos afectaban. Simplemente, formaban parte del guiso de la Madre Naturaleza.

Y aunque no quisiera cuestionar la siniestra llegada del trepatroncos; la siempre creciente vaciedad en el tronco de mi madre, opuesta a la siempre decreciente cantidad de sus ramas y hojas vivas; si optaba por no ver la conducta inusualmente respetuosa de las escabiosas, las serpientes, los venados y muchos otros animales y plantas, ¿cómo podría siquiera imaginar el ataque masivo de los predadores naturales del bosque, los insectos taladradores de la madera y los hongos? Ahora sé que ella fue víctima de una implacable invasión de hongos parasitarios. Millones de ellos, obteniendo su sustento de su madera semipodrida, aliados con la humedad siempre constante.

Y la capacidad reproductora de los hongos es prodigiosa: a cada instante nacen millones y millones de ellos, con un solo objetivo: extraer la vida a su víctima.

Durante siglos, su copa había estado elaborando los alimentos que nutrían sus raíces, que, a su vez, los usaban para crecer con miras a absorber las materias primas procedentes de la copa. Tanto su copa como sus raíces se

habían estado extendiendo cada año de su vida. Sus ramas y raíces más fuertes se habían extendido mucho más, y cada año que pasaba sus extremidades tenían que alejarse más y más del tronco. Estas líneas de comunicación extendidas absorbían más energía tan solo para invertirla en el transporte de la savia, y no podían por menos que ralentizar su crecimiento.

Entonces su flujo de savia se había espesado, frenándose, y su crecimiento fue aminorando progresivamente limitándose a los brotes más fuertes, mientras que los más débiles se habían secado y habían muerto. ¡Taña era su venerable ancianidad!

Había llegado un momento en que la distancia desde el extremo de las raíces al de las ramas se había vuelto tan grande que el crecimiento de ambas había cesado. Ni siquiera la herida que le causó el vendaval había podido frenar un perdurable rebrote. Solo mantenía una apariencia de crecimiento por amor a mí, creo yo, para estar allí a mi lado, conmigo, todo el tiempo que pudiera, para librarme de todo tipo de peligro. ¡Pobre madre!

El huracán marcó el principio de su final. Las numerosas plagas y enfermedades que habían empezado a aprovecharse de su estado de debilidad hallaron una puerta abierta de par en par, y se apresuraron a entrar por ella. Desde entonces, mi madre se esforzó en rebrotar, con un crecimiento dubitativo, pero sin éxito: solo logró enfermar. Y luego, llegó su muerte.

¿Cómo podía yo haber estado tan sorda como para no oír sus lamentos? Quizás nunca se quejó, es posible que quisiera ocultar su muerte incipiente, y puede que lo hiciera todo por mí. Pero cuando al fin me di cuenta de que ya no estaba, y de que yo había sido la última en darme cuenta, me sentí afectada y herida mucho más de lo que pueden expresar las palabras, y de lo que yo misma creía poder soportar.

Todo me parecía repugnante. Me culpaba a mí misma, y me encontraba repulsiva, porque al final entendía que debería haber estado haciendo todo lo que estuviera en mis manos para evitar que muriese. Y no solo era cuestión de «morir», sino de hacerlo con una agonía tan prolongada.

Fue entonces cuando la Madre Naturaleza empezó a enviarme mensajes. Me decía que ese no era momento para el dolor, sino para la sucesión. Yo era la legítima sucesora, como tal había sido criada, y ahora llegaba el momento de cumplir con mi obligación y convertirme en la Reina del Bosque. Pero mi respuesta había sido la de irme a dormir para no volver a despertar. La vida

ya no merecía la pena.

Nunca había pensado que una planta que rehúsa seguir viviendo tuviera que enfrentarse a un esfuerzo tan titánico. Cada cuatro o cinco años, como me dijo el madroño, fui perdiendo progresivamente las hojas, sustituyéndolas por otras nuevas. Es cierto que mi anterior follaje exuberante había desaparecido, pero, incluso en contra de mi voluntad, conseguí mantenerme verde. Mientras tanto, el letargo se prolongaba.

Una mañana húmeda de rocío, un extraño sonido rítmico me despertó. Aún medio dormida, miré hacia mi madre. Ella ya no estaba. No quedaba nada, ni una sola rama, ni un brote, nada. Solo había hierbajos en el lugar que ella había ocupado durante más de mil años. Los hongos, los escarabajos y la podredumbre natural habían obrado en aquel lugar durante años. ¿Qué quedaba de ella, o de su dilatado y justo gobierno sobre el bosque? Nada más que malas hierbas.

Con el tiempo superé mi desagrado por las hierbas adventicias, porque en realidad son hierbas, ¿y quién decide cuál es una mala hierba y cuál no? No se trataba solo de clasismo, aunque este era un componente de mi forma de pensar. Era que yo aborrecía la vida y todo lo relacionado con ella, por no hablar de las hierbas más inferiores, que se alimentaban de los restos de mi madre.

Estaba dispuesta a volver a sumirme en el coma, pero aquel ruido tan molesto no me lo permitía. Aquel sonido, repetido a intervalos y metálico, era muy diferente a los que producía el bosque y sus animales, pero se parecía mucho a algo creado por el hombre. Y, en efecto, allí estaba, un representante más de esa digna especie. El personaje que producía aquel ruido estaba golpeando una gran formación rocosa, que medía tres veces lo que él, empecinadamente y sin apenas cesar en su labor.

Decir que tenía un aspecto salvaje y desaliñado sería quedarse corto. Tenía una pelambre hirsuta por toda la cabeza, y le crecía pelo (su piel?) por todo el cuerpo. Me pregunté si sería un oso. ¿Habrían cambiado los osos desde la última vez que los vi? Pero entonces pensé: «Si eso fuera un oso imitando a un hombre, lo haría mejor que él, porque no recuerdo haber visto en mi vida un oso tan torpe». (Yo no sabía que por aquel entonces en mi Isla ya no quedaban osos.)

De vez en cuando, la secuencia de golpes era «¡clang, clang, paf!», y luego una pausa, porque el pico del hombre se enganchaba en alguna rama que pendía cerca, o golpeaba una piedra más dura o, al marrar el golpe, se hundía en la tierra.

El golpeteo del pico se prolongó toda la mañana, y luego hasta bien avanzada la tarde. Era casi de noche cuando el hombre/oso, pensando quizá en acabar la labor del día con un gran final, dio un paso atrás, levantó el pico por encima de los hombros, y lo dejó caer con todas sus fuerzas. En lugar del «clang» o «pick» en el bosque resonó un tremendo «POCK», y el pico saltó hecho pedazos. Su reacción consistió en proferir una sarta de palabras más bien profanas, seguidas de un inmediato arrepentimiento, expresado de esta guisa:

—Oh, bendito sea el Señor, Creador de todas las cosas. Te agradezco tu castigo. Puedes aplicármelo siempre que lo consideres necesario.

Entonces supe que era un hombre, porque aquel era el idioma de los hombres y su obsesión: Dios. En cuanto a qué era lo que estaba haciendo en mi bosque, no tenía ni la menor idea.

De repente, me di cuenta de que estaba completamente despierta. Quizá había concluido el duelo.

Tenía que hacérselo saber a mis raíces y hojas supervivientes, y luego empezar a alimentarlas de nuevo. Ya era hora, como me habría dicho mi propia madre.

Aparte de devolverme a la vida (algo que habría sucedido de forma natural y bastante pronto, porque el espíritu no me había abandonado), podía contar con la compañía de aquel hombre tan gracioso.

Si al final yo había conseguido alejar de mí el dolor, los pinos no lo habían logrado. Otro lamentable descubrimiento que hice fue que ya no estaban. Al haber estado totalmente inconsciente cuando sucedió, no pude arrojar nada de luz sobre esa misteriosa desaparición, y mi amigo del alma, el madroño, no quiso decirme nada. En aquel momento, pensé que no habían podido sobrellevar la muerte de mi madre; puede que se sumieran en un estado de letargo que ellos mismos se impusieran, como hice yo. Con una diferencia: un pino no es un tejo y no puede soportar la misma cantidad de sufrimiento, es decir, de descuido de su persona.

Me sentí muy triste. Los pinos siempre se habían contado entre los



súbditos favoritos de mi madre. Afortunadamente, mis sombríos pensamientos se dispararon al ver los esfuerzos del ermitaño. Ahora entendí por qué se pasaba un día tras otro golpeando la roca sólida. A base de esfuerzos, pretendía convertir el montón de rocas en una cueva en la que refugiarse, como todo eremita que se precie. La lástima era que en mi bosque no había cuevas del tamaño suficiente como para cobijarle, porque llevaba picando la roca dos lunas, pero con muy poco éxito. No sabría decir si la roca era demasiado dura o la cabeza metálica de su pico demasiado blanda, o ambas cosas. Lo cierto es que había adelantado muy poco a pesar de su enorme gasto de energías.

En ocasiones, le observaba cuidadosamente, y veía a un hombre cansado, que frecuentemente se quedaba sin aliento, y que estaba totalmente fuera de contexto. Si lo que buscaba era la contemplación ininterrumpida, había comenzado en la dirección equivocada, porque jamás había visto una empresa tan voluntariosa y, al mismo tiempo, tan poco fructífera. ¿De dónde habría venido, y por qué?

Cuando era joven, aquel hombre había vivido en algún punto del Continente. Había abandonado a su madre y a sus ocho hermanas precisamente por el mismo motivo por el que su padre lo había hecho unos años antes: demasiadas mujeres en la casa. Aquello no podía llamarse una verdadera casa. Probablemente dejaba mucho que desear, incluso como porqueriza, y quizá esto explicase el anómalo hecho de que los pocos cerdos que tenían se extraviaran periódicamente. Esto suponía una pérdida económica desastrosa para una familia cuya economía era de todo menos sólida. No es que los cerdos se escaparan o se desmaterializaran misteriosamente, sino que, más bien, al hombre de la casa le gustaba el sabor de la carne de cerdo.

Comía tamañas cantidades, siempre que podía echarle mano a un cerdo, que posiblemente se le subió a la cabeza. Hasta tal punto que una noche soñó que veía a un cerdo revoloteando por el cielo, con alas doradas, que se sentó luego junto a un ángel sobre una nube algodonosa. Interpretando este sueño como un llamamiento religioso, a la mañana siguiente se puso en camino hacia un monasterio benedictino.

El abad se dio cuenta inmediatamente de que serían mucho más felices si no contaban con la presencia de este grosero aspirante en el convento. Sin embargo, una de las reglas monásticas afirmaba que el abad no debía hacer acepción de personas en el monasterio, porque todos los hombres son uno en

Dios. Con gran reluctancia, el aspirante fue aceptado y se le asignaron sus obligaciones.

Estas eran numerosas y exigentes, pero al final encontró una a su gusto. Entre una y otra serie de plegarias, le nombraron pastor del monasterio. Cuidaba de las vacas, las ovejas y sus queridos cerdos. No es que no rezase a las dos de la mañana, y luego al alba, a las seis, las nueve, las doce, las tres, el ocaso y la hora de acostarse. No es que no se sujetara a las estrictas normas según las que vivían los monjes, tras haber experimentado en su juventud una desenfrenada indulgencia, entre otras cosas en los placeres de la carne. Pero no lograba olvidar su sueño. Por blasfemo que pudiera parecer, no podía evitar pensar que, de alguna manera, tenía que existir alguna relación entre el cielo y los cerdos. Estaba convencido de que, cuanto más cerdo comiese, más cerca estaría de la salvación. Sin embargo, esto entraba en conflicto con la norma que prohibía comer la carne de cualquier animal cuadrúpedo. ¿Qué podía hacer?

Para asombro de todos los monjes de la abadía, todos los cerdos empezaron a cojear. Con el tiempo, acabaron dejando de usar una pata. Él les había enseñado en secreto y con gran esfuerzo a hacerlo. Entonces señaló que los cerdos, que ahora tenían tres patas, ya eran aptos para el consumo con total impunidad.

El abad, perplejo, no puso objeciones, y el porquerizo pudo tomar su plato favorito en todo momento. Pero al final descubrieron su estratagema. Fue avergonzado públicamente y expulsado de la orden.

Desde entonces había vagabundado por muchos lugares, cruzando ríos, montañas y mares, y acostumbrándose a aquella vida errante y a albergarse en foráneos refugios. Había compartido la manta de los mendigos, acucillándose al lado de los enfermos y los parias en muchos rincones del país. Cuando llegó a mi Isla, durmió sobre el brezo desnudo, o en zanjas, sin otro techo sobre su cabeza que la bóveda celeste. Y debió ser durante esas noches de escarcha, preñadas de indecibles terrores, cuando, por primera vez en su vida, sintió en lo más hondo de sus temblequeantes huesos algo verdaderamente espiritual, algo que creía que podría ayudarle a superar aquella oscuridad. Esta vez, su resolución de convertirse en un recluso religioso era genuina. Cuando llegó la primavera, se dirigió a los espacios salvajes llegando hasta mi bosque.

Al final aceptó que era incapaz de excavar una cueva.

—Me está bien empleado —dijo, porque tenía la costumbre de hablar en voz alta consigo mismo—, porque he sido un pecador y ahora Dios me está poniendo a prueba.

Así es como decidió vivir a mis pies. Aparte de hablar incesantemente, con el tiempo empezó a cantar una canción, partes de la cual han sobrevivido al paso del tiempo. Sigue recordándose como la Canción del Ermitaño.

Mi cobijo, un tejo de verde corteza  
que me guarda y acoge,  
y cerca, un gran roble que evita  
que la lluvia me moje.

El roble no era aquel cuyos 18 millones de bellotas había contado yo, sino uno de sus descendientes. A estas alturas ya había alcanzado un tamaño respetable; era más alto que yo, aunque eso carecía de importancia, porque su padre también lo había sido.., una vez. Aquélla era una nota de optimismo. Acababa de salir de una devastadora sensación de pérdida, y aquel retoño de entre los 18 millones que había llegado a ser alguien me sugería que en esta vida no todo es en vano. Y, si ese era el roble de la canción, yo era el tejo, y por consiguiente el techo del ermitaño.

No era precisamente un techo impermeable, porque mi follaje se había aclarado bastante durante los años de duelo. Pero ¿qué podían importarle al ermitaño unas cuantas gotas de lluvia? ¿O incluso un chaparrón nocturno que le calase entero? Envuelto en sus pieles, dormía como un tronco y, ¿qué importaba si se despertaba empapado y con un frío que le llegaba a los huesos? Había conocido situaciones peores, y estaba dispuesto a soportarlo todo.

La vida no era fácil para él. Al principio intentó capturar pequeños animales, como las liebres. Pero su habilidad como trampero era idéntica a la que tenía como cantero. Entonces pensó que podría hablar a las liebres, e invitarlas a caer en sus trampas mal montadas. Pero ninguna liebre le prestó atención. En realidad, era él a quien más le convenía escuchar, porque un día no prestó atención a unos gruñidos que se iban acercando y tuvo que trepar a toda velocidad por mi tronco. Una manada de lobos se había interesado por el aroma salvaje de su carne. Mi tronco estaba resbaladizo, y había perdido mis

ramas inferiores, pero el lobo más osado logró probar a qué sabía aquel hombre. Pero no importa, no importa en absoluto. Oculto entre mi follaje, sentado en una rama robusta, murmuraba:

—Oh, Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten misericordia de mí, pecador.

Habiendo dicho esto, se sintió inspirado para arrodillarse y orar en la postura ya mencionada, olvidando que estaba en el aire, y cayó como una piedra sobre el suelo de caliza. Tras esto experimentó unos segundos de visiones místicas, incluyendo una Visión Celestial de la Luz Divina y todo lo demás.

¿Qué tipo de ermitaño era? ¿No se suponía que no debía gustarle hablar? ¡Caramba! Hablaba constantemente, aunque no tenía a nadie con quien hacerlo. ¿No se suponía que tenía que decir sus oraciones con tanta frecuencia como lo había hecho en la abadía, o incluso más? ¡Pero si todo lo que recordaba era lo que ya he mencionado, aquello de: «Oh, Señor Jesucristo...»! ¿Y no estaba en paz consigo mismo después de haber renunciado a mujeres, niños, riquezas, miedo al ridículo y al deseo de la aprobación social? No sé qué pensaría de la riqueza, el ridículo, el estatus social y demás, pero sí que sé que sentía un desmedido deseo por ciertas cosas.

A veces daba un salto en el aire, se tironeaba del cabello y la barba, se ponía a correr en círculos como si estuviera completamente loco, hasta que al final vociferaba:

—¡Cerdo! ¡Ten misericordia de mí y dame cerdo! ¡Ay!

Aguijoneado rápidamente por el arrepentimiento, iba corriendo hasta el lago y se lanzaba a sus gélidas aguas.

De vez en cuando, tras un largo día de intentos frustrados en diversas empresas, se recostaba sobre mi tronco y susurraba: «Mujer...» Y luego lo iba repitiendo en voz alta: «¡Mujer, mujer, mujer! ¡Ay!», y salía pitando en dirección a las ortigas más cercanas. Allí se arrancaba sus malolientes ropas de piel y se lanzaba, completamente desnudo, a revolcarse en las puntiagudas hojas de la planta.

Tras semejante tratamiento, se le ponía la piel más roja que un fresón.

¿Era esto lo que había venido a hacer? ¿A alcanzar la salvación por medio de la negación de sí mismo? ¿O, dicho sin tapujos, por medio de su autodestrucción? Su salvación personal, su superación de las cosas materiales, su unión con su Dios, ¿tenía que conseguir las dando esos pasos? Entonces, su

Dios debía ser o bien indiferente o decididamente cruel.

Con gran relucencia me dispuse a dormir aquel otoño. Aquel hombre me había proporcionado siete lunas de entretenimiento de primera clase, y lamentaba tener que adormilarme justo entonces. Además, no estaba muy segura de lo que haría aquel personaje durante el invierno, que, según lo que me habían comentado muchos ciervos, podía ser crudo. Era una lástima, pero tenía que irme a dormir. Así que le deseé la mejor de las suertes y me sumí en mi letargo otoñal.

En cuanto me desperté, a la primavera siguiente, eché un vistazo alrededor para ver si aquel tipo había sobrevivido. No tuve que buscar demasiado, porque el ermitaño estaba alojado entre mis propias ramas o, como dije yo en aquel momento: «¡Encima de mí!». Solté un chillido tan fuerte que todos los habitantes del bosque se pusieron a reír con ganas. Admito que mi reacción distaba mucho de ser la propia de una reina, pero la sorpresa que sentí pudo más que yo.

Tras verse forzado a descartar tanto una cueva como una choza, por lo visto el eremita había optado por el proverbial remate de la columna. Eso sin tener en cuenta, por supuesto, el insignificante detalle de que en mi bosque no había construcciones hechas por la mano del hombre.

Se había construido la cabaña en el árbol a base de postes, tablones, ramas y ramitas de muchos árboles diferentes.

«¡Ya estamos otra vez!», pensé. «Hace un estropicio con todo lo que toca.»

Pero una hembra de enebro, un humilde súbdito que apenas hablaba, dijo:

—Os ruego que me disculpéis. Me temo que habéis dormido demasiado; debíais estar cansada. Hace cosa de una luna, cuando la mayoría de nosotros nos despertábamos al son de la primavera temprana, se abatió sobre nosotros un espantoso huracán. Nos golpeó con toda su fuerza y desarraigó muchos árboles, entre ellos mis padres.

¡Pobre muchacha! La primera vez que la oía decir algo y tenía que ver con la pérdida de sus padres. Es evidente que yo podía sentir compasión, y estaba a punto de expresarle mis condolencias, cuando prosiguió:

—No busco la compasión de nadie, aunque la agradezco. Creo que deberíais saber que, tras el vendaval, el ermitaño caminó por todo el bosque. Encontró árboles abatidos en el suelo, desarraigados, muertos, y arrastró

muchas ramas hasta donde estáis vos. Por eso es que ha construido su cabaña con todo tipo de maderas.

¡Qué extraño! Le hubiera resultado mucho más sencillo elegir unos cuantos árboles situados en mi proximidad inmediata, talarlos y construir su cabaña. Y, ¿qué decir de aquella excéntrica choza? Por decirlo con palabras suaves, era ecléctica, tanto en sus materiales como en su estilo. Sin embargo, su techo era impermeable, lo cual no era algo que pudiera conseguir cualquiera. Pero ¡por ahí venía! Sentía sus pisadas y me di cuenta de inmediato de que pasaba algo.

¿Dónde estaba aquel animal bípedo que solía avanzar a trompicones por el bosque? No es que ahora anduviese a cuatro patas, pero sabía dónde asentaba el pie, avanzaba con seguridad, más que cualquier otro humano que hubiera visto jamás. ¿Qué había pasado con su aspecto semejante al de un oso? Ya no cubría su cuerpo con pieles, sino con un sencillo manto de lana. Cantaba su canción favorita, que también había mejorado. Aunque no era tan canoro como un zorzal, su entonación y ejecución superaban con creces sus anteriores graznidos.

Puedo tomar la fruta de un manzano  
como en una posada,  
o llenarme los puños de avellanas  
cerca de mi morada.

Un lago de aguas límpidas me otorga  
la más dulce bebida,  
y el berro crece en sana profusión  
junto a sus orillas.

No cabía ninguna duda: aquel hombre había cambiado.

Entonces llegaron unos días y unas noches cautivadores. Yo sentía que algo estaba pasando, algo extraordinario. Aquel hombre huesudo que había sido poco más que un bufón, aquel hombre había dejado de rezar por completo, habiendo llegado a la conclusión de que cada piedra, cada gota de lluvia y cada rayo de sol exhalaban oraciones. No miraba tanto hacia los cielos, sino

que observaba y analizaba lo que tenía a su alrededor. Guardaba palabras amables para los bosques en general y para mí, su anfitriona, en particular.

Aquellas no eran las palabras de un necio. Empezó a llamarme el Árbol del Conocimiento, y esto no era un halago, sino la pura verdad. Comía pescado o carne, a veces, igual que la manada de lobos, que se lo hubiera zampado vivo si hubiera seguido durmiendo a mis pies, indefenso y a su merced.

Llegó el verano y añadió a su canción una estrofa sobre esta estación.

Quando extiende el estío su gran manto,  
¡qué hermosa visión!  
Mejorana y puerros y avellanas  
¡sabrosos, dulces son!

No se comportaba como yo había visto actuar a los hombres, ni como ninguna de las demás bestias inferiores. Debo confesar que no sabía cómo etiquetarlo.

Una tarde a principios del otoño encendió una pequeña hoguera en el hogar de la casa del árbol. Luego fue hasta el lago para buscar un poco de agua, que colocó, en una tetera, sobre las llamas. Luego tomó unas cuantas bayas y hojas de mis ramas. Cuando el agua empezó a hervir, la vertió en un vaso al que añadió mis hojas, para hacer una infusión. Sobre un basto plato de madera depositó mis bayas. Luego se sentó a cenar, con total serenidad.

Lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer. Se comió mis bayas una a una, masticándolas y tragando luego también las semillas venenosas. Entonces se llevó a los labios la infusión, igualmente ponzoñosa, y se la bebió. Por último, me miró. Si yo hubiera tenido ojos, hubiera tenido que apartarlos frente a su mirada fija. Me dijo:

—Sé que puedes oírme. Pero yo también te oigo.

Mientras le observaba, sorprendida y anonadada por la revelación, porque ningún hombre había sido capaz de hablar o de comprender nuestro lenguaje, me di cuenta de que algunas hojas cubrían parte de su rostro, como si crecieran en él.

La última vez que le vi, poco antes del invierno, le crecían hojas por todo

el cuerpo. Ahora eran sus únicas ropas.

Desde entonces, ha errado por muchas islas y tierras. Siglos más tarde, el hombre levantó grandes lugares de adoración, catedrales, para alabar a sus dioses. Sus altísimas columnas y techos arqueados recuerdan a los troncos y bóvedas de fronda de los bosquecillos sagrados, como el mío. La vegetación se descuelga en ellas por todas partes. En medio de esa vegetación se puede ver tallada en la piedra, una y otra vez, el rostro cubierto de hojas del Hombre Verde.



## 7

A pesar de mi coma prolongado, y de treinta años de tendencias suicidas, seguía viva. Esto es algo que sabía demasiado bien. Mi fotosíntesis era tan eficiente como siempre a la hora de atrapar la luz del sol y de sintetizar los elementos orgánicos e inorgánicos convirtiéndolos en energía, que almacenaba en las más dulces moléculas de glucosa. La clorofila de mis hojas era más verde que el césped más verde. Mis células no dejaban de dividirse, ampliándose y diferenciándose a un ritmo tal que empecé a pensar si mi crecimiento podía ser indefinido. Mi metabolismo funcionaba sin trabas; los hongos y las plagas no podían atacarme, y el hombre, el mayor peligro, había optado por que los tejos fueran, una vez más, un elemento importante en su nueva religión, como símbolo tanto de la muerte como de la inmortalidad.

Al asociar mi verdura perenne y mi longevidad con la inmortalidad, el hombre había empezado a plantar tejos en la inmediata proximidad de sus nuevos lugares de adoración, que ahora ya eran fruto exclusivo de la mano del hombre: las iglesias. Ya fuera en el claustro de la iglesia o en el cementerio, crecía un «sombrío» y «pensativo» tejo. Esto prácticamente garantizaba nuestra supervivencia.

Sin embargo, durante mi prolongado duelo, habían ocurrido cosas alarmantes, y me iban llegando informes preocupantes de árboles y, últimamente, también de animales. El Hombre Verde había apartado mi atención de ellos, pero solo temporalmente. La angustia invadía los bosques. Ya no podía permitirme sentir dolor y remordimiento; ya no era hora de diversiones. En última instancia, no podía estar sin hacer nada. Al aceptar la herencia de mi madre, tenía que cargar con todas las responsabilidades que acarrearía nuestro liderazgo. No existía otro candidato legítimo o natural para el puesto.

Si yo no me hubiera convertido en la Reina del Bosque, otro lo habría hecho. Y yo sabía, por intuición, que nadie desempeñaría mejor las labores de reina que yo. A esas alturas, no solo era el árbol más viejo de entre todas las especies presentes en el bosque, sino también una verdadera matriarca. Durante décadas habían crecido docenas y docenas de vástagos míos, y algunos incluso llevaban siglos haciéndolo. No solo tenía los requisitos necesarios, como sucesora directa de mi madre, sino que tenía la obligación de hacer lo que había sido concebida para hacer. ¿Qué sentido tendría abdicar en beneficio de algún descendiente mío? Ahora que los árboles de mi especie y de otras acudían a mí en busca de ayuda, ¿cómo podía decepcionarles?

Sí, lo cierto es que lo hubiera hecho. Debo confesar que no me sentía motivada para tomar el mando. Lo hubiera concedido alegremente, por así decirlo, a uno de mis hijos. Sería un hijo antes que una hija, porque me había apercebido, con el paso de los siglos, que la naturaleza masculina anhela más el poder que la femenina. A pesar de todo, si al final acepté mi obligación, fue porque razoné de una manera esencialmente femenina.

Primero, era una madre y, segundo, una matriarca. Incluso para nosotros los tejos, la vida puede resultar complicada. De los millones y millones de arilos (mis bayas, cada una de las cuales contenía una semilla), solo habían germinado unos pocos. Menos aún se habían convertido en árboles. De mí dependía proteger a los supervivientes, igual que mi madre me había protegido a mí. Por consiguiente, con la más firme determinación que existe (la de una madre amorosa), acepté el liderazgo absoluto, y declaré la guerra. ¿Contra quién?

¿Recuerdas las palabras de mi madre, cuando yo era muy jovencita y ella me explicaba la jerarquía del bosque?

«Entre los árboles de hoja caduca figuran dos gigantes: el Roble poderoso y el osado Fresno».

El fresno había demostrado ser un súbdito fiel. En los bosques solo quedaban ya unos pocos fresnos y, gracias a su altura, eran nuestros centinelas y pararrayos.

Los robles habían seguido un camino distinto. Había muchos de ellos y, tal y como lo había expresado mi madre, eran todos «poderosos y ambiciosos». Eso explicaba las «escaramuzas» que los tejos habían tenido con ellos a lo largo de los siglos. Pero la amenaza actual no era una mera rencilla. Los

robles habían estado volcados en una guerra de guerrillas durante todo mi largo sueño; al eliminar del bosque a todas las demás especies, intentaban apoderarse de él y convertirlo en un robledal.

Por supuesto, esto no era liderazgo, sino dictadura, mientras que mi papel consistía en gobernar el bosque y todas sus especies en interés de ellas, no solo de los tejos. (Si digo esto en este contexto pero luego la historia me contradice, es porque quiero que sepas que, incluso para un tejo avanzado en años, surgen situaciones que escapan a su control.)

Luego tuve que ocuparme de una cuestión puramente estratégica: ¿cómo hacer la guerra? ¿Tenía que informar a los robles que la mayoría de criaturas del bosque, plantas y animales por igual, los despreciaban y no querían su victoria? Yo no era estratega ni señor (mejor dicho, «señora») de la guerra, pero tenía cierta intuición. Si bien me daba cuenta de que una confrontación directa sería un suicidio, también sospechaba que podría obtener la victoria gracias al factor sorpresa. Mi operación militar se basaría en el engaño. Sí, has leído bien, en el engaño.

Puede que te acuerdes de las palabras de un arbolito mucho más joven y verde: «No podemos mentir, y siempre decimos la verdad más pura y resplandeciente». Ciertamente, mi propia madre me mintió cuando me aseguraba que se encontraba perfectamente, pero su mentira era diferente de cualquier otra. Por supuesto, ella sabía lo gravemente enferma que estaba, pero había reprimido ese conocimiento relegándolo a su subconsciente, mientras conservaba en su mente ideas más pertinentes para su objetivo, que era esconderme la verdad de su enfermedad. Eso era un engaño al nivel más alto concebible. La mía sería esa untuosa estratagema que lubrica tantas transacciones humanas.

El engaño conllevaba que tenía que parecer incompetente aun cuando no lo era. Tenía que parecer ineficaz, aunque fuese todo lo contrario. Tenía que aguardar hasta el momento en que los robles estuvieran a punto de hacer su movimiento definitivo, su ataque masivo. Entonces fingiría estar asustada, para que se confiaran en sus fuerzas. Ofrecería una apariencia de inferioridad y debilidad para potenciar su orgullo, jactancia e imprudencia. Bueno, a fin de cuentas, ¿no lo había hecho ya? Primero mi intento de suicidio, luego mi reluctancia a la hora de hacerme con el poder. Por último, mi interés en las extravagantes actividades humanas. Todas estas cosas revelaban un estado

general de debilidad. Los robles no podían sospechar mi súbita recuperación, aunque demasiado postergada. Y eso era una ventaja para mí. Así que les dejé creer que eran superiores, y que podrían arrebatarme el bosque de las manos con gran facilidad. Mientras tanto, desarrollé un plan de acción secreto.

Los días de aquel memorable verano se fueron acortando, hasta que llegó el otoño y los robles, habiendo dejado caer ya todas sus hojas, se sumieron en el sueño. Solo cuando estuvieron profundamente dormidos convoqué el Consejo de Guerra.

No me gustaban las expresiones del estilo de «señor de la guerra», «consejo de guerra», etcétera. Me parecían rudas y poco femeninas. En lugar de usarlas, adopté términos tales como «líder», para hablar de mí misma y, para definir al Consejo de Guerra, el «Círculo de los Perennes». Este lo formaban mi amigo del alma, el madroño, el humilde enebro y una hermosísima acebo que nunca he mencionado debido a mis... celos.

Ella era, y lo había sido durante doscientos años, un árbol espléndido, con unas hojas maravillosamente lustrosas y las bayas del rojo más intenso que se pueda imaginar. En el colmo de mi vanidad había llegado a temer que se la considerase más hermosa de lo que era. Ahora que tenía asuntos más acuciantes en que pensar, no tenía tiempo que dedicar a concursos de belleza, y necesitaba su ayuda.

Los árboles de hoja perenne nos vamos a dormir más tarde que los robles, cosa de un mes después, y nos despertamos más o menos un mes antes. Por consiguiente, podíamos contar con dos meses de tiempo (uno bien avanzado el otoño, y otro durante principios de primavera), en los que estaríamos bien despiertos y activos mientras nuestros enemigos dormían profundamente. Aquélla era una ventaja excepcional que debíamos explotar.

La primera reunión oficial del Círculo de los Perennes constituye todo un hito en la crónica de la guerra. Era una fresca mañana de principios de invierno. El madroño, disfrutando del pálido sol invernal mientras de sus ramas pendían racimos de frutos y de flores, había convocado a todos los miembros a petición mía. La reunión se celebró en el más estricto de los secretos. Todos los árboles de hoja caduca estaban dormidos profundamente, y no había muchos animales o insectos activos. A pesar de ello, nuestras conversaciones parecían un curioso ejemplo de «¡chist, chissst! ¡Más bajo, más bajo!». La primera en hablar fue la modesta enebro.

—Honorables miembros del Círculo —dijo; era la misma criatura amable que había llegado a conocer mejor desde la muerte de mi madre—, me temo que antes de nada tendríamos que evaluar cuántas bajas hemos tenido. De acuerdo con mis últimos cálculos, el número de bajas es tremendo. Si tomamos la fecha de la muerte de la Reina Madre como punto de inicio de las hostilidades, hace 33 años, entonces hemos perdido:

76 abedules;

84 alisos;

45 sauces.

Tras una afligida pausa, prosiguió diciendo:

—Puede que algunos de ellos ya estuvieran a punto de desaparecer, dado que son especies que viven pocos años, pero no cabe duda de que los robles aceleraron el proceso. En lo tocante a los cerezos, manzanos silvestres, espinos y serbales, mis cálculos no son más que aproximados. En términos generales, hemos perdido dos o quizá trescientos de ellos. En cuanto a los majestuosos pinos, creo que los robles han arrasado con todos. Los nobles acebos padecieron algunas bajas, como sabemos. Nosotros, los enebros, todavía estamos enteros, y no porque no nos hayan atacado, sino simplemente porque somos tan frugales por naturaleza que podemos sobrevivir a base de restos, por así decirlo. Naturalmente, preferimos vivir y medrar antes que limitarnos a ir tirando. A los madroños todavía no les han atacado, simplemente porque están situados en la periferia del bosque.

—Y, por favor, dime —la interrumpí ansiosamente—, ¿qué hay de mis descendientes?

Tendría que haberlo sabido. Tras una embarazosa pausa, me dijo:

—Lamento informar que una docena de tus hijas e hijos han perecido bajo el ataque directo de los robles.

Todos los miembros guardaron un respetuoso silencio mientras yo asimilaba la realidad. El madroño sugirió:

—Parece ser que los tejos más jóvenes fueron su objetivo principal, entre todos los nobles perennes. Para... ¡ejem!... matar a un tejo los robles necesitan de diez a veinte veces el esfuerzo que les supone liquidar a un sauce o un aliso. Pero creo que lo han hecho para probar su fuerza. Se dan cuenta de que

la lucha final se librar  entre muchos robles y unos cuantos tejos indomables. Aprovecharon tu «ausencia» para... prepararse contra los tejos.

—Su estrategia tiene dos vertientes —aclar  con precisión la enebro, como era su elegante costumbre—: o bien actúan como una pantalla sobre los jóvenes retoños, o los árboles más bajos, extendiendo sus ramas de modo que estas apenas dejan pasar la luz; o bien envían raíces que se enroscan en las de los otros árboles cercanos y crecen, asfixiando el cambio. Es una estrategia sencilla, pero, lamentablemente, eficaz.

Pens  que aquello ya era suficiente. Pero no del todo.

—Por último —añadió el acebo—, hemos empezado a perder algunos pájaros. Ya no viven aquí porque el hábitat se ha ido modificando, y el nuevo no les gusta.

Todos podíamos apreciar lo importantes que eran las aves. Aparte de alegrarnos la vida con sus parloteos y sus canciones, nos mantenían limpios y esparcían nuestras semillas.

Nos pasamos el resto del día debatiendo variopintas estrategias y acordamos volver a reunirnos al cabo de unos días para decidir qué fuerzas emplear en el contraataque, y cuándo movilizarlas.

En la siguiente ocasión en que nos reunimos estaba lloviendo con tantísima fuerza que ya no tuvimos que seguir susurrando; por el contrario, teníamos que gritar para o rnos. Por supuesto, esto me resultaba irritante, tanto por el hecho de que era impropio para una reina como porque era bastante complicado sumirse en evaluaciones estratégicas cuando apenas nos o amos unos a otros. Al final conseguí oír que el acebo decía algo así:

—Le he dado muchas vueltas al asunto, y he llegado a la conclusión de que nuestra mejor táctica contra los robles consiste en su eliminación mecánica.

— En su qué? —pregunt  el madroño.

—Bueno, pues en su eliminación mecánica. Ya sabéis, derribarlos, hacerlos saltar por los aires... ese tipo de cosas.

—Eso suena genial —le dije o, más bien, le grit —:  Y cómo propones que consigamos esa «eliminación mecánica»?

El acebo adopt  una expresión de perplejidad y balbuce  algo, que luego tuvo que repetir a gritos:

—Bueno, es verdad que los detalles hay que precisarlos. Seguro que a nuestra amiga la enebro se le ocurre algo. Pero  no me dir is que no es un plan

inteligente, eh?

Obviamente, cargarnos a todos los robles nos libraría del problema. Pero no podíamos hacerlo. No poseemos ese cataclísmico poder de destrucción de cuyo control la humanidad ha evidenciado disfrutar tan generosamente.

Recuerdo que me alivió escuchar la torpe sugerencia del acebo. Por bonito que fuera, sus ideas eran dignas, como mucho, de una caña, y entonces comprendí que no tenía nada que temer por parte de los acebos. Yo, por otra parte, me había dedicado a reflexionar de una forma más productiva, y había trazado un plan más complejo.

Antes de la campaña militar organizamos una política. Si quería obtener el apoyo de muchos aliados, tendría que convencerlos antes; de hecho, tendría que conseguir todos los que pudiera. En consecuencia, hice que los enebros de dentro y fuera del bosque convocasen a los animales a los que pensaba dirigir mi arenga. En pocos días, miles de herrerillos comunes, ardillas rojas y ciervos revoloteaban, saltaban y correteaban a mi alrededor, tras haber respondido diligentemente a la convocatoria de su reina.

Ya antes de eso, hacia finales del verano, le había pedido a una hembra de cucú que se desviara de su ruta habitual hacia sus cuarteles de invierno para que se dejase caer por aquella isla más grande que estaba al otro lado del mar, hacia el sol naciente. Le pedí que una vez allí solicitara a los picamaderos de la zona que viniesen a hacerme una visita en cuanto les fuera bien, enfatizando que esperaba que no tardasen mucho. Luego resultó que la cucú cumplió galantemente la misión que le había encomendado. Me pregunto por qué. ¿Qué beneficio le reportaba a ella? En realidad, no mucho. Pero los cucús son pájaros poco convencionales, más bien excéntricos. Yo planeaba tener una larga charla con todas las mariposas nocturnas a la primavera siguiente.

Ahora, en las postrimerías del invierno, tenía que convencer a aquella hueste deslavazada de que hiciera lo que le pedía. A fin de cuentas, eran animales, criaturas sencillas, inferiores. Para contar con su apoyo, tuve que demostrarles lo que obtendrían a cambio de prestarnos su ayuda. Les dije:

—Lo que está en juego es la supervivencia, el factor más atractivo de este mundo.

No sé si se sentían identificados con esa idea «atractiva», pero sí que veía lo mucho que apreciaban la atracción en sí. En aquellos momentos, los ciervos

estaban en época de celo, y los machos berreaban y gruñían sin cesar, precisamente para atraer a las hembras. Las ardillas iban en busca de bellotas, como los herrerillos buscaban insectos. El impulso sexual y el hambre eran poderosos imanes, y era evidente para todo el mundo que la supervivencia era esencial para la existencia. Lo resumí diciendo:

—Con el tiempo, todos los sistemas están abocados al fracaso.

Esto no lo entendieron. Me di cuenta porque se me quedaron mirando con la boca abierta. Teniendo en cuenta lo poco que solía durar su atención, más valía que me centrara en la cuestión.

—Lo que debéis hacer es darle facilidades al árbol que vive más que los demás y sea capaz de supervisar todos los cambios. Los mejores árboles para vosotros son los grandes y viejos, que están sanos, con la excepción de unas pocas cavidades bien cuidadas. Comparado conmigo, o con un acebo o un madroño, un roble es un niño.

Todos se echaron a reír. Aproveché para seguir presionándoles:

—Cualquier animal ignorante, incluyendo al hombre, puede ser codicioso y quedarse con todo.

Me di cuenta de que esto no les había sentado muy bien, pero, aun a riesgo de parecer impopular, debía hacerles ver más allá de lo que los seres de sangre caliente y poca vista logran ver.

—El dicho «Cuanto más, mejor», a la larga, solo puede ser perjudicial. Yo, por el contrario, pienso discriminar, analizar qué es lo que necesita el bosque, como comunidad, teniendo en mente a todos sus moradores. Ningún organismo puede vivir en una soledad perfecta, y mucho menos un árbol tan grande y de tan dilatada vida. Obtener demasiado, demasiado rápido, demasiado pronto es, en última instancia, autodestructivo. Un bosque compuesto solo de robles estaría fuera de control. Un bosque más variado permite una cadena alimentaria más amplia.

—¿Una qué? —preguntaron. Ahora que había captado su atención, mejor sería no perderla.

—Lo que quiero decir es que, cuanto mayor es la variedad, más alimentos y más animales hay, y viceversa. El poder hay que compartirlo. Por último, todos vosotros le tenéis miedo al hombre, ¿no es cierto?

Por supuesto que se lo tenían.

—Entonces, que se sepa que la nueva religión de los hombres tiene en alta



estima a los tejos, justo como pasaba en la religión antigua. Yo soy la Reina de esta Isla, y debéis entender lo que tienen que soportar los reyes y las reinas, por amor a la estabilidad y para el bienestar generalizado de todas las cosas.

(¡Cielo santo! ¡Empezaba a hablar como mi madre!)

Mi discurso fue bien recibido y digerido. Los ciervos, las ardillas y los herrerillos comunes me aseguraron que podía contar con sus vastos contingentes. Yo les expliqué, con todo detalle, lo que esperaba que hicieran.

El invierno transcurrió sin ningún problema y fue suave; de hecho, bastante suave. Los tejos solo dormimos parcialmente en invierno. En mis bosques, la mayoría de los árboles de hoja perenne estaban profundamente dormidos, porque, tal y como decía el acebo: «No hay nada como pasarse el invierno durmiendo». Pero, como yo ya era más vieja y poseía una mayor experiencia, había dominado el arte de adormilarme a ratos según la temperatura y, lo más importante, a voluntad. Por consiguiente, había podido mantener un ojo abierto, por así decirlo, para seguir los progresos de mis aliados.

Tal y como habíamos planeado, la mayoría de los herrerillos habían abandonado el bosque. Este hecho carecía de precedentes. Antes de sumirse en su largo sueño, las ardillas se habían hecho con todas las bellotas de los robles, como les había ordenado. Por último, cientos y cientos de ciervos habían convertido el terreno en el que se asentaban los robles en su lugar predilecto para pisotear el suelo.

En ocasiones, poco después del mediodía, la temperatura era lo bastante templada como para permitir que me despertase, aunque brevemente. Entonces les veía trabajando. Ciervos de poderosa cornamenta y sus elegantes ciervas, e incluso sus cervatillos, daban vueltas y vueltas en torno a nuestros enemigos, pisoteando, trillando, machacando la tierra que cubría sus raíces. Los robles estaban profundamente dormidos, totalmente inconscientes de los miles de pezuñas que pasaban sin cesar por encima de sus raíces. ¡Era una imagen digna de verse! Pero yo fui la única que la vio, porque el hombre estaba en otro lugar, dedicado a otras actividades, y mis compañeros perennes aún no habían dominado el arte de dormir más o menos a voluntad. Por lo menos, de momento, todo iba saliendo conforme a mi estrategia.

Poco antes de la primavera, todos los miembros del Círculo de los

Perennes estábamos despiertos y pletóricos de expectación. Con dulzura, pero también firmeza, tuve que prohibir a mis pretendientes (muchos tejos macho) que me enviasen sus nubes de polen. Estaba claro que este no era el momento adecuado para hablar de amor, sino de guerra. Dado que los robles seguían dormidos, y sabiendo que no se despertarían hasta dentro de una luna, me tomé mi tiempo y realicé mis maniobras con el aplomo digno de una reina.

Primero hablé a las futuras mariposas nocturnas, seres ciertamente inferiores con los que hubiera preferido no tener contacto. Pero una crisis bélica exige ciertos compromisos, y este era uno de ellos. Me limité a decirles:

—Lo único que os pido es que hagáis lo que mejor sabéis hacer: devorar las hojas de los robles. Este año, gracias a la nobleza y amabilidad de vuestra reina, podréis dedicaros a comer todo lo que queráis sin que los herrerillos comunes sean un peligro para vosotras.

Esto, en parte, era un farol. Yo no sabía con total certidumbre si mi «programa de intercambio» funcionaría. Sea como fuere, las futuras polillas me creyeron, o al menos no me replicaron y, dado que quien calla otorga, las consideré mis nuevas aliadas.

Entonces les llegó el turno a los picamaderos. Esta negociación sería algo más espinosa, porque los árboles mantenemos una relación muy especial con los pájaros y, aunque ciertamente no los consideraba mis iguales, me reprimí para no darles órdenes como si no fueran más que unas polillas descerebradas. Le pedí a mi amigo del alma, el madroño que vivía junto a la orilla del lago, que negociase con ellos en mi nombre. Me avergüenza tener que confesar que uno de mis pretendientes favoritos no quería ni oír hablar de renunciar a su cortejo primaveral. ¿Me considerarás imperdonablemente frívola si confieso que, como excepción, dediqué un poco de tiempo al amor?

El madroño se las había arreglado para mantener en sus ramas algunos de sus frutos. No estaban en su mejor momento, porque eran más insípidos de lo habitual, pero los picamaderos, que nunca los habían probado ni los habían visto en su bosque, los consideraron un bocado delicioso. Respondiendo a la invitación que les había remitido por medio del cucú, una delegación de picamaderos de noble rango llegó de la isla situada al otro lado del mar. El madroño tenía que convencerlos de que emigrasen a nuestros bosques junto con su pueblo, y que pasaran allí el verano. En mi Isla no había picamaderos,

y nunca antes los había habido. En consecuencia, los diversos insectos que residían en las cortezas de muchos, muchos árboles no conocían su afilado pico, contra el cual estaban totalmente indefensos. (Yo tenía en mente otro uso para esos picos, pero primero tenía que persuadirles de que vinieran.)

—Verás —le dijo el madroño a su líder, una atractiva hembra que se había aposentado en una rama alta de la que raras veces se movía—, nuestros bosques están repletos de decenas de miles de bichos que creen que son intocables, porque en estos bosques no hay ningún pájaro cuyo pico pueda taladrar la corteza de los árboles.

Pero lo cierto es que no resulta fácil negociar con los pájaros; son la mar de caprichosos.

—Muy bien —comentó el madroño un día de principios de primavera, dirigiéndose a la jefa de los picamaderos con su tono más amistoso—, entonces, ¿qué piensas del asunto?

—Creo que este es un lugar miserablemente lluvioso, eso es lo que creo. De donde venimos nosotros —prosiguió— no llueve tanto. Cuando nuestras plumas se empapan constantemente, no podemos volar.

Eran unas terribles noticias, pero el madroño comentó:

—¡Vaya! ¡Pero si no tenéis que volar tanto! La mayoría de los árboles que tenemos por aquí pueden alimentar a uno de vosotros durante toda una semana. Aparte, ¡imagínate lo hermoso que estará tu plumaje! ¡Estarás radiante!

—¿No lo estoy ya?

—Sí, por supuesto. Pero ese brillo aumentará tu belleza y te hará tener un aspecto como nunca antes lo has tenido.

Parecía que este argumento tampoco acababa de convencerla. Lo que al final la persuadió fue el hermoso panorama que tenía desde el madroño.

—Me encanta esta vista —la oí suspirar un día.

«Vista» sonaba a palabra humana, y además era un término procedente de tierras distantes. Supuse que ella habría viajado por muchos lugares, y sospeché que nuestro lago le recordaba a otros lagos junto a los que había vivido. Al final accedió a regresar, con su pueblo, justo antes del verano.

En cuanto levantó el vuelo, en un cielo inusualmente despejado, convoqué a los herrerillos. Con ellos podía ser más directa, dado que nos unían siglos de amistad.

—Cuando lleguen los picamaderos, dentro de unas cuantas lunas —les dije —, todos vosotros saldréis volando de inmediato y os iréis a vivir en su bosque, solo durante el verano. Será un...programa de intercambio. Será beneficioso para las dos especies.

Ellos estuvieron de acuerdo enseguida. Los pájaros son los exploradores y geógrafos de la naturaleza. Incluso las aves no migratorias agradecen un ocasional cambio de aires.

Y ahora, ¡el enfrentamiento final!

Pronto, era cuestión de días, quizá tan solo un par, cuando le diría al roble que tuviera más cercano:

—¡Hola, qué tal! ¿Cómo estás? ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias —me respondió un gigantesco roble que estaba a unos cuantos pasos de distancia, uno que llevaba unos cincuenta años o más intentando hacerme sombra—. ¿Y cómo estás tú, Reina del Bosque?

—No demasiado bien. Me temo que no me encuentro en mi mejor momento.

—¡Vaya, siento oír eso! ¿Supongo que no será nada grave?

Por supuesto, la verdad era exactamente lo opuesto. Estaba tan sana como siempre, porque los tejos somos los mejores árboles a la hora de soportar una sombra, y los intentos del roble por sumirme en su sombra hasta que muriese me dejaban totalmente indiferente. El que estaba sufriendo era precisamente el roble. Miles de pezuñas llevaban meses pisoteando sus raíces. Los ciervos habían compactado la capa superficial de la tierra, y las raíces habían empezado a morir por falta de oxígeno y de agua. Debo admitir que extraía un placer salvaje de las tribulaciones de mi enemiga. Fingía que se encontraba bien, cuando se sentía fatal; yo me quejaba del mal estado de mi salud, cuando de hecho había estado gestionando una masacre, y aquella roble era una de mis muchas víctimas. Y no fue la única que se despertó en mala forma y de peor humor. Los bosques resonaban con los lamentos de sufrimiento de los robles.

Los miembros del Círculo de los Perennes recogieron las noticias, transmitidas incluso por las violetas y las primaveras que estaban floreciendo. Los robles estaban enfermos. Este fue mi primer triunfo en la guerra. Pero debíamos mantener el engaño a toda costa. Por consiguiente, había ordenado a los ciervos que dejasen de pisotear en torno a los robles antes de que el primero de ellos despertase de su sueño.

Al cabo de un mes, los robles se encontraban mejor. La lluvia, que era una constante en nuestra tierra, les ayudó al ablandar hasta cierto punto la tierra, proporcionándoles el agua que habían perdido. Al final, empezó a llegar un suministro de oxígeno a las raíces. No estaban tan fuertes como solían, y era muy probable que no estuvieran en condiciones de iniciar la guerra ese verano. A pesar de todo, distaban mucho de estar muertos. Era el momento de lanzar mi segunda ofensiva.

Cuando en mayo nacieron millones de orugas, de inmediato se pusieron a devorar hojas, con la voracidad que les caracterizaba. Y más que nunca, teniendo en cuenta que a sus enemigos naturales, las aves, que se comían una media de ciento cincuenta orugas al día, no se las veía por ninguna parte. Mis fieles herrerillos habían emigrado en masa a la isla vecina en cuanto una inmensa bandada de pájaros con pinta de extranjeros llegó a mi bosque. Era el programa de intercambio. Era mi arma más mortífera.

Siguiendo mis instrucciones, los picamaderos confinaron sus actividades a los robles. Primero, taladraron cientos de agujeros en los robles vivos para hacer sus nidos. Luego empezaron a picotear los troncos en sentido circular, hasta que descortezaron los árboles. Y siguieron picoteando en busca de insectos, en especial hormigas que, mezcladas con corteza interior y savia, constituían el alimento de sus polluelos. Como ya he comentado antes, a los herrerillos no se les veía ni una pluma, y las orugas podían medrar y comer incesantemente sin que estos pájaros supusieran ningún peligro para ellas. En resumen, fue toda una pesadilla para los árboles, un mal sueño del que los robles no iban a despertar.

Yo había temido la posibilidad de que lanzasen un contraataque, pero los robles estaban indefensos y eran incapaces de reorganizar sus filas devastadas, y mucho menos de tomar la ofensiva. Aquí y allá, algún roble conseguía estrangular a un abedul joven o a un cerezo pequeño. Eso era todo.

A mediados de verano, los robles, que prácticamente se habían quedado sin hojas, hicieron brotar una nueva generación de ellas, como era su costumbre. Incluso hoy no logro comprender exactamente de dónde sacaron la energía necesaria para conseguirlo, teniendo en cuenta su estado de debilidad. Mi plan se encontró con un obstáculo imprevisto.

Las nuevas hojas contenían un alto grado de tanina, que las hacía menos apetitosas para las orugas. Yo había previsto que, tras haber padecido los

implacables ataques de mis regimientos, los robles no llegarían a aquel estadio. Me equivoqué.

—¡Las orugas han dejado de comer hojas! ¡Han dejado de comer! —gritó el acebo. Y eso no era todo. A los picamaderos cada vez les costaba más desempeñar su función. ¿Por qué tenían que taladrar la dura madera para extraer insectos cuando tenían al alcance de sus picos millones de torpes orugas?

—Ha sido un golpe duro —comentó el madroño cuando hacía ya una luna que había acabado el verano. El enebro había estado haciendo estadísticas todo ese tiempo, y ya estaba lista para ofrecernos sus resultados.

—Algunos robles, de hecho un número bastante elevado, 37, han muerto. Al menos hay 200 más que no están en buenas condiciones. Y hay otros 50 de los que podemos decir lo mismo. Pero nuestro éxito no ha sido completo. No los hemos extinguido por completo.

—Al menos este año no tendrán descendencia —intervino otro enebro.

Eso era cierto. El otoño anterior había ordenado a las ardillas que se encargasen de comerse las bellotas de los robles, de tal manera que estas no pudiesen germinar. Aun así, estábamos lejos de la victoria, y a estas alturas los robles ya sabían que íbamos a por ellos.

Aquel invierno los ciervos hicieron lo mismo que el invierno anterior. Pisotearon el mantillo en torno a los robles, pero con menos vigor, durante menos tiempo y en un número más reducido. En cuanto a los picamaderos, les envié de vuelta a su isla diciéndoles que no volvieran a aparecer por aquí (por eso en mi Isla no hay picamaderos). Los herrerillos regresaron y, a pesar de mis peticiones, no pudieron refrenarse y se zamparon decenas de miles de orugas.

En pocas palabras, que no habíamos alcanzado una tregua, porque ninguna de las partes tenía intención de llegar a un acuerdo con la otra, sino que más bien estábamos en «tablas». Los robles que habían sido descortezados y no habían muerto en aquel momento murieron más tarde. Su número y fuerza habían decrecido, pero yo seguía sin ser la Reina del Bosque sin que nadie me desafiara. Y era evidente que, aunque estábamos ganando la guerra, si esta proseguía durante mucho tiempo, amortiguaríamos nuestra incidencia y reduciríamos nuestro empuje. En realidad, a algunos de mis aliados había empezado a pasarles precisamente esto.

Durante más años de los que viven los más longevos de los hombres, y sus hijos, y los hijos de sus hijos, libramos una guerra de desgaste. No hubo batallas decisivas, ni suficientes bajas como para inclinar la balanza del poder hacia uno u otro bando. ¿Qué podíamos hacer?

En esa época yo ya había superado las ochocientas primaveras. Era más yo misma, aunque no tenía la sensación de conocerme mejor, con lo cual quiero decir en mayor profundidad. Pero siempre había sentido que la debilidad radicaba en mis oponentes, y que yo era invencible. Les había visto sucumbir a mis ataques; les había visto pudrirse y caer a tierra, donde seguían pudriéndose hasta que no quedaba nada de ellos. Y, como máximo, los robles no exceden una vida de trescientas o cuatrocientas primaveras. ¿Por qué tenía que vivir yo mucho más? Tenía que haber algún motivo, algo distinto al conocimiento cotidiano, escondido en algún lugar de mis células.

Me aparté de la compañía de otros árboles y me pasé la mayor parte del tiempo pensando, sumida en un estricto secreto, sobre todo mientras los demás árboles dormían, incluyendo los del Círculo de los Perennes. Sospechaba que si no dejaba de concentrarme, se me ocurriría algo. Al final, comprendí que muchos de los fenómenos de crecimiento que antes consideraba automáticos, dándolos por hecho, podían alterarse, incluso dirigirse mediante la voluntad. Lo único que tenía que hacer era hacerme con el control de algunas sustancias químicas que la mayoría de árboles produce en pequeñas cantidades, y que llamaré reguladores del crecimiento. En realidad, como mis intenciones eran destructivas, no constructivas, me concentré en los inhibidores del crecimiento.

Con el tiempo, dominé el arte de producir esas sustancias a voluntad, y las probé con el roble que tenía más cerca. Comencé a principios de primavera de un año memorable, y exudé grandes dosis de sustancias inhibidoras del crecimiento en mi vecindad inmediata. Se suponía que estas activarían la fase senescente (o proceso de envejecimiento) de una planta, acelerándola hasta que acabase matándola. Pero ¿funcionaría?

Me dediqué a esta tarea durante tres lunas, y entonces obtuve la respuesta. Una tarde de finales de primavera, poco antes de ponerse el sol, el poderoso roble me dirigió una gélida mirada. El bosque se sumió en un silencio absoluto.

—¡Me estás matando! —dijo.

La verdad es que sí lo estaba haciendo. Pero, en el proceso, había estado matando también a algunos inocentes que había por la zona: un serbal, alguna enredadera, incluso un alto fresno. El arma funcionaba, pero tenía que perfeccionarla, para conseguir que matara selectivamente.

Me pasé unas cuantas décadas refinando mi habilidad y enseñándosela a mis descendientes, dado que era evidente que solo nosotros, los tejos, podíamos manejar instrumentos de destrucción tan poderosos. Mis hijas e hijos acabaron aprendiendo y, al fin, dispuse de un ejército del que podía fiarme.

Cuando lanzamos nuestra gran ofensiva, casi podíamos sentir los inhibidores del crecimiento que corrían incontrolados, sumidos en el frenesí del asesinato. Durante un tiempo temí que afectásemos demasiado negativamente a todo el bosque y, cuando mis temores se hicieron realidad, fue demasiado tarde como para detener las sustancias que habíamos estado liberando.

Estas demostraron ser demasiado poderosas, sobre todo cuando las liberábamos en cantidades tan grandes y de golpe. ¡Ay! Matamos a muchos de nuestros amigos y aliados, e incluso a algunos árboles perennes. Los robles quedaron mermados, pero no desaparecieron por completo. No me atreví a seguir insistiendo, no fuera que entre mi descendencia y yo matásemos a todas las plantas del bosque.

Entonces, la Madre Naturaleza, o simplemente mi sensibilidad demasiado susceptible, me envió un último mensajero.

—Céntrate en los hongos que viven en las raíces de los robles —me dijo—. Aprende sobre ellos, y luego busca una manera de alterar esa relación.

Se trataba de hongos micorrizales. Vivían en simbiosis con las raíces absorbentes de los robles, raíces no leñosas. Muchos árboles dependen de esta relación entre hongos y raíces para beneficio mutuo, y los robles especialmente; mientras que nosotros, los tejos, podemos vivir tanto con ellos como sin ellos, indiferentemente. En esencia, el delicado equilibrio entre el anfitrión, en este caso los robles, y el simbiote, los hongos micorrizales, potenciaba la absorción de minerales de cada miembro. Mi misión consistiría en alterar esa asociación.

Recurriendo a unos poderes que nunca supuse que podría emplear, ese tipo



de poderes que solo conoce una elite de árboles en este mundo, inicié una nueva fase de la guerra.

En la época en que los robles se desprenden de la capa muerta y superficial de sus raíces, logré inhibir la formación de la capa de protección radicular en la base de las raíces moribundas. Sin semejante protección, el amigo de ayer se convirtió en el enemigo de hoy. Los hongos se revolvieron contra los robles y empezaron a digerir las raíces no leñosas. Los robles presentaron una batalla desesperada, pero iban camino a la muerte y, cuando la disfunción que yo había provocado alcanzó cierto nivel, ya no hubo vuelta atrás.

Uno tras otro, durante los años siguientes, les vi caer derribados al suelo. Habían sido robles poderosos, enemigos peligrosos y rebeldes; pero los había convertido en raquíticos tocones, al principio, y luego en leños podridos, que yacían sin vida en el suelo rocoso de mi bosque.

Desaparecieron todos menos dos jóvenes. Sabían que en el nuevo orden que yo imponía en los bosques no había lugar para ellos, pero sin embargo me rogaron que algunas de sus bellotas se sembrasen en algún otro lugar, para evitar la extinción. Me persuadieron a ser clemente, y les concedí su petición. Convoqué a las ardillas y les ordené que recogiesen todas las bellotas que encontraran. Entonces debían abandonar nuestra península y cruzar al otro extremo del lago, sembrándolas allí; les prohibí terminantemente que se las comiesen. Ellas me obedecieron. Todo el mundo se desvivía por obedecerme tras mi manifestación de fuerza bruta.

Hoy día puede verse un hermoso robledal junto a las orillas del lago, en la orilla opuesta a donde estamos nosotros. Esos robles son los descendientes de los que eliminé permanentemente de mis bosques.

Allí estaba yo, la Alta Reina del Bosque. Había liquidado a todos mis enemigos, y mantuve mi terreno con gran orgullo.

Con más aire, más sol y más tierra a mi disposición, podría evitar lo que le había sucedido a mi madre, es decir, verme envuelta por el asfixiante abrazo de demasiados árboles, arbustos, malas hierbas, musgos, líquenes, hongos, insectos, sombras, humedad y podredumbre. En tanto, estaba despejando el camino para que mis hijos e hijas vinieran hacia mí, porque estaban cerca pero todavía no a la vista. No creo que yo fuese querida como lo había sido mi madre. Creo que era temida. Incluso el madroño parecía estar

intimidado.

Hacía poco que había alcanzado las mil primaveras de edad. Fue entonces cuando me enteré de algunas noticias relativas a esa sorprendente especie, la humanidad, que había abandonado mis bosques durante bastante tiempo. Un jefe anteriormente desconocido, nacido no lejos de mi bosque, un tal Brian Boru, había conseguido eliminar a todos los reyes y reyezuelos. Después de muchas guerras y usurpaciones, por fin el país tenía un Alto Rey que había unificado la Isla bajo su gobierno.

Pero aquel Alto Rey murió pronto en el campo de batalla, y su poco cohesionado sistema de alianzas se volvió a deshacer.

Yo, por el contrario, seguía siendo la indiscutible Reina del Bosque. Alta, y agotada, y sola.

## 8

Había una vez, hace muchas primaveras, una casita junto al mar. Estaba situada en lo alto de un farallón escarpado, y junto a su entrada crecía un tejo que me contó lo que voy a explicarte ahora.

En aquella casita húmeda y tiznada por el humo vivía un pescador, su joven esposa y su niña pequeña. Una noche, mientras la chiquitina dormía en su cuna, la madre se puso a llorar. El pescador seguía en el mar, y la tormenta arreciaba en torno a aquellos acantilados rocosos. La mujer suspiraba, de cuando en cuando:

—¡Oh, querido esposo, vuelve con nosotras!

Se quedaba entonces mirando a la pequeña envuelta en su sueño, mientras ella rezaba el rosario, y cuando la pequeña sonreía en sus sueños la madre le devolvía la sonrisa.

—Bendita seas, bendita seas, cariño. Sé que los ángeles cuidan de ti. Sé que te susurran cosas al oído, mientras vigilan con su luz tu sueño. ¡Oh!, reza a ellos, pequeña mía, reza a ellos en voz bajita. Diles que prefieres que guarden a tu padre, porque tú estás aquí, a salvo conmigo, pero él está perdido ahí afuera, en medio de la furia de un mar embravecido.

Los rezos esperanzados se sucedieron toda la noche tormentosa hasta que se levantó el alba. La aurora y la calma volvieron junto con el pescador. La esposa lloraba de alegría cuando vio al padre de su pequeña y, acariciándola, musitaba:

—Sabía que los ángeles cuidaban de ti.

La hembra de tejo batida por el viento y de tronco retorcido que me contó esta historia nunca tuvo la oportunidad, en toda una vida de penalidades, de recibir el polen de un tejo macho. Nunca había sido una esposa, ni una madre.

De manera que no podía comprender el significado del amor. Yo sí podía.

El pescador estaba aterido de frío, magullado y cansado. Su esposa hirvió agua sobre el fuego del hogar y luego la mezcló con agua fría para frotar el cuerpo de su marido con un paño de lana húmedo. El hombre se durmió. Pasó todo el día durmiendo, mientras la mujer cuidaba de su hijita.

Cuando llegó la noche y la pequeña se durmió, su padre se despertó. El día ya estaba consumiéndose, y las estrellas, allá a lo lejos, destellaban con la intensidad propia de una noche de escarcha. Olvidándose de los peligros de la noche anterior, del barco de pesca destrozado, de las negras expectativas que, sin barco, iba a encontrar su familia, se acercó a su esposa. Sin mediar palabras, el hombre y la mujer se besaron, se abrazaron e hicieron el amor, con sus cuerpos unidos, y su atención reconcentrada. Tanto él como ella estaban dispuestos a entregarle todo al otro, y se besaron y rezaron, elevando una oración de acción de gracias, mientras sus pechos respiraban con la noche y se movían como las olas que batían al pie del acantilado.

Su amor y sus plegarias se abrieron bajo el cielo estrellado como una afirmación de la vida, y la mujer y el hombre se sintieron como un solo ser.

Del mismo modo, durante más de doscientas primaveras tras el final de la guerra, dos tejos, una hembra y un macho, habían crecido uno junto a otro en un lugar no muy lejano al que yo ocupaba. No eran descendientes míos. Crecieron, felices y sin que nadie les importunase, en el bosque que habíamos librado de nuestros competidores. Hacia el final de cada invierno, justo después de nuestro despertar anual, el macho liberaba nubes de polen que durante un instante viajaban con el viento y de inmediato aterrizaban sobre su esposa. Ella les daba la bienvenida a todas, sin malgastar ninguna, y le pedía más hasta que terminaba la estación. En otoño, ella daba las bayas más encantadoras.

Tuvieron mucha suerte al nacer a unos pocos pasos el uno de la otra; sus frondas espesas se entremezclaban y superponían en una cascada de dos tonos de verde: el de la hembra más oscuro, más pálido el del macho. Se alzaban en un abrazo incesante y, al ver sus troncos casi ocultos tras su exuberante follaje, que descendía hasta el suelo, uno podría haber pensado que se trataba de un solo árbol, rematado por una inmensa copa.

Eso era el amor. Eso era lo que yo no tenía y anhelaba tras siglos de guerra y de sumirme en un liderazgo alienante. Durante la última fase de la guerra, me

había obligado a mí misma a no florecer. Había tenido éxito, y al final fui la Reina, a quien nadie disputaba su mando. Pero carecía tanto de amor...

Durante el paso de los muchos siglos, había asistido a la cópula propia del reino animal, y me había parecido un asunto bastante turbulento, durante el cual tejones, jabalíes, lobos y demás animales se perseguían unos a otros con muchos ronroneos, gruñidos, resoplidos y demás. Siempre me había parecido un proceso bastante indecoroso, pero, a fin de cuentas, ¿no era eso lo que eran los animales, en contraposición a los árboles? Sin embargo, los hombres y las mujeres, de vez en cuando, podían convertir su relación sexual en algo elevado, y entonces hacían el amor. Recordaba vívidamente a la Doncella del Lago y a Eneas. Y había oído hablar de otros humanos que no hacían el amor como los animales.

En una isla situada en el centro de mi lago, algunos hombres piadosos habían fundado un monasterio. Estudiaban y escribían muchas cosas «para bendición de la raza humana». Eran monjes, y me había enterado de que como tales se suponía que despreciaban los placeres de la carne. Sin embargo, uno de ellos se había visto envuelto en un asunto con una mujer cuya belleza era deslumbrante.

Hija de un rey local, era una mujer libre de todo convencionalismo, en quien no había sabiduría ni mesura, solo fuego y amor por la vida. En el monje, por otra parte, sí había una genuina espiritualidad, pero también creía en el amor, y un amor que no era exclusivamente el supremo. Los dos se conocieron, y no importa dónde y cómo. Se vieron una y otra vez, siempre bajo la protección de la noche.

Una noche de verano se acercaron hasta mí; desenrollaron una alfombra junto a mi tronco, e hicieron el amor como si estuvieran poseídos. Quizá sospechaban que sería la última vez que estaban juntos. Yo nunca antes había sido testigo de un deseo tan insaciable.

Cuando se unieron, parecían no saber de qué debían disfrutar primero con sus manos y sus ojos, dado que su pasión oscilaba con una agitación temblorosa. Apretaban con fuerza lo que asían con las manos, como si quisieran llevárselo consigo. Mientras sus bocas se buscaban ansiosas, a veces sus dientes entrechocaban. Se sellaban mutuamente la boca con besos, y casi se hacían daño, convirtiendo las caricias en aguijonazos y viceversa, de modo que sus mismos cuerpos no sabían ya dónde y cuándo buscar el placer y

el dolor mutuo.

Después del calor cegador, el propio amor pareció aquietar sus dolores, como si el fuego apasionado que había hecho arder sus cuerpos pudiera apagarse gracias a otro fuego. Esto, como es lógico, no es natural. El fuego no se apaga con más fuego. Y de hecho los amantes renovaron sus enlaces a lo largo de aquella noche candente, encajando sus cuerpos el uno en el otro, mezclando su sudor y la humedad de sus labios, respirando el aliento del otro mientras se besaban con pasión, mientras sus cuerpos, bocas y alientos intentaban penetrar en la pareja y fundir dos almas en una sola.

¿Locura? ¿La locura de dos amantes jóvenes? Quizá, pero no puedo olvidar las palabras que la joven princesa le dijo al monje antes de separarse, cuando rayaba el alba, para no volverse a ver nunca más.

—Ama todo lo que sea amable. Ama todo lo que puedas, y más de lo que puedas.

Ella tenía razón. Cuando se puede tener amor, y si es verdadero amor y no un mero apareamiento, entonces hay que disfrutarlo todas las veces que sea posible.

Durante años yo había favorecido a ciertas nubes de polen que el viento me traía de lejos. Provenían de mi pretendiente favorito. Durante toda mi vida había deseado verlo, pero sin conseguirlo. Crecía en algún lugar al otro lado del lago, a favor del viento, situado a media ladera de una montaña. Siempre dejaba que su polen me impregnase, y él fue el padre de mis descendientes más queridos. Pero nunca fui capaz de verlo, y mucho menos de acariciar sus hojas y ramas, como hacían aquellos dos tejos a los que sí podía ver.

Es por esto que, como puedo confesar inocentemente aunque él ya no existe, deseaba apasionadamente carecer de... limitaciones gravitacionales. Poder volar, no ser solo capaz de despegar de la tierra, como un ciervo que corre, sino de distanciarme de ella, como un ave que levanta el vuelo, para poder volar directa hacia mi amante.

Me doy cuenta de que esto suena a tremenda herejía: un árbol que desea desplazarse como un animal. Pero no me retracto de lo que he dicho. No hay nada de que arrepentirse. ¿Acaso no hay en este mundo aves que no vuelan? ¿Y mamíferos que viven en el agua? Sin ir más lejos, he oído hablar mucho de unos delfines que viven en una bahía no lejos de aquí, en la expansión del vasto océano. Sin embargo, amamantan a sus pequeños como lo hacen las

mujeres. Así que, si un ave había querido no volar, si un mamífero deseaba ser un pez, y si a ambos se les había concedido su deseo, ¿no podría yo, aunque fuese por una sola vez, moverme para acercarme a mi amante? ¿Y amarle del mismo modo que hacen los amantes jóvenes?

En mi milagrosamente dilatada vida, he dominado muchas artes, he sobrevivido a muchos organismos, he llegado a saber cosas cuya existencia el hombre ni siquiera sospecha. Pero lo que no se me permitió experimentar fue el amante abrazo del amor. Jóvenes amantes que compartís esta tierra con nosotros, hacedme caso: cuando el amor nace, si se mueve entre vosotros, entonces amad sin restricciones, como lo hacen los amantes jóvenes, porque el amor habita en todos, y el amante en ti.

## 9

Un hermoso día, en el que la naturaleza entera permanecía inmóvil, excepto el sol que transitaba por sus senderos celestes, Espinapez encaminó sus pasos a mi bosque. ¿He mencionado que llevaba muchísimo tiempo lloviendo? ¿He dicho que los vientos y las brisas se habían olvidado de soplar? ¿Y que aquella mañana de verano el cielo estaba teñido del un vivaz azul? No, no te lo he dicho; me temo que he olvidado decir muchas cosas. De manera que permíteme que deje de lado un momento a Espinapez y te haga un pequeño resumen del período posterior a la guerra.

Yo había vencido, como sabes, pero tuve que pagar un precio: ahora mis fieles súbditos habían perdido confianza en mí, y temían mi poder, ¿o debería decir fuerza bruta? Estoy seguro de que es así cómo la definían en sus conversaciones. Como consecuencia de esto, estaba sola. Descubrí que aborrecía la soledad tanto como odiaba a los robles. De modo que, para derrotarla, me di cuenta de que tendría que librar una guerra distinta, la guerra del amor.

El madroño había sido presa de una enfermedad. Al principio pensé que sería capaz de superarla por sí mismo, pero pronto se hizo evidente que mi amigo más querido tenía serios problemas. Necesitaba ayuda, y era su propia vida la que estaba en juego. Yo quería acudir a salvarlo, y no para convencer a mis bosques de que seguía siendo una reina amorosa, sino porque realmente su sufrimiento me hacía padecer mucho.

No sabía qué hacer, pero entonces comencé a preguntarme si no podría utilizar mis reguladores. Esta vez, no como inhibidores del crecimiento, sino como promotores del mismo. ¿Podría ayudar a su metabolismo usando las mismas sustancias que, esporádicamente, empleaba para curarme yo misma?

Al cabo de un verano, el madroño revivió. Todos los vegetales del bosque



sabían que su recuperación no era nada milagroso, sino el resultado de mis esfuerzos deliberados.

Poco a poco, fui recuperando la confianza del bosque. Entonces, mi tronco fue invadido por algo que yo antes de la guerra no hubiera considerado una hermosa flor, sino una mala hierba desenfrenada: una creciente alfombra de acedera forestal, a mis pies, rodeando mi tronco. Debido a mi amarga experiencia de la soledad, le di la bienvenida con los brazos abiertos, por decirlo de alguna manera. En un intento de relacionarme con vosotros, humanos, tomo prestadas expresiones de vuestro vocabulario que hacen referencia a partes de vuestro cuerpo. Pero ¿hace falta tener corazón para sentir amor? Las acederas sabían que no. En cuanto se dieron cuenta de que les daba la bienvenida con todas mis defensas abajo, me envolvieron en el abrazo más suave. Al mismo tiempo, había ordenado a todos los tejos que exudaran la mayor cantidad posible de promotores del crecimiento. Esto es algo que hicieron con gran entusiasmo. Al cabo de unas pocas primaveras, el bosque volvió a florecer bajo el justo gobierno de una tejo matriarca, y bajo unos cielos pintados de lluvia, luz del sol y bienaventuranza.

¿No era este el mejor momento posible para disfrutar del entretenimiento de primera categoría que solo podía proporcionar el hombre con sus tremendas extravagancias?

Durante los últimos siglos no habíamos visto a muchos humanos. No es que echase de menos su capacidad de destrucción, sobre la que había recibido deprimentes informes por parte de los árboles de todo el territorio. ¡Ay! Mi Isla había quedado deforestada casi por completo debido al hombre y sus malvadas técnicas: hachas, sierras, quemas, descortezaduras. La suerte quiso que lo que yo consideraba el ombligo del universo (mi bosque) estuviera alejado de todo, en un rincón distante del planeta. Como suele pasar, esto era solo cuestión de perspectiva: lo que para mí era el centro del universo para el hombre era su periferia.

Ese tipo de espectáculo humano que tanto me gustaba se presentó aquel caluroso día de verano del que os hablaba antes, en la persona de Espinapez.

No vino caminando a buen paso por mis bosques: caminaba por ellos con sigilo. A estas alturas, yo ya había visto una buena colección de bípedos humanos, pero por el aspecto que tenía este supe que me aguardaba algo especial. Tenía la cabeza cubierta de una mata de pelo erizado, igual que el

cabello de su barba, y eso no era lo peor, porque era tan escuálido que, si hubiera sido calvo y hubiera ido afeitado, seguro que hubiese parecido un esqueleto andante. Era una lástima que su pelo no pudiera cubrirle todo el cuerpo, como las cerdas del jabalí, porque sus ropas estaban tan deshilachadas como las de un espantapájaros. Estaban tan decrepitas que era asombroso que no se le hubieran caído a pedazos. Yo sospechaba que Espinapez había recogido aquellas prendas, cuando ya las habían desechado los mendigos como indignas de uso, para engrosar su guardarropa. Por último, apestaba a pescado no muy fresco; me refiero a ese pescado que hace tiempo que salió del agua, por lo menos cuatro días con sus noches, y ha estado bajo el pleno sol canicular. Este es uno de los motivos por los que aquellos que condescendían a tener algún tipo de contacto con él lo llamaban Espinapez. Sin embargo, teniendo en cuenta que muy pocas personas solían llamarle, debería incluir algunos motivos más para explicar aquel apodo tan relacionado con los peces.

Le encantaba el sabor del pescado y, siempre que podía poner sus huesudas manos sobre un pescado (fresco o no, le daba igual), lo limpiaba metódicamente y se lo comía con una indescriptible satisfacción. Además, tenía un aspecto huesudo, e incluso escamoso. Y, justo como un pez, era fácil de atraer; o, dicho sin eufemismos, era tonto de remate. Sin embargo, tenía un aspecto simpático.

Para ser una criatura en cuya vida apenas debía brillar la luz del sol, su persona destilaba calidez. A pesar de su existencia, carente de toda comodidad, a pesar de ser un hambriento esqueleto errante, y del rancio hedor que hacía que hombres y mujeres le dieran la espalda, se sentía genuinamente feliz de estar vivo y... ¡ay!, no especialmente en buenas condiciones. Pero, bien mirado, la vida del hombre es corta, y aún lo es más cuando se ve desprovista incluso de lo más básico.

Si lo que yo necesitaba era entretenimiento, Espinapez prometía proporcionármelo. Sin embargo, el pobre necesitaba ciertas directrices, que yo procuraría transmitirle.

Aquella era una idea estimulante: hablar con un hombre. Hasta entonces, a diferencia de todos los demás animales, con la notable excepción del Hombre Verde, los humanos se habían mostrado totalmente sordos e incapaces de dialogar con nosotros. Para que yo fuera capaz de poner en marcha mi

resolución, Espinapez tendría que estar en mi presencia el tiempo necesario. Afortunadamente, sucedió que justo aquel delicioso día una trucha llena de energías saltó del agua para atrapar una mosca, y se quedó varada en la playa, indefensa como cualquier pez fuera de su elemento. Espinapez la vio y la convirtió en su cena, desayuno, y...

«¡Qué abundancia de peces en este lago!», pensó mientras limpiaba con esmero su presa. «Me pregunto si esta trucha tendrá muchos hermanos y hermanas».

Estaba a punto de preguntárselo directamente al pescado, pero se dio cuenta de que ya era demasiado tarde, así que se sacó la idea de la cabeza. Sin embargo, estaba confiado en que podría atrapar más peces. Y en realidad, sí que lo hizo. Así que decidió montar su campamento a mi lado.

Cien años antes de la llegada de Espinapez, un rey bastante rudo y de carácter fuerte, llamado William Rufus, había muerto a consecuencia de una flecha que alguien le disparó usando una ballesta hecha con madera de tejo. Y muy poco después, otro rey, también de fuerte temperamento pero mucho más admirable que el primero, apodado Corazón de León, moriría por una flecha disparada con un arco de tejo. Sí, nada menos que el famoso rey de corazón felino.

Puede que te preguntes cómo podría saber yo, en aquellos momentos, qué significaba «corazón de león». ¿Acaso había visto un león alguna vez? ¡Por supuesto que no! Pero había empezado a entrar en contacto con una especie afín, un árbol mucho más emparentado con nosotros, los tejos, un Podocarpus, que crecía en suelo cálido, bajo un sol intenso y rodeado de animales desconocidos en mi Isla. Uno de éstos era su rey: un feroz depredador que se parecía a un gato enorme con melena. Sí, ese, el león.

Otra especie de Podocarpus habitaba en una tierra aún más lejana, una isla inmensa que algún día descubriría el hombre, considerándola un continente. Allí moraban animales muy extraños, uno de los cuales saltaba sobre sus patas traseras y llevaba a sus crías en una bolsa de su vientre.

Obviamente, esta conexión que yo empezaba a disfrutar iba mucho más allá de las relaciones sensoriales que tenía con los árboles de mi Isla, por medio de las redes de filamentos fúngicos. Este tipo de comunicación, nueva y tan potente, debía establecerse mediante el aire o un elemento igual de etéreo.

Ahora sé que se trataba de algo mejor de lo que los humanos de hoy día denominan transmisión de radio. Yo estaba entrando en contacto gradualmente con unas especies muy parecidas a la mía, captando sus resonancias en lugar de sus señales de radio que, por supuesto, no emitían. Pero más tarde añadiré cosas sobre este tema. Permíteme que vuelva a los arcos hechos de tejo, y luego a Espinapez.

Mucho antes del rey con corazón de león, un pueblo invasor había derrotado a los nativos de la isla vecina gracias a la formidable arma que empleaban en el combate, el arco largo inglés. Los invasores ocuparon la isla y desarrollaron esta arma, que durante cientos de años sería el rey del campo de batalla, y el arma primaria de conquista. Gracias al arco de tejo, la isla vecina alcanzó la primacía sobre las naciones situadas a este lado del mundo. Y, mediante la fuerza de semejante arma, inspiraron temor y reverencia entre los habitantes de todos los países del continente. A pesar de ello, el pueblo de mi Isla apenas conocía el uso del arco.

Espinapez, que mantenía una relación sentimental con las aguas del lago porque abundaban en peces, había visto alguna vez esta arma formidable. Como la mayoría de los mendigos, solía viajar de una a otra feria en busca de limosnas. En tales ferias había muchas cosas que comprar y disfrutar, es decir, para aquellos que podían permitírselo. Entre tales cosas se contaba a menudo la celebración de un concurso de tiro con arco. Así es como Espinapez conoció esta arma, mucho más letal que las lanzas. Eso era todo lo que él sabía al respecto. Nunca había estado cerca de un arco. Por el contrario, cuando visitaba una feria, siempre se había mantenido a una distancia ligeramente superior a la del alcance del arma, por si acaso. Pero yo buscaba algo de entretenimiento, y teniendo tan cerca un ejemplo tan claro de extravagancia humana, no pensaba desaprovechar esta maravillosa oportunidad.

Podríamos decir que empecé a influir en su mente de forma subliminal. Ten en cuenta que se trataba de un ser cándido, sin pretensiones. Yo no podría haber hecho lo mismo con cualquier otro humano. Poco a poco, conseguí que fuera centrando su atención (que, en otros sentidos, no empleaba) en mi persona, sobre todo en mi madera, y que fuese pensando en ella en relación con aquellos arcos (o ramas curvas) que había visto en manos de los arqueros.

En resumen, que se dio cuenta de que una de mis ramas laterales tenía las dimensiones ideales para elaborar un arco de seis pies de longitud. Me arrancó la rama. Bueno, no es que me la arrancase así como así, sino que empleó una sierra. Dado que utilizó su cuchillo de pesca (la única herramienta de que disponía), te puedes imaginar por qué una operación tan sencilla le ocupó todo el verano. Entonces, sin dejarse intimidar por el frío del invierno, procedió a convertir la rama en un arco.

Cuando me desperté a la primavera siguiente, descubrí que había elaborado un arma muy buena: un arco largo y plano, cuya parte exterior la formaba mi alburno, mientras mi duramen ocupaba la cara interna. Las flechas las había fabricado con madera de abedul, y en cuanto a la cuerda de cáñamo, no tengo idea de dónde la encontró. ¿Se habría convertido en un hábil arquero? No podía responder a esta pregunta, porque descubrí que, en lugar de cazar, como lo hubiese hecho todo arquero respetable cuando no estuviera librando una guerra, él se dedicaba a pescar. Eso sí, usaba el arco y las flechas, pero con tan poco resultado que con el tiempo decidió, aunque con relucencia, abandonar mi bosque para buscar su alimento preferido: el pescado.

Pero, mientras erraba de un lado para otro, llegó a la conclusión de que no era ni pescador ni cazador. A pesar de disponer de su arma recién fabricada, que, debo admitir, usaba más como bastón para caminar que como arco, sabía plenamente lo que era. En el fondo era un mendigo, que carecía de la posibilidad de acudir a banquetes, o de cualquier otra invitación gastronómica a la que asistir.

Un día, mientras estaba sentado ociosamente junto a un camino sin esperar nada en especial, su vida llegó a un punto crucial.

De entre la niebla surgió un carruaje tirado por caballos que se acercó solemnemente hacia donde él estaba.

«Debe ser el carruaje de un gran señor», pensó, «y en su interior debe llevar grandes riquezas». Entonces, como hubiera esperado cualquier mendigo medio muerto de hambre, añadió: «Espero que dentro viaje un hombre de buen corazón».

A lo largo de la vida de Espinapez, muchas de las peticiones que había hecho habían caído en saco roto; muchas personas miraban hacia otro lado cuando les extendía su mano pedigüña. Algunas de esas personas, las más

orgullosas, le habían dado un puntapié o habían ordenado que unos matones sin entrañas le arrojasen a la cuneta. Así que, ¿qué novedad podía esperar? Probablemente, el personaje que viajaba en el carruaje no prestaría atención a un harapiento mendigo, y las ruedas de la carroza proyectarían una rociada de barro sobre su huesudo cuerpo. Pero sí que había algo nuevo. Junto a él tenía aquella rama que me había cortado. Y no era simplemente un hermoso trozo de madera resistente, ni tampoco un arma poderosa. Era una parte de Mí, la Reina del Bosque y de la Isla, alguien con quien no convenía enemistarse, alguien que no toleraba padecer una afrenta.

Sin embargo, aquel desgraciado mendigo apenas había usado mi arco. Yo empezaba a pensar que me había decepcionado, porque no me estaba divirtiendo; solo me humillaba indirectamente. Y eso era algo que no podía soportar.

A medida que el carruaje se acercaba más y más, Espinapez se puso en pie y, en lugar de extender su temblorosa mano, puso delante suyo el mortífero arco. Luego, con un nuevo tono en su voz, y tomando todo el aire de sus pulmones, dijo:

—¡La bolsa o la vida!

El cochero detuvo la carroza, y un hombre sacó la cabeza por la ventanilla, diciendo:

—¿Te he oído bien?

—He dicho que la bolsa o la vida.

La cabeza de aquel hombre parecía pertenecer a una persona importante y orgullosa. Respondió:

—¿Qué quieres decir, sanguijuela del lodo? ¿Quieres decir que me amenazas con tu arco?

—Exactamente eso.

—Entonces —repuso el hombre con voz gélida— te agradecerá saber que no has tensado la cuerda.

Mientras Espinapez recordaba que había quitado la cuerda del arco hacía unos cuantos días (¿o eran semanas?), el personaje importante y orgulloso se volvió todavía más importante y orgulloso, mientras el mendigo volvía a sumirse en aquel estado de insignificancia que era una constante en su vida.

—¡Oh, cielos! —dijo Espinapez, presa del pánico—. ¡Oh, cielos! Veréis, Señoría, no soy un bandido, por supuesto que no... Tan solo un... arquero.

—¡Claro que sí! Un arquero que tiene un arco sin cuerda con el que me amenaza.

—¡No, en absoluto, Señoría! Os ruego me dejéis explicaros. Quería advertir a su Señoría de que he oído hablar de un salteador que roba a los dignos Señores diciendo: «La bolsa o la vida».

—Entonces, ¿lo tuyo era solo una advertencia amistosa?

—Eso es lo que era, sí, Señoría.

La cuestión era que aquel personaje importante y orgulloso no viajaba solo, sino con algunos matones que le escoltaban. Propinaron a Espinapez un buen vapuleo y luego, a petición de su Señoría, le arrancaron sus harapos y lo tiraron a una charca. Esta no era somera, sino lo bastante honda como para ahogarle, sobre todo teniendo en cuenta que, siempre a petición de su Señoría, le mantuvieron la cabeza apretada contra el fondo durante un rato. Si el agua no le ahogó, fue solo gracias a su nombre y a sus inclinaciones gastronómicas.

Espinapez aprendió amargamente la lección. En la siguiente ocasión en que detuvo un carruaje, tenía el arco armado con la cuerda, bien tensa y con la flecha puesta y lista para volar. No hirió a nadie, porque aborrecía el derramamiento de sangre, pero consiguió dinero y huyó a los bosques. Y no a unos bosques cualesquiera. Siguiendo caminos no hollados por el hombre, regresó a rendirme su tributo, con su estilo extraño pero sentido.

De camino hacia mi bosque tenía que cruzar por una vía principal y quiso la suerte que volviera a encontrarse con aquel gran hombre, el orgulloso, a quien le gritó:

—¡La bolsa o la vida!

—¡Vaya, vaya, vaya, mirad quién está aquí! ¿Te gustó tu baño? ¿Te libró quizá de tu mugre?

—¡He dicho que la bolsa o la vida!

—Ya te he oído, mi alegre sabandija, ya te he oído. Pero dime: esta vez, ¿cómo me convencerás para que te entregue mi dinero? Ni siquiera tienes el arco en la mano.

—Preferiréis que no recurra a mi arco.

—¡Oh, sí, claro que lo prefiero! Me gustaría volver a contemplar tu rematada imbecilidad. Me ayudará a hacer la digestión. Y luego disfrutaré aún más cuando mis sirvientes te den una paliza y te dejen muerto. Ya te digo:

¡enséñame tu arco, sanguijuela inmunda!

—Si eso es lo que deseáis...

Con una inesperada celeridad, se inclinó a recoger el arco, tensó la cuerda colocando en ella una flecha, y la disparó con tal pericia que esta fue volando en dirección a la cara de su Señoría, atravesando su nariz.

Cuando los matones vieron sangrando a su señor, apretaron a correr despavoridos. El mendigo gritó:

—¡Decid que esto ha sido obra de Espinapez!

Cuando regresó junto a mí le dije, no directamente, pero sí de forma que me entendiese, que se había graduado, alcanzando el rango de mendigo activo. Aunque aún tendría que resignarse a pedir limosna, tenía una forma más persuasiva de conseguirlo. Entonces le sugerí que se comprara unas prendas nuevas, que fueran prendas de verdad y no harapos; un caballo, y se pagara una o dos comidas al día. Sobre todo, le puse una pulga en la oreja (que inmediatamente se sintió como en casa) como recordatorio de la siguiente idea: «Vete a buscar toda esa vida que te has perdido; sobre todo, sácale el máximo partido».

Aunque no mencioné nada sobre la higiene personal, una tarde encaminó sus pasos hacia el lago con la aparente intención de darse un baño. Yo casi fui presa del pánico, porque temía que su pútrido hedor matase a los peces y contaminase las raíces de las plantas que crecían en la orilla, entre ellas el madroño. Pero un rayo providencial le hizo detenerse, y el chaparrón que vino luego le lavó a conciencia.

¡Y así empezó todo! Gracias a mi arco, que él había convertido en su instrumento de emancipación, pensé que sería testigo de muchos robos en el camino real y de escapatorias por los pelos. Me aguardaban unas cuantas sorpresas.

Los almuerzos y las cenas regulares a base de pescado, las nuevas ropas, los baños y las duchas hicieron revivir el cansado cuerpo de Espinapez, permitiendo que saliera al exterior su innata calidez de espíritu. Poco a poco se fue convirtiendo en un hombre atractivo y galante, siempre caminando hacia el sol, aun bajo los frecuentes chaparrones que llegaban empujados por el viento oceánico.

«Y se lo debo todo a un palo, a un palo de madera. No me lo puedo creer», repetía a menudo. Así que empezaron a gustarle los árboles, las flores, los



pájaros y todos los seres amantes del sol. Lo cual, puedes estar seguro, incluía a las mujeres.

Hasta su metamorfosis, se había limitado a imaginar a las mujeres, quienes habían sido todo un misterio para él. Debemos admitir que poco atractivo ofrecían su aspecto harapiento y su rancio aroma. Sus robos le proporcionaron plata, mucha más de la que necesitaba, porque, sorprendentemente, siguió siendo la mar de frugal. Un día, mientras regresaba a caballo de uno de sus asaltos, vio a una hermosa doncella que estaba ordeñando una vaca. Se le acercó y, sentado de través sobre su negro corcel, le dijo:

—Hermosa doncella del prado, este arquero de corazón puro tiene sed y le gustaría apaciguarla.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo querrías hacerlo?

—Si esto os contentase, me agradaría desmontar de mi cabalgadura y beber algo en vuestra compañía.

—Solo tengo leche fresca o agua del río.

—Me apetece leche.

—Te costará dinero.

—Os pagaré por adelantado, hermosa doncella. Aquí tenéis. ¿Es suficiente para un vaso de leche?

La muchacha recogió la bolsa que le había lanzado a sus pequeños pies y, mientras contaba las monedas de plata que contenía, apenas podía creer en su buena fortuna.

—Señoría, con este dinero podéis comprar hasta la vaca, incluso un rebaño de ellas. Pero, Señoría, ¿dónde estáis?

Él apareció de improviso detrás de ella, ofreciéndole un ramillete de flores silvestres que acababa de recoger, y le susurró:

—Me contento con algo de leche. Y no me trates de Señoría.

Entonces entre ellos medió un beso, seguido de cerca por otro. Ambos eran novicios en tales lides, y necesitaron varios días de amorosa práctica para comprender el juego de dar y recibir. Los días no podían haber sido más luminosos.

Espinapez siguió yendo a las ferias, pero con una perspectiva diferente. Había melódicos juglares a los que escuchar, y complacientes damiselas con las que intercambiar cumplidos. Descubrió que le gustaba la alegría y la

diversión, pero ¿qué alegría había habido en su vida antes del arco de tejo? Ninguna, en absoluto: pelear con otro mendigo por una manta rota; o lidiar con su estómago martirizado por el hambre, y por una comida de que carecía y que siempre fue más que escasa. Y en las ferias, así como a los lados del camino, siempre estaban los mendigos, los enfermos, los olvidados. Pero él no había olvidado sus pesares. Llegaba a una feria con la bolsa llena de plata, y se iba de ella con el morral lleno de gratitud. Cuando se encontraba con un necesitado, nunca miraba hacia otro lado. La mayor parte de lo que robaba lo repartía luego, y solo así, pensaba él, tenía sentido la vida.

¿Era un forajido? Las personas a las que robaba, ¿por qué leyes se regían? ¿No eran las normas de la confiscación y la rapiña? Las leyes que él conocía (y aún temía) no le gustaban, porque le parecía que los propios legisladores también eran bandidos, pero mucho más codiciosos que un salteador.

En una feria se encontró con un bufón que logró reconocerle a pesar de su disfraz. No manifestó a los cuatro vientos su descubrimiento, pero compuso un poemilla en honor de Espinapez:

Robar a alguien dinero, joyas o riquezas  
no es crimen alguno  
si se emplea con astucia la cabeza.

Pero yo no estoy aquí para santificar a nadie, y menos a un vil bípedo. Sin embargo, quiero contarte lo que vi por medio de mi rama convertida en arco. Muchos atracos, desde luego. Pero también muchos actos galantes, y muchas expresiones de generosidad que salían del corazón.

Las mujeres legales de muchos hombres importantes y orgullosos esperaban secretamente encontrarse con él para arrebatarse un poco de su calidez; yacer en sus brazos en una pradera cubierta por una alfombra de flores silvestres. Algunas conseguían cumplir su deseo. A medida que cada vez más sheriffs intentaban darle caza, su maestría con el arco mejoró. Del mismo modo, sus capacidades amorosas se fueron perfeccionando, y muchas mujeres llegaron a valorar sus besos por encima del oro.

Había un grupo de sheriffs y sus secuaces que estaban decididos a acabar con sus andanzas. Una noche de lluvia cayó víctima de una emboscada. Solo disparó una flecha, y en dirección a las estrellas.

Todo el mundo en la Isla pensó que había muerto en aquella ocasión, pero yo puedo decirte que no fue así. De alguna manera se las arregló para escapar, llevándose con él sus destellos de sol y su arco.

Después de vivir a hurtadillas durante unas pocas estaciones, cruzó un gran estrecho de mar y fue a parar a la isla vecina, la que está en dirección al sol naciente. Allí, bajo un nuevo nombre que muchos de vosotros conoceréis, convirtió sus hazañas en un proyecto de redistribución, en el que incluyó a muchos alegres arqueros. Sus hazañas caballerosas se celebraron en baladas, poemas y leyendas. Algún día se convertirían en mitos.

Sin embargo, este es un saber que el lector deberá buscar en otras fuentes. Debido a la gran distancia que me separaba de él en el espacio y el tiempo, las señales que iba recibiendo del arco de Espinapez empezaron a debilitarse, hasta que se desvanecieron por completo.

# 10

En vosotros, mis amables oyentes humanos, el envejecimiento comienza en cuanto llegáis a la adultez. Dado que amáis tanto la vida, desearíais ser siempre jóvenes. Sin embargo, en todo el reino animal, la madurez presagia una disminución de diversas funciones biológicas y, en consecuencia, inaugura la decadencia corporal.

Por otra parte, entre las plantas superiores, y en especial entre los tejos, la madurez es un término investido de una imprecisión más que ordinaria. Si la juzgamos a partir del momento en que nuestra corona de ramas y hojas empieza a reducir su tamaño, la madurez puede llegar cuando contamos unos dos mil años. Sin embargo, si la capacidad de producir brotes nuevos se considera un indicio de inmadurez, entonces incluso un tejo de dos mil años puede considerarse inmaduro, porque puede seguir produciendo brotes incluso a partir del mismo tronco y, en ocasiones, desde el propio nivel del suelo.

A diferencia de vosotros, nuestro crecimiento dura toda una vida, y en este sentido podemos afirmar razonablemente que somos perpetuamente embrionarios. Podemos ser casi tan inmortales como cualquier otro ser vivo del planeta. Así que, cuando hablo de que llegué a la madurez, confiero a esta palabra un significado muy distinto al habitual.

¿Recuerdas cuando empecé a desarrollarme, durante aquellos encantadores años que me parecían el Jardín de los Deleites Terrenales? Cuando me sentía perdida, acomplejada por aquellos árboles que se alzaban inmensos a mi alrededor, me concentraba en mi memoria inherente para obtener respuesta a mis insistentes preguntas. Las respuestas no me tranquilizaban, sino que más bien me confundían. Ahora sé que mi memoria todavía no se había desarrollado por completo. Intuitivamente, dirigía mis preguntas a mis dos madres, la natural y la Madre Naturaleza. Pero, a medida

que me acercaba a mi 1.500 cumpleaños, mi madre hacía siglos que había desaparecido, y la Madre Naturaleza había cesado de enviar a sus emisarios. ¿Implicaba esto que mi proceso de aprendizaje había concluido y que todo nuevo conocimiento debía aprehenderlo solo a través de mis experiencias? Por el contrario, significaba que, cuando llegué a mi mayoría de edad, mi memoria alcanzó su pleno desarrollo.

Las primeras señales de estas nuevas capacidades consistieron en ser capaz de llegar a muchos lugares distintos y lejanos sin viajar, como ya he mencionado antes de pasada. Primero, gracias al amable árbol *Podocarpus*. Luego, a través de otras coníferas, como los pinos, abetos, cipreses y demás especies.

Una de estas especies resultaba particularmente impresionante: la secuoya. Recuerdo lo impresionada que me sentí al ver el gigantesco tamaño de aquel árbol. Sin embargo, también recuerdo que consideré aquella manifestación de altura, volumen y anchura (y podría seguir hablando un rato de sus masivos atributos) bastante ostentosa. En cualquier caso, iba en contra de mis principios, que sostienen que si uno quiere vivir una larga vida, es mejor pasar desapercibido.

Después de las coníferas, empecé a ver también a través de árboles latifolios, como los robles, las hayas, los arces... Eran unas facultades sorprendentes. Entraba en contacto directo con miles y miles de especies que antes me eran totalmente desconocidas, que vivían en todos los puntos del planeta, y con millones y millones de plantas individuales.

¿Cómo podía ser así? ¿Cómo podía salvar las distancias geográficas con tan poco esfuerzo? Lo cierto es que era bastante sencillo. Como sabes, todo empezó con el *Podocarpus*, una especie muy afin a la de los tejos. Luego, por así decirlo, se había ampliado al siguiente vegetal en la línea de proximidad botánica. Y luego pasó al siguiente, hasta que alcanzó a una serie de plantas muy curiosas, como las palmeras, los cactus y los mangles.

Habiendo conseguido fusionarme con los campos de forma de otras plantas, gradualmente me había «ramificado», lo cual es apropiado. Cada especie tiene un campo de forma, y como el mío era muy parecido al del *Podocarpus*, tenía sentido que el primero que penetrase fuera el suyo. Y luego pasé al siguiente, y a otro, uno a uno, hasta que estuve interconectada con todas las especies de este mundo.

Quiero que quede claro que lo mío era un simple privilegio. Solo los árboles de muchos años y muchos... conocimientos pueden invadir los campos de forma de otros árboles sin molestarles. En cuanto a vosotros, los humanos, no diré que es imposible o que está más allá de vuestras capacidades. Si no descarto esta posibilidad es porque ya ha sucedido algo por el estilo, y yo he sido testigo de ello. ¿Ya habrás adivinado a quién me estoy refiriendo, no es cierto? Al Hombre Verde. Aquel día memorable en que comió mis bayas y bebió el té que había preparado con mis hojas, él, un hombre, en lugar de morir por ingesta de aquella infusión ponzoñosa, se volvió capaz de escucharme. Había penetrado en mi campo de forma, lo cual, hasta esta fecha, sigue siendo un episodio casi milagroso, porque el campo de forma de un hombre, como puedes imaginar, es totalmente distinto al de un árbol.

Errar libremente por el espacio y ver lugares, plantas y animales exóticos me entretuvo durante unos cuantos años en los que mi existencia fue bastante pacífica. Pero aún quedaban algunas maravillosas sorpresas. Todo individuo se ve inmerso en su entorno, mientras que a mí, por una generosa y desconocida gracia, se me concedió la extraordinaria posibilidad de viajar no solo por el espacio, sino también por el tiempo.

Esto es lo que quiero decir al hablar de la mayoría de edad.

La mayor parte de las especies inferiores (incluyendo al hombre) pueden sentir, de vez en cuando, un eco indistinto que proviene del pasado. Son como destellos, *dejà vu* inexplicables. Si bien los más perceptivos de entre vosotros pueden detectar algunos fugaces atisbos de las cosas misteriosas que ocurrieron en el pasado, yo veía toda la expansión de la historia y la prehistoria, ¡retrocediendo casi trescientos millones de años! Cuando me enfrenté a toda esa vasta información, extendida en todo detalle ante mí, conocí las pleamares y bajamares del pasado desde que apareció el primer tejo sobre la tierra. Incluso a mí, la indomable Reina del Bosque, aquella experiencia me desbordaba.

Al final logré asimilar el hecho de que tenía sentido que solo yo, y algunos pocos miembros de este club tan exclusivo, tuviéramos acceso a una memoria tan extraordinaria. En una rosa, un abedul o incluso un roble, este don se hubiera malgastado: son especies que viven demasiado poco tiempo, de modo que, ¿qué podrían hacer con toda esa información? No disponen del tiempo suficiente como para absorberla y asimilarla.

Pronto me di cuenta de lo estúpida que había sido al enorgullecerme de mi venerable edad, que había alcanzado, qué duda cabe, a expensas de otras especies, como habían experimentado directamente los robles en sus propias... cortezas. Mis 1.430 primaveras, aunque resultaban imponentes al compararlas con la longevidad de un árbol menor, no eran casi nada frente a la historia de los tejos desde su aparición, y nada en absoluto frente al concepto del Tiempo en la escala geológica.

Mi estupenda memoria me permitiría que lo que se considera «tiempo inmemorial» se convirtiese en «memorable»; se trataba de aquel tiempo fuera de todo concepto, más allá de recuerdos y registros, que iba a resurgir para desvelarme todos sus secretos.

Con una curiosidad cada vez más ávida, me sumergí en el viaje por el tiempo, comenzando desde el principio de todo, desde la aparición del tejo fundador de nuestra especie sobre la tierra. Retrocedí años, décadas, siglos, milenios, decenas y cientos de miles de años, hasta que la mareante velocidad de mi retroceso en el tiempo empezó a disminuir. Entonces me invadió una sensación muy extraña e improbable, en especial para un árbol. Me sentía como si... volase, deslizándome suavemente por encima de ignotos territorios. No lograba distinguir ninguna isla aislada, ni los continentes que forman el mundo tal y como lo conocemos hoy en día. Desde la impresionante altura de mi vuelo, solo distinguía una masa de tierra continua, hacia la que empecé a descender lentamente. Cuando, con un alivio indescriptible, volví a hallarme arraigada en la tierra, me puse de inmediato a mirar en todas direcciones.

Envuelto por la neblina de una cálida ciénaga, entre otros tocones llenos de hojas y de extraño aspecto, pude ver un magnífico espécimen de un árbol que se parecía mucho a un tejo. Mi memoria me informó enseguida de que era lo que los científicos de nuestra época han desenterrado bajo la forma de fósiles, y me indicó que era el fundador de mi género, el prototipo de todos los tejos.

Ella, porque se trataba de una hembra, no presentaba un aspecto tan distinto al mío; era solo ligeramente más salvaje, pero en apariencia capaz de disfrutar de una vida muy longeva, dado que me dijeron que tenía ya varios siglos. Poco tiempo después de su nacimiento, apareció también el primer tejo macho, dándose así inicio a la reproducción.

Ese fue nuestro origen, así como el inicio de mis investigaciones, que

realicé sin cesar, lloviera o hiciese sol, durante años, intentando ser, como siempre, el primer árbol en despertarse y el último en irse a dormir.

Mi reinado no padeció una falta de liderazgo porque, por fin, mis descendientes estaban a la vista. Ya me habían alcanzado. El árbol individual no se mueve, pero el comunitario sí lo hace.

El árbol comunitario es el grupo de árboles de la misma especie; en este caso, los tejos que habían nacido de mí, conectados por una red de raíces. La comunidad de mis descendientes no había dejado de moverse, a medida que nuevas partes de la misma, nuevos tejos, fueron creciendo y ocupando nuevas posiciones espaciales. Tras la masacre de los robles, no habían encontrado ningún obstáculo para aproximarse a mí. Cuando por fin pude verlos, se habían convertido en un bosque espeso a expensas de otras especies, a las que habían expulsado hacia las fronteras de la floresta. Ahora yo podía nombrar a uno de mis descendientes para que gobernase el bosque durante una temporada, mientras yo viajaba atrás en el tiempo durante el plazo que me pareciese conveniente. Es posible que alguna madre que lea esto me pregunte:

«¿Por qué optaste por aislarte de tu entorno, después de haber anhelado durante tanto tiempo ver a tus hijos e hijas? Ahora que por fin podías hacerlo, ¿por qué los dejaste de lado?».

¿Qué puedo decir? Entiendo lo que quieres decir, e incluso puedo admitir que tienes razón, sobre todo a la vista de lo que me iba a pasar poco después de esta época. Pero mi memoria solo me permitía recordar el pasado, no ver el futuro. Eso era algo que no podía prever... como sigo sin poder hacerlo, y... tenía que elegir entre la compañía de mis hijos o la de la historia y la prehistoria. Quizá era más matriarca que madre. Quizá, simplemente, uno no puede tenerlo todo en la vida.

Volvamos a mi viaje por el tiempo. Tener más de doscientos millones de años a tu disposición siempre es una posibilidad embriagadora. Como aquellos jóvenes amantes de los que te hablé, la princesa y el monje, yo tampoco sabía por dónde empezar a disfrutar. Pero pronto me di cuenta de que en toda la prehistoria no había un espectáculo mejor, un entretenimiento más emocionante, que el que me proporcionaban los dinosaurios. Si piensas que un pez es tonto, y no hablemos ya de una gamba, permíteme que te presente a los dinosaurios que tuve la oportunidad de contemplar en plena acción.

Actualmente, el mundo está tan lleno de personas y ratas, insectos y demás,



que parece imposible pensar que una vez, en algún momento tras la llegada de los tejos a este mundo, los lagartos gigantes dominaron el planeta. ¿Qué beneficio podían sacar de ello?

Pronto me di cuenta de que su escaso intelecto no era más que, probablemente, la «fase uno» de la máquina de pensar que la Madre Naturaleza intentaba montar e instalar en el cráneo de los animales. Los dinosaurios pensaban con torpeza, y esa misma torpeza es la que delataban sus movimientos.

Al principio se alimentaban unos de otros, hasta tal punto que estuvieron a punto de extinguirse varias veces. ¡Por favor! Siempre estaban hambrientos, y no distinguían entre los miembros de su especie y los de otras. Ví a madres comerse a sus crías, y a hermanos hincarse el diente unos a otros. Era muy desagradable pero, al tiempo, divertido. Al menos me permitía asistir al espectáculo de la gula y la avidez de primera mano, y tenerlo en mente para comprender lo que los animales (y el hombre en concreto) han hecho desde entonces al mundo en que viven.

Con el tiempo, algunos dinosaurios pasaron a comer hojas, hierbas y algas. Esto también resultó un verdadero espectáculo. Empezaron a ramonear las hojas de los árboles, para no tener que doblar sus largos cuellos. En ocasiones, uno masticaba lenta y deliberadamente todas las hojas de un tejo, solo para descubrir más tarde, cuando ya no había remedio, que eran venenosas. Así que yacían por el suelo, indefensos, formando una cavidad en la tierra, porque su peso era extravagante. Al final acababan muriendo en medio de una terrible agonía, y solían reventar, dado que un ataque al corazón en unas bestias tan grandes producía como un pequeño terremoto. Sus intestinos y entrañas quedaron repartidos por todas partes a consecuencia de estas explosiones devastadoras, hasta que todo el paisaje quedó elegantemente adornado con sus asaduras. Y sus descendientes no aprendieron de esta experiencia.

Durante los millones de años en que los dinosaurios vagaron por la tierra, siguieron comiendo hojas de tejo y muriendo como consecuencia de ello. Sin embargo, cuando ingerían materia vegetal inocua, como no sabían lo que era la moderación, se pasaban comiendo. Entonces caían indefectiblemente en los episodios más debilitadores imaginables de diarrea, produciendo una materia fecal monstruosa, tanto en su cantidad como en su mal olor. Los dinosaurios

carnívoros, por otra parte, disponían de unos intestinos que funcionaban mal, y que, frecuentemente, les obligaban a vomitar sus comidas.

En otras palabras, ¿no te parece que el mundo era un lugar idílico? ¡Ah, aquellos viejos tiempos...! Allí vemos a un brontosaurio, tan pesado que apenas podía caminar, y que se pasaba la mayor parte del tiempo en el agua; bueno, eso era si dominaba el sofisticado arte de mantenerse a flote (la mitad de ellos se ahogaban). Y allá viene corriendo un tiranosaurio, el Rey de los Dinosaurios, arrastrando tras él su larga cola e intentando estabilizar su movimiento con ella (algo que no siempre conseguía); sus patas delanteras colgaban flácidas e inútiles; sus afilados dientes a menudo se hundían, por error, en su propia lengua. Y aquel paisaje celestial, alegremente puntuado por las heces de tanto bicho, por sus vómitos, sus cadáveres reventados o medio comidos, que se iban pudriendo lentamente...

Los paleontólogos modernos no comprenden la desaparición de los dinosaurios. También deberían lamentarla. Unas criaturas tan caprichosas merecían seguir vivas. Puede que te preguntes:

«Dado que pretendes saberlo todo, dinos: ¿qué pasó con los dinosaurios? ¿Realmente se extinguieron? Y, si es así, ¿por qué? ¿O bien evolucionaron convirtiéndose en otros animales?».

¿Qué pasa, me has confundido con una enciclopedia? Incluso si mis conocimientos son mucho más amplios de lo que consideras enciclopédico, no quiere decir que me apetezca contestar. Aparte, tarde o temprano acabarás descubriendo la verdadera respuesta. Debes tener en mente que los dinosaurios eran tan torpes que aplastaban más de la mitad de los huevos que ponían...

Como ves, la Madre Naturaleza entonces era más joven, y no exactamente infalible. Es un hecho que incluso entonces ya realizaba auténticas maravillas, como el tejo, pero debes considerarlo como la suerte del principiante. En su mayor parte, solía cometer errores tremebundos. Aún sigue trabajando en las leyes eternas de proporción entre acción y agente de la misma, y me pregunto si alguna vez logrará alcanzar ese objetivo tan ambicioso.

Pero, cuando los dinosaurios abandonaron el escenario, llegaron los primeros mamíferos y, más tarde, ese infame advenedizo: el hombre.

La humanidad es una plaga relativamente reciente, porque toda la duración de la humanidad sobre la tierra es comparable al batir de las alas de una

mariposa, cuando la comparamos con la vida de los tejos. A pesar de esto, la humanidad ha progresado mucho desde sus vacilantes comienzos.

Los arqueólogos modernos desenterraron hace poco la herramienta de madera más antigua que se conoce, una lanza con una antigüedad de 50.000 años. Y mira por dónde, está hecha de tejo. Al final, el hombre descubrió lo dura y resistente que es nuestra madera, y empezó a utilizarla para fabricar sus instrumentos y armas. A pesar de ello, hay que admitir que hacía falta tener valor para matar a un elefante de colmillos rectos usando unos cuantos palos afilados. Por eso, el hombre empezó a cortar ramas de tejo de forma organizada.

He descubierto que a mis ancestros eso no les importaba mucho. El hombre parecía otro de los experimentos de la Madre Naturaleza. Sin embargo, pronto fue evidente que, a diferencia de los dinosaurios, el hombre podía perfeccionarse mediante el sistema de prueba y error.

Vi a los hombres primitivos aprender a caminar sobre dos piernas. Vi cómo sus brazos se iban acortando progresivamente, y cómo sus dientes y su mandíbula reducían su tamaño. Les vi correr aterrados, cuando caía la noche, en busca de cobijo, y dormir envueltos en hojas y ramas frondosas. Luego dejaron de clamar a las estrellas invocando el retorno del sol, porque se dieron cuenta de que el sol volvería a salir, y con bastante regularidad. A menudo entregaban sus cuevas a los animales salvajes, y yacían indefensos en el suelo tras haber sido heridos por las fauces inmisericordes de las bestias feroces. Otros se salvaban gracias a huidas apresuradas, pero, heridos, se aferraban con las manos sus sangrantes heridas, y gemían y aullaban en mitad de la noche hasta que la muerte los libraba de semejante tortura, estando indefensos y no conociendo ninguna cura para sus lesiones.

Mientras tanto, los tejos mantuvimos nuestro terreno. Cuando mis predecesores libraban ya exitosas guerras químicas que los convirtieron en la especie que dominaba en la tierra junto al hombre, los humanos se dedicaban a abrirse mutuamente la cabeza con garrotes de madera.

Al final comenzaron a entender mejor la vida y sus ciclos, y se emanciparon por medio de nosotros, los vegetales. La agricultura los hizo distintos para siempre de todos los demás animales.

Aprendí que la mayoría de edad de los hombres inició nuestra decadencia. No es que fuéramos, en ningún sentido, más débiles, ni que perdiésemos años

de vida. Pero nos explotaban constantemente. Desde el alba de la Civilización Occidental hasta la época de Espinapez, muchos ejércitos se pertrecharon gracias a nosotros, los tejos. Nos talaron por miles, por decenas y centenas de miles.

Debería añadir que, ni en mis muchos viajes por el tiempo, ni en mis experiencias directas, había visto a una hembra humana, una mujer, talar un tejo. Tampoco he visto a las mujeres matar a los suyos o actuar con una crueldad gratuita. Aunque ha habido excepciones, lo que voy a decir a continuación no es la excepción, sino la norma. Las mujeres siempre han sido responsables de la procreación; los hombres se han ganado la fama de tener ansias de destrucción. La historia humana es una larga letanía de agresiones, saqueos y quemas en las que las mujeres raras veces tomaban parte; por el contrario, eran las víctimas. A los hombres les interesaban los tejos por su madera, que convertían en arcos e instrumentos de conquista; las mujeres preferían las flores por sus formas, colores y fragancias. Eran las mujeres quienes pasaban, y pasan, por los dolores del parto, no los hombres. Toda mujer sabe lo duro y doloroso que resulta dar a luz una nueva vida. Los hombres saben lo fácil que resulta destruir. Si existe una esperanza para el mundo, descansa sobre los hombros de las mujeres.

En este momento debo pasar de la prehistoria a la historia, y luego retomar mi crónica.

Unos pocos años después de mi mayoría de edad, un jefe local, ya de edad avanzada, intentó hacerse perdonar del cielo sus pecados construyendo una abadía. Atraído por una música celestial (que yo jamás oí), llegó hasta mis bosques, precisamente donde yo vivía ya desde hacía 1.446 años, y ordenó que allí se levantase la abadía.

Eran buenas noticias. La costumbre de que los tejos creciesen cerca de la iglesia nació de antiguas creencias religiosas, y al final el hombre había descubierto una manera de protegernos. Cada iglesia incluía un tejo, y en ocasiones dos, dentro de su perímetro. Nosotros representábamos la inmortalidad, y manteníamos la vigilia sobre los parientes y amigos difuntos de los hombres. Aunque en cierto sentido esto es deprimente, implicaba escapar a las manos del hombre militar, con su ansia de confeccionar arcos. Suponía una garantía de supervivencia. Es probable que me eligieran por mi altura inspiradora y mi edad venerable, como un vínculo entre el pasado y el

presente.

Al enterarme de esta nueva empresa humana, retomé el liderazgo del bosque, y durante un tiempo dejé a un lado mi asombrosa memoria y las diversiones que me proporcionaba, para disponerme para un nuevo entretenimiento: ver a los hombres trabajando. Con cierta reluctancia me fui a dormir, con la esperanza de despertarme hacia finales del invierno.

# 11

Durante los meses más cálidos del año 1446 desde mi nacimiento, mis hojas siguieron su curso normal. Tras seis años de trabajo dedicado, se volvieron marrones, listas para desprenderse. Y eso es lo que hice, liberarlas, tributándoles una agradecida despedida.

Quería mostrarme en mi forma mejor, encantada al saber que monarcas y dignatarios de la iglesia vendrían a visitar la abadía que se iba a construir. Me apresuré a producir una nueva cantidad de hojas.

Hacia finales de la primavera mi aspecto era espléndido. Ya de entrada, mi altura era sensacional. Si bien el objetivo en la vida de un tejo no es el de alcanzar un elevado tamaño sino una gran longevidad, los siglos de crecimiento vigoroso habían contribuido a mis dimensiones monumentales. Harían falta ocho mujeres o seis hombres para abarcar el diámetro de mi tronco. Este hacía siglos que estaba hueco, lo cual no me impedía seguir medrando. El duramen en el centro de mi tronco iría muriendo lentamente, y yo «desprendería» (con la ayuda de algunos hongos inofensivos que solo se alimentaban de madera muerta) aquella parte de mí que se había vuelto inútil. Puede argumentarse que, aunque estuviera muerta, aquella madera interna podría proporcionarme fuerza y apoyo. Sin embargo, este no era mi caso. Al no tener que soportar un gran peso, no tenía muchas posibilidades de partirme. Lo más importante era el alburno bajo mi corteza. Las funciones esenciales para mi bienestar tenían lugar allí y, puedo decir con toda alegría, seguían realizándose suavemente, casi sin esfuerzo, impelidas por la gran inercia de siglos de práctica.

¿Había una visión más hermosa que el tono púrpura amarronado de mi corteza? ¿O el verde pálido de mi tierno follaje? Bueno, sí, quizá había algo más hermoso incluso: el de contemplar los tonos antes descritos en contraste

con el carmesí brillante de mis bayas. Aquello sucedería en unas pocas lunas, cuando, como en cada otoño, fuera puntual a mi cita con la producción de frutos.

Hacía mucho tiempo que mis raíces dominaban el arte de partir las rocas. Las hacía penetrar en las grietas y hendiduras de la caliza sobre la que crecía, y luego las hacía aumentar de tamaño y grosor. La fuerza resultante era tal que iba ensanchando las grietas entre las piedras, y al final acababa quebrándolas.

Todos los tejos del bosque me respetaban no solo como a su gobernante (y, en muchos casos, como su madre), sino también como a un emblema. Me consideraban una prueba viviente de cómo un tejo con voluntad podía emplear todos sus poderes para aliviar el influjo de los elementos y anular el ataque de sus pocos enemigos. De hecho, yo era fuente de inspiración para todos los árboles de la Isla, y había más de un árbol líder que analizaba mis tácticas bélicas porque aspiraba a obtener el poder absoluto sobre los integrantes de su bosque.

Aquello me halagaba y no me preocupaba. Por intenso que fuera el análisis que realizaran aquellos árboles, solo un tejo, y además bastante notable, podría librar con éxito la guerra química que yo había introducido en la Isla.

Así reinaba sobre mis verdes bosques, con tanta justicia como me lo permitiesen las leyes naturales. Como siempre, agradecía la lluvia abundante, el aire tonificante, el sol juguetón, la pacífica luna y las distantes estrellas. Había tenido la suerte de vivir una vida maravillosa. Es cierto que hubiese preferido no verme obligada a participar en una guerra. También lo es, más si cabe, que tenía algunos remordimientos, entre los cuales el que más me atormentaba era el no haberme dado cuenta de que mi madre se estaba muriendo. Pero últimamente no había pensado mucho en aquella parte de mi vida, pues había llegado a la conclusión de que tenía derecho a cuestionar sus mentiras inocentes. ¿Qué había conseguido con mentirme? Al fingir que estaba bien cuando, en realidad, estaba agonizando, ¿qué consiguió? ¿Me había librado de la tristeza? Al contrario.

A pesar del respeto y, sobre todo, del amor que sentía por ella, me había vuelto más crítica con su conducta. Si ella hubiera sido más astuta y severa, podría haber disfrutado de una larga vida. Aquello hubiese evitado la pérdida de su dominio sobre el bosque, que animó a los robles a rebelarse contra una jerarquía que se desmigajaba, y que, en última instancia, me obligó a

participar en un conflicto largo y devastador.

Estaba convencida que yo había conseguido mejores y más perdurables resultados de los que ella disfrutó. El mero hecho de que a mí, a diferencia de ella, se me hubiera concedido pleno acceso a la formidable memoria inherente a mi especie era una prueba de la solidez de mis progresos. Quizá no fuera tan maternal y dulce como ella, pero me temo que la dulzura es un lujo del que más vale olvidarse cuando se ostenta el poder.

Adornada por mis nuevas hojas, e inmersa en el gorjeo de reyezuelos, petirrojos, herrerillos comunes y pinzones, que se alojaban en mis ramas poderosas, esperaba ansiosamente a los humanos encargados de construir la abadía. No tuve que esperar mucho tiempo.

A pesar de ser un día muy lluvioso, una docena de monjes llegó al lugar donde se levantaría el edificio. Trajeron consigo unos bueyes cuya misión consistía en tirar de carros repletos de los materiales de construcción y los instrumentos necesarios para ella.

Aquella lenta procesión se prolongó durante días, incluso semanas. La tarea estaba revestida de un halo de solemnidad, quizá bastante apropiado, dado que no iban a construir una casa cualquiera, sino un lugar de adoración. Escuchando las conversaciones de los monjes me fui enterando de que pertenecían a una orden mendicante fundada por un hombre santo en una tierra lejana. Lo habían canonizado gracias a su conducta compasiva, que se había hecho famosa porque, entre otras cosas, incluía hablar con los animales y las plantas.

«No podía ser más afortunada», pensaba yo. «No cabe duda de que eligieron este lugar por su belleza natural, que debe haber inspirado a estos hombres santos».

Recuerdo que, mientras bendecía a mi buena estrella por haberme traído a aquellos hombres tan diligentes, el acebo me advirtió:

—Nunca te puedes fiar del hombre. Por manso que parezca, siempre es traicionero.

El acebo había envejecido perdiendo parte de su encanto. Eso era lo único que yo veía en ella. ¿Acaso presté atención a su advertencia? ¡Por supuesto que no! Si hace siglos la consideraba medio tonta, con el paso del tiempo seguro que había empeorado.

Habiendo apilado un impresionante rimero de materiales, los monjes se



aprestaron a comenzar la construcción excavando unas trincheras que describían lo que sería el perímetro de la abadía, donde había que echar los cimientos. Una mañana en que se combinaban extrañamente la lluvia y el sol, vi a aquellos hombres con sus túnicas coger sus herramientas de excavar y dirigirse hacia mí.

Pero ¿qué eran aquellos instrumentos que llevaban en las manos? ¿Eran picos y palas que sujetaban mientras se aproximaban? Pero ¿dónde estaba la cabeza puntiaguda de sus picos? ¿Por qué en lugar de eso tenían una hoja cortante? Y aquella hoja larga y dentada, ¿qué era? No era una pala, era imposible. ¿Y por qué se me habían acercado tanto? Con todo aquel espacio disponible supongo que no querían levantar uno de los muros de su abadía justo a mi lado. ¿Y cómo es que no habían dibujado en la tierra el perímetro del edificio? ¿Dónde iban a excavar las trincheras si no tenían una línea que les guiase? Esto no sería propio de ellos: habían clasificado y apilado tan cuidadosamente los materiales, anotando todos y cada uno de ellos... No era posible que de repente se hubieran vuelto tan descuidados...

Entonces llegó el primer golpe. Aterrizó en la cara norte de mi tronco, recubierta de musgo. «El lado del diablo», les oí decir.

—¡Empecemos aquí para obtener un principio auspicioso! ¡Alabemos al Señor! —dijo uno, mientras caía el segundo golpe, seguido de otro, y de más y más, cada vez más copiosos.

Pero ¿qué hacían aquellos animales enloquecidos? ¿Era esta la labor de un monje, de un hombre de la cruz, aquella cruz de madera ante la que todos se inclinaban... convertirse en verdugo? ¡Qué criaturas más rastreras, viles, depredadoras! ¿Qué eran? ¿Qué me estaban haciendo? ¿Por qué? ¿Cómo se atrevían? ¿Qué mano sacrílega osaba profanarme, a Mí, la Reina del Bosque? ¿Cómo se atrevían golpearme con las hojas de hierro de sus hachas y los dientes afilados de sus sierras?

El dolor, el Dolor me estaba enloqueciendo. Durante un momento pensé que podría soportarlo, que podría superarlo. Intenté fingir que no estaba sucediendo, y quizá en el fondo no estaba pasando, quizá era una pesadilla. Yo nunca había tenido pesadillas, pero ¿acaso aquel no era un día extraño, uno en el que se mezclaban el sol y la lluvia? Era una pesadilla de dolor, un dolor tan intenso que, al final, parecía casi dulce.

Cuando los golpes se sucedieron de una forma incesante, sentí como si me

estuvieran desarraigando, como si una fuerza alocada me lanzase por los aires, como si estuviera sometida a algo tan antinatural que podría obligarme a hacer cosas extraordinarias. Cuando el hacha detenía su vaivén, aunque solo fuera brevemente, el dolor me asaltaba de nuevo, las heridas abiertas me hacían volver a este mundo. Entonces, los sacrílegos empezaban de nuevo, las bestias retomaban su tala impía. Me cortaban, rasgaban, violaban mi suave alburno, golpeando, cortando ciegamente mi madera y mis células, matándolas por decenas de millares, cientos de miles, millones... Cada golpe que recibía clamaba MUERE, MUERE, MUERE...

Me sumí en el delirio y vi a lobos comiéndose sus propios rabos, a pájaros que practicaban agujeros en el suelo rocoso, peces que nadaban hacia atrás con sus aletas y ciervos que saltaban sobre sus patas traseras con telarañas en sus cuernas; todos los hermosos animales y plantas bajo las estrellas corrían, nadaban, volaban, caían a tierra, mientras aquel ser, que debía ser el diablo de los humanos, celebraba sus nupcias en el cielo y sus secuaces comenzaban a lanzar extraños frutos que golpeaban duramente como el granizo, explotando, desintegrándose, manchándome de un rojo profundo...

Alcancé una cota de dolor insoportable y, por último, me sumí en la oscuridad sin recuerdos de la inconsciencia.

*(La narración la continúa un súbdito fiel, el enebro.)*

Su Majestad la Reina me solicitó que retomase la historia donde la dejó por unos cuantos motivos. Primero, por el hecho de que, habiendo sido talada, no recuerda esa parte de su vida. Segundo, porque aun si lo hiciera, preferiría no hablar sobre el tema. Tercero, porque no quiere fomentar la controversia sobre un tema tan peliagudo como es la accidentada relación entre los árboles y los seres humanos.

Aunque yo aún no existía cuando nuestra Reina fue talada sin ningún tipo de misericordia, mi madre sí vivía. Es posible que la recuerdes como un miembro importante del Círculo de los Perennes. Poco antes de morir, me contó lo que le había sucedido a la Reina. Mientras yo escuchaba atentamente sus últimas palabras, fui elegido como aquel que, a su vez, te contaría lo que pasó durante aquel tumultuoso período.

Lo que nuestra Reina había considerado, quizá con una ligera vanidad, el

paisaje más hermoso del bosque («el tono púrpura amarronado de mi corteza»; «el verde pálido de mi tierno follaje», etc.), los monjes lo habían entendido de una forma totalmente diferente.

La cavernosa vaciedad de su tronco y su «fantasmagórica» (así la definieron) corteza purpúrea y hojas pálidas conformaban, en sus mentes, visiones de fantasmas y cosas sobrenaturales. La cara norte de su tronco estaba alfombrada de musgo verde. Ellos pensaban que esto significaba que la parte de la Reina que estaba orientada hacia el norte (la cara «sinistra del diablo») medraba más que cualquier otra parte. Además, el pálido verdor de sus hojas se interpretaba como una condición enfermiza generalizada, dado que todos los tejos que ellos habían visto tenían hojas de color verde oscuro. Su tamaño monumental se consideraba poco seguro, incluso amenazante, debido al tronco hueco que «no podría soportar el peso del árbol en caso de tempestad». Crecía en un punto que gozaba de una vista que dominaba el paisaje, y Ella era... lo único que obstaculizaba la visión del lago y las montañas que se verían desde la abadía de no estar en ese lugar. Así llegaron a la decisión de talarla y construir la abadía encima de sus raíces.

Fue una decisión tomada con rapidez, casi a la ligera, la noche anterior a aquel doloroso día, dado que habían llegado de un país al sur unas barricas de un muy esperado vino tinto. Se suponía que había que catarlo juiciosamente durante la celebración de la misa, donde simbolizaba la sangre del Salvador. Aquella noche bajó por sus gznates como un río desbordante que borbotea impetuoso pasando bajo los puentes en su camino hacia el mar.

A la mañana siguiente, quedaban dos cosas de su noche de juerga: un persistente dolor de cabeza y la decisión de cortar el árbol.

Nuestra Reina se desmayó tras unas horas de terrible sufrimiento, pero a los monjes les costó meses de un trabajo voluntarioso, aunque también malicioso, derribarla.

¡Qué visión más triste fue esa! La Orgullosa e Indomable Reina del Bosque yacía tumbada en el suelo rocoso, reducida a la impotencia, desprovista de sus raíces, cortada de la vida. Cuando al fin se vino abajo, los monjes celebraron durante días y noches la consecución de su desmonte preliminar. Entonces, la cortaron en miles de troncos pequeños, para disponer de una inmensa cantidad de leña para el invierno.

Era el año 1448 de Nuestro Señor. Entonces comenzó la construcción de la

abadía.

Los árboles del bosque nos sentíamos muy tristes. Olvidados, aterrados, impotentes.

La segunda víctima ilustre de los monjes fue el elegante y antiguo madroño. Les costó mucho menos tiempo derribarlo, dado que estaba colgado precariamente del borde de un barranco junto al lago. Levantaron la tierra en torno a sus pies, cortaron profundamente sus raíces, y luego tiraron y empujaron, tanto ellos como los bueyes que habían uncido para cumplir la misión, hasta que el árbol desarraigado cayó a las aguas. Entonces, los monjes despejaron una amplia explanada entre la abadía y el lago y, debido a este capricho paisajístico, murió el amigo íntimo de nuestra Reina.

La historia de nuestro tejo podía haber llegado a su punto final en este momento. Pocos árboles de los bosques alimentaban la esperanza de volver a ser gobernados y guiados por una gran Reina. El hombre estaba sobre nosotros, y era malvado.

*(A partir de aquí retomo la narración yo, la Reina del Bosque.)*

Así que todo había acabado. Las hojas bailando con la brisa, las ramitas, ramas y tallos que las sujetaban, los pájaros que anidaban en ellas, los ratones de campo, los tejones y los zorros que usaban mi tronco vacío como hogar. El cielo, la lluvia, el sol, la fotosíntesis: adiós a la vida. Se acabaron las hojas, la clorofila, la absorción de energía, la manufactura de alimento. En una palabra: la muerte.

Y sin embargo, algo me mantenía viva.

Había perdido todo lo que vivía por encima de la tierra, pero por debajo de ella estaba intacta. Allí tenía alimentos almacenados. Había un considerable volumen en el engrosamiento y la longitud interna de mis grandes raíces. Al principio, podía haber vivido de la energía almacenada en esas células. Sin embargo, tarde o temprano, se agotarían esas provisiones. Antes no había sido consciente de esta técnica de supervivencia. Aunque tardaría años en agotarlas, dado el volumen monumental de mis raíces, al final me enfrentaría al hambre, tras lo cual llegaría la muerte. Por consiguiente, la táctica de supervivencia parecía estar incompleta. Pero sería eficaz si la unía

a otro recurso de emergencia.

Los tejos brotarnos rápidamente desde la base y a lo largo del tallo. Como parte de esta entusiasta profusión de vida, también producimos capullos epicórmicos. Éstos nacen como cualquier otro renuevo, pero a diferencia de los habituales, no crecen extendiendo sus hojas o vástagos. Su extremo crece lo suficiente como para mantenerse por debajo de la corteza. Si el tallo (que quiere decir también el tronco) se rompe, estos renuevos ocultos, activados por la súbita interrupción del regulador de crecimiento que los suprime (para mantener el dominio del vástago principal) se abren, produciendo varios botones.

Había observado algo parecido a esto en mi madre, aunque su tronco solo se había visto parcialmente reducido debido a una tempestad, y nunca cortado del todo como el mío. Ahora que mi corona de ramas y mi tronco estaban cortados brutalmente, en torno a mi base había muchos capullos listos para florecer, potenciados por las féculas en las células de almacenamiento.

Este es un proceso que no sucede de la noche a la mañana. Me habían talado en abril. Recuperé el conocimiento a mediados de verano, y al principio deseé haber seguido inconsciente. Me sentía como un pez fuera del agua que jadea desesperadamente; como un topo atrapado en una madriguera tras un corrimiento de tierras; como un hombre atrapado en una mina cuyo techo se ha derrumbado, que excava y jadea en la oscuridad a medida que el aire se vuelve irrespirable. Pero pronto me di cuenta de que quedaba un camino que llevaba al agua, un camino para salir del corrimiento de tierras, de la mina. El dolor se fue reduciendo paulatinamente y los botones se dispusieron a abrirse. Para iniciar una nueva vida era necesaria mi orden. No fue «simplemente» una regeneración, ni fue cuestión de devolver las células heridas e infectadas a sus posiciones espaciales anteriores. Para levantarme de mis ruinas, tenía que generar células nuevas, en una nueva posición. Si bien estaba provista de una zigzagueante red de raíces, el resultado de casi quince siglos de crecimiento, tendría que empezar como un enano, o un grupo de ellos, es decir, unos cuantos botones. Los monjes, apercibiéndose de mi diminuto y vacilante tallo, volverían a cortarlo fácilmente. Repetirían el mismo procedimiento hasta que muriese de inanición. Quizá antes, porque los frailes colocarían el suelo encima de mis raíces.

Mis posibilidades de sobrevivir eran escasas. Además, que a una la talen

una vez ya es suficiente. La idea de que a mis diminutos brotes los arrancasen despreocupadamente las mismas manos perversas era una humillación adicional... y una tortura. Muchos otros tejos, en la misma situación, se hubieran rendido y muerto con dignidad. Pero algo más fuerte que mi voluntad anhelaba activar el inicio de mi nueva vida. ¿Sabes lo que era? ¿Te puedes imaginar cuál era esa fuerza tan poderosa como para imponerse a mi decisión deliberada?

Era el odio, amigos míos, el odio. Un odio supremo.

Hacia finales del verano, cuando el tiempo empezaba a ponerse fresquito, los monjes empezaron a calentarse por la noche reuniéndose en torno al fuego. Y yo era su leña. Cada leño que arrojaban al fuego ardía rápida, estable y lentamente, mientras también ardía en mi interior, porque aquel no era un fuego sagrado, sino la culminación del sacrilegio que habían perpetrado contra mí y contra mi bosque. ¡Cielo santo, cómo los odiaba! Casi me ahogaba en mi propio odio, hacia ellos y hacia la humanidad por extensión.

Entonces, y solo entonces, escuché millones y millones de gritos de dolor. Eran los millones incontables de árboles, no solo tejos, que el hombre había cortado, convertido en leña, herido, desprovisto de su corteza, quemado, talado y derribado, movido por su inconsiderado y loco espejismo del poder y la supremacía absoluta. Al mismo tiempo, me di cuenta de lo sorda que había estado a todos aquellos gritos, inmersa en la admiración de mí misma y distante frente al sufrimiento de mis almas gemelas. ¡Qué egoísta por mi parte, qué insensible! Distraída por cualquier trivialidad, ya fuera las extravagantes actividades del hombre o el viaje por el tiempo, había perdido de vista la matanza que se había perpetuado durante siglos y había arrebatado la vida a millones de tejos. ¿Cuántos arcos se habían fabricado con nuestra madera? Y, si eran un arma tan formidable, ¿cómo es que el hombre no había extinguido a su propia especie? Por muchos que fueran los muertos gracias a las flechas, nacían otros como hongos, para ocupar su lugar. ¿Qué podía hacer yo contra la mala hierba de la humanidad? Quizá nada, pero el propio odio me impulsaba a renacer, a enfrentarme a ellos y, al final, demostrar al mundo que hace falta mucho más que una humilde flecha de abedul para matar a un tejo.

Entre los frailes había un joven piadoso que se había unido a ellos por un motivo bastante singular.

François había nacido en una tierra luminosa en el seno de una familia de grandes tradiciones y riquezas. Siendo como era el hijo unigénito, se esperaba de él que se revistiese del poder de su padre y, como él, valorase las posesiones terrenales y las típicas actividades masculinas, como la caza, los duelos y el flirteo con mujeres. En lugar de eso, manifestó una naturaleza amable, muy dedicada a la concentración. Además, aunque no era inferior a los demás en inteligencia o estatura, con toda justicia no se puede decir que fuese guapo. Para empeorar las cosas, cuando solo tenía catorce años empezó a perder el cabello. Al cabo de un par de años se había quedado calvo. Las muchachas no solo lo dejaban de lado, sino que se burlaban de él. Así que se entregó a la oración.

Rezó y rezó, pidiendo a la bendita Virgen que su cabello volviera a crecer. Ya fuera porque era una petición carente de precedentes, o porque la Virgen estuviese demasiado ocupada accediendo a las súplicas de otras personas, el caso es que siguió calvo.

En lugar de dirigir sus oraciones a cualquier otra divinidad, decidió hacerse fraile. Esta decisión horrorizó a su padre. A pesar de todo, se convirtió en fraile. Él pensaba que, siendo un hombre de iglesia, sus oraciones recibirían un tratamiento preferente.

Rezó y siguió rezando, siempre a la Virgen bendita, pero sin resultado alguno, porque su cabeza siguió pareciendo un huevo con exceso de crecimiento. Sin arredrarse, se convenció que si participaba en la construcción de un lugar de adoración manifestaría su buena voluntad y, como recompensa, volvería a crecerle el cabello. Así que vino a mis bosques, prestó su ayuda cuando me talaron, y luego ayudó en la construcción del monasterio.

Una mañana de principios de otoño se fue a dar un paseo entre sus rezos matutinos, y tropezó conmigo. Cuando volvió a ponerse en pie, se me quedó mirando con aire sorprendido y luego regresó corriendo junto a sus hermanos, gritando:

—¡Un milagro, un milagro!

—¿Qué has visto hoy, hermano? —le preguntó el fraile más anciano, que era bastante paciente a la hora de bregar con las ansias que tenía François de presenciar milagros. El joven, aparte de rezar, no paraba de pensar, pero, si alguien le hubiera preguntado en qué, no hubiera sabido decirlo con seguridad.

—¡Un gran milagro, padre, un gran milagro! —insistió François.

—Bien, hermano, bien. Cálmate y explícate.

—Pero ¿cómo yo, de entre todos los mortales, podría explicar un milagro? Yo solo puedo creer en los milagros.

El fraile calvo tenía razón en eso. Así que el hermano más mayor reunió a los demás monjes, y todos se dirigieron al lugar del milagro.

—¿Qué os había dicho? ¿Qué os había dicho? —preguntó François, triunfante.

—No lo sé. Mencionaste un milagro, pero me temo que aquí no veo ninguno.

—¿Cómo que no? ¡Ganso ciego! ¿Es que no lo ves, es que no lo veis? —vociferó François, cuyo fervor le había hecho olvidar la debida reverencia. Con un gesto enfático, levantó en el aire el dedo índice de su mano derecha y luego lo bajó dramáticamente, señalándome directamente—. ¡Ahí está el milagro, ahí!

—¡El Señor sea alabado! —exclamó el hermano más anciano, anonadado.

En torno a lo que había sido la base de mi tronco poderoso se mecían al viento una docena de renuevos, pequeños tallos con diminutas hojitas, mirando hacia los cielos con actitud mística.

—¡Resurrección! ¡Resurrección! —gritaron todos los frailes mientras se arrodillaban a mi alrededor.

—No cabe ninguna duda: esta es una señal del Señor todopoderoso —dijo François.

—Doce renuevos —comentó otro fraile—. Doce renuevos, doce somos nosotros, y doce fueron los discípulos del Señor.

—¡Se nos ha enviado una señal de los cielos, bajo el aspecto de un gran milagro!

—El milagro más grande de todos —concluyó el hermano más anciano—: la resurrección.

Tras unos rezos altamente emotivos, los frailes decidieron por unanimidad construir la abadía a mi alrededor. El tejo minúsculo, resucitado, estaría en el centro del claustro, rodeado de un lugar porticado donde pasar el tiempo en piadosa contemplación de mi tronco, un símbolo de la resurrección de su Salvador.



Poco a poco (tardaron casi treinta años en completarla) la abadía fue creciendo en torno al claustro del que yo era el centro. Yo y los pájaros que aún venían a visitarme fuimos testigos del progresivo crecimiento del edificio, desde la torre del campanario hasta la nave y la sacristía; así como las habitaciones más mundanas, como el dormitorio, la cocina, la bodega y el refectorio. Los frailes demostraron ser laboriosos. Empecé incluso a pensar que sus turbulentos comienzos me habían confundido, porque en realidad parecían bastante tranquilos e inmersos en sus rituales cotidianos. A menudo me preguntaba si todos aquellos rezos servirían para algo, como ellos tendían a pensar. Al final me contenté con llegar a la conclusión de que, si bien no eran demostradamente útiles, al menos eran totalmente inocuos.

Aparte de sus ocupaciones espirituales, cuidaban primorosamente un huerto del que dependían para obtener parte de sus alimentos. Incluso plantaron un jardín por puro placer, introduciendo en él plantas exóticas que nunca antes habían crecido en mi Isla, aunque yo ya las conocía gracias a mis viajes espaciales por toda la tierra.

Y ahora que hablamos del tema... La triste realidad de que me había visto desprovista de mis interconexiones globales y mi estupenda memoria inherente no había sido un golpe completamente inesperado. De la misma manera en que no sabía de dónde habían surgido, tampoco podía imaginar adónde se habían ido. Pero habían desaparecido, y para siempre.

Al recurrir a los inhibidores del crecimiento, de los doce renuevos que habían nacido de mis capullos epicórmicos y que tanto habían impresionado a los monjes, elegí solo uno como tallo y tronco futuro. Potenciando así su crecimiento, recuperaría mi prístino aspecto de un solo tronco.

De pasada, ya que luego clarificaré mi punto de vista sobre este tema, me gustaría mencionar la sorprendente injusticia implícita en el hecho de elegir un renuevo (el más fuerte) y eliminar los otros once. Pero esto era la selección natural, ¿no es cierto?

Cuando ya empezaba a pensar que el animal humano podría ser, después de todo, un ser pacífico, porque debo admitir que los frailes eran, mientras lo permitía el vino, bastante inofensivos, el hombre retomó su pasatiempo favorito: la guerra.

En dos siglos, la abadía quedó abandonada; luego volvieron a habitarla unos monjes; se amplió mediante nuevos edificios, y, sobre todo, la atacaron

dos veces. La primera vez fue el resultado de que una Reina extranjera (humana) intentase sofocar una revuelta local. Mi Isla había sido presa de la isla más grande que se extendía al este. La habían desprovisto de su soberanía y la convirtieron en una colonia, de modo que la mayor parte del bosque que habían talado fue a parar a manos de unos hombres que ni siquiera hablaban el mismo idioma que los habitantes de mi Isla.

La siguiente vez que atacaron la abadía obligaron a los monjes a huir, para no regresar jamás. La potencia extranjera había liberado contra mi Isla a un gobernante de su país, un tal Cromwell. Este hombre adoptó una política de tierra quemada a medida que su ejército avanzaba matando, destruyendo, saqueando, pegando fuego a las casas, en un intento de derrotar por hambre a los rebeldes que se demostró de gran éxito.

Cuando uno de sus generales llegó a la abadía, hizo que sus soldados la saquearan y mancillaran. Movidos por sus ansias de obtener botín y su afán destructivo, no parecieron hacerme mucho caso, aunque por aquella época yo ya volvía a ser un árbol de un tamaño considerable. En lugar de pretender hacerse con mi madera y mi savia, aquellos hombres buscaban las posesiones y la sangre de sus semejantes.

Después de aquellos episodios, la abadía adoptó un nuevo papel, el de edificio en ruinas. La hiedra y los ratones se adueñaron de ella para hacerme compañía. Muchos herrerillos comunes y carboneros garrapinos volvieron a anidar en mis ramas, lo cual me animaba hasta cierto punto.

Ya no me sentía la Reina del Bosque. No cabía duda de que mi prodigioso retorno a la vida había sido un acontecimiento sin precedentes incluso para un tejo, considerando mi venerable edad y el estadio en que me talaron. Todos los bosques habían reconocido mi triunfo sobre la muerte y se habían sentido profundamente emocionados al verlo. Pero la entera jerarquía natural había sido desafiada, y colapsó sin remedio.

Los árboles nos vimos desprovistos del poder, y caímos en la esclavitud del hombre. Estábamos a su merced, y él era un tirano inmisericorde. Su sed de destrucción había llegado a nuestro rincón del mundo, antes nunca perturbado, y además pensaba quedarse porque, al otro lado del lago y más allá de las montañas, en la dirección del sol poniente, ya no quedaban más bosques que domeñar, solo la expansión sin árboles del océano.

Esos fueron mis siglos oscuros. Aunque medraba con un tronco relativamente joven dotado ya de una fronda de hojas protegida por los muros del claustro, no podía evitar acordarme de aquellos tiempos gloriosos en los que los tejos apenas tenían enemigos. Sin embargo, de alguna manera, sobreviví. Mis raíces seguían conectadas con mis descendientes por medio de los hongos e incluso de algún injerto. Ahora muchos de mis hijos eran más grandes que yo, al menos en la parte de su cuerpo que sobresalía del suelo.

Al final, un paria humano convirtió la abadía en ruinas en su nido. Digo «nido» y no «casa» porque aquel ermitaño envuelto en harapos copiaba a las aves, y confeccionó su habitación a base de ramas y hojas secas. A semejanza de mis amigos con plumas, comía semillas, bayas e incluso escarabajos, aunque raras veces. Sintiéndose a gusto en los confines solitarios de la abadía olvidada, creó una leyenda que me concernía directamente, con miras a mantener a la gente alejada del lugar.

A los visitantes ocasionales, el ermitaño les contaba la siguiente historia:

«Una vez vino un soldado por estos lugares. Era joven y orgulloso. Cuando vio el tejo, decidió cortarle una rama y usarla como bastón. Le advertí que no lo hiciese, pero no me hizo caso. “Eres un sucio mendigo”, me dijo. “¿Qué vas a saber tú?” Entonces me dio varias patadas violentas, porque no cesaba de decirle que no tocara el tejo. Cuando me hubo propinado tantos puntapiés que no me quedaba aire en los pulmones, cortó la rama que quería. Pero apenas la separó del árbol, la rama empezó a gotear sangre, y el soldado cayó muerto en ese mismo lugar».

Esta leyenda temible, que corrió de boca en boca por toda la región, al final consiguió revestir visos de verdad. Una vez más, el destino parecía conspirar para mantenerme con vida. Mientras el hombre me dejase en paz, podría vivir para siempre, aunque echase tanto de menos mis mejores tiempos, cuando todo era más verde, y lleno de promesas, esperanzas y tesoros.

## 12

Puede que te hayas dado cuenta de que, cuando hablo de la humanidad y de su historia, que cada vez tenía más puntos de contacto con la mía, trato al hombre de un modo bastante impersonal, en ocasiones incluso de forma ofensiva. Como mucho, puede ser un bufón cuyos actos de payaso son una fuente de entretenimiento. En sus peores momentos, es la bestia diabólica que rapiña, mata, aniquila. Sin embargo, si redacto estas memorias es expresamente para vosotros, mis amables oyentes.

Ahora bien, ¿no es esto una notable contradicción? Sí lo es. No obstante, no se me puede acusar de incoherencia, e incluso menos de hipocresía. Más bien es la especie humana la que ha demostrado ser incoherente. Pero yo no pretendía expresar en estos términos el tema de nuestros malentendidos milenarios, para no angustiar a los más sensibles entre vosotros; confío en que serán algunas mujeres.

El hombre es un recién llegado que los árboles hemos dejado de considerar un animal extraño más. Hubo un tiempo en que apenas lograba enfrentarse a su medio ambiente; luego, lo dominó; al final, adquirió el poder suficiente como para devastarlo y, ciertamente, lo hizo. Puede que fuese inadvertidamente, pero es probable que no con una gran dosis de inocencia.

La religión que el hombre santo trajo a mi Isla fomentó en gran medida la naturaleza depredadora del hombre. A diferencia de la religión a la que se impuso, esta entronizaba al hombre como Señor del mundo, animándole a no prestar atención a las demás criaturas vivas. Estas estaban en el mundo para servir a su señor humano. Ninguna enseñanza podía ser más falsa y antinatural. Aquellos que propagaban tales ideas estaban sumidos en una sorprendente ignorancia y falta de visión. Si estuviera en mi ánimo perdonarle, diría que el hombre se ha visto cegado por unas santas escrituras que conmocionaron al

mundo, que no respetaban a la naturaleza y apartaban a todos los seres vivos de este planeta de los lugares que les correspondían por derecho. Sin embargo, en conformidad con la chocante ambivalencia de la Madre Naturaleza, ha habido, y todavía hay, muchos humanos de buen corazón, y son a ellos a los que deseo tributar mi homenaje.

Quizá entre esos recién mencionados humanos inocentes haya algunos que no sean conscientes del terrible modo en que nos trataron sus antepasados. Yo misma, debido a la situación periférica de mi bosque, aprendí en un estadio relativamente tardío de mi existencia qué había pasado exactamente con mis árboles amigos y con los miembros de mi especie.

Esta es la historia dentro de la historia de cómo mi Isla, que había sido tierra de bosques desde la retirada de la última glaciación, es decir, desde hacía casi diez mil años, se convirtió en una inmensa pradera en cuestión de dos siglos.

En un momento en que la religión y la colonización hacían historia, la isla que había subyugado a la mía favoreció una tendencia herética de la religión responsable de alterar la faz de la tierra. Entonces hubo nuevos pretextos para ir a la guerra: imponer una de las dos versiones religiosas; colonizar tierras lejanas; conseguir y mantener la superioridad. Sea cual fuere el pretexto, era necesario talar bosques para pertrechar a los ejércitos de esas naciones. A los tejos nos talaron por millones, debido a la dureza y durabilidad de nuestra madera. Irónicamente, esas eran precisamente las mismas cualidades que originariamente iban destinadas a garantizar nuestras posibilidades de supervivencia. El arco de tejo fue la bomba atómica de la Edad Media. Cuando, para nuestro gran alivio, las armas de fuego entraron arrolladoras en la escena, todos nos regocijamos. Al enterarnos de la llegada de la pólvora, un hijo mío (que según la forma de hablar de los humanos podría caracterizarse como fogoso) exclamó: «Son las mejores noticias que he oído jamás. Ahora esas bestias inferiores seguirán matándose entre ellas, pero nos dejarán en paz».

Era una perspectiva prometedora, pero muy pronto se convirtió en un escenario infernal. Las guerras humanas exigían un ejército e, incluso más, una flota. Fue una época de una rivalidad marítima sin precedentes, la era de los grandes navíos de madera. El suministro de madera se vinculó ineludiblemente con el poder marítimo y general.

«Suministro de madera» es una expresión que suena técnica, y resulta muy pertinente. Pero no connota la devastación sistemática e indiscriminada de los bosques de mi Isla. Su madera no se usaba en nuestro país, sino que era exportada a la isla colonizadora situada al oriente. Así, mi Isla se convirtió en una exportadora de madera y, al final, en un páramo carente de árboles.

Les vi marcharse uno a uno o, mejor dicho, les oí partir. Escuché sus gritos de agonía mientras los cortaban y despedazaban: avellanos, robles, fresnos, olmos... Todo país que aspirase a ser un poder mundial tenía que ser una nación mercantil y disponer de poderío marítimo. Un barco de guerra normal necesitaba la madera de unos dos mil árboles bien crecidos. Los navíos, cada vez más grandes, iban consumiendo más y más cantidad de madera. Algunos exigían talar tres mil árboles adultos; los de primera magnitud, hasta cuatro mil. En lo tocante a la extensión del daño, hacía falta deforestar cincuenta acres de bosque para construir un bajel de guerra normal, y más del doble para uno de primera clase. Además estaban los buques de carga, los barcos de pasajeros, de pesca, etcétera.

Los bosques de mi Isla parecían inagotables hasta que, al fin, se agotaron.

A esas alturas, yo me estaba muriendo de pura angustia vital. ¿De qué servía crecer de nuevo y ganar batallas contra el tiempo y los obstáculos de una dilatada existencia cuando los extranjeros que visitaban mi Isla comentaban invariablemente: «La característica más sorprendente de este paisaje es su ausencia de árboles; parece que los hayan relegado a parques privados»?

Y en ese entorno domesticado, los árboles tampoco disfrutaban de un gran consuelo.

A nosotros los tejos, después de haber sido venerados por la religión de los pueblos antiguos, y ser al menos considerados como un símbolo por la nueva religión, ahora nos recortaban, podaban y nos daban formas geométricas o grotescas. Esto era lo que mandaba el arte de recortar los arbustos, la última moda en jardinería. Aquellos jardines eran análogos a los zoológicos para animales, y al mismo tiempo peores porque, por muy confinado que esté un animal, el hombre no altera su forma natural. En nuestro caso, el hombre no solo nos plantaba aquí y allá, en sus jardines «formales», sino que también nos mutilaba para darnos un aspecto «elegante»; o para retratar, por medio de una poda cuidadosa de nuestras ramas, alguna forma que no era la nuestra propia,

como la de un conejo, un obelisco, una esfera, y muchas otras. Por no mencionar que muchos de nosotros fuimos alineados en setos como si estuviéramos en un desfile militar.

«Hemos cerrado el círculo», solía meditar yo, con amargura. «El hombre solía ser nuestro payaso indefenso. Ahora la situación se ha invertido por completo».

Pero, tal y como deben saber los más sabios de entre vosotros, una historia siempre tiene más de una versión. En mitad de esta deforestación o, dejando a un lado los eufemismos, este holocausto, uno podía detectar algunas señales esperanzadoras, siempre que tuviera una vista aguda y supiera manejar una lupa.

No como una decisión deliberada tomada para detener nuestra explotación, sino más bien como una transición natural hacia los barcos de acero, la era de los navíos de madera llegó a su ocaso. Además, la fundación en mi Isla de una sociedad cuyo objetivo era fomentar la silvicultura y, en especial la reforestación, parecía ofrecer un pronóstico optimista. Entre 1766 y 1806 se plantaron 25 millones de árboles gracias a esta sociedad, y se concedieron medallas de oro a las personas que plantaban un número considerable de árboles. La mayoría de estos humanos tan previsores había entendido que la conservación era el camino hacia el futuro, y que este nunca llegaría si carecían de nosotros, los árboles. Por consiguiente, su objetivo encajó con los nuestros solo accidentalmente, pero resultó ser el mismo: la voluntad de sobrevivir.

Este era el mismo tipo de hombre que, en 1786, había matado de un tiro al último lobo de mi Isla. Los tiempos no estaban lo bastante desarrollados como para preocuparse por la conservación ecológica. Sin embargo, los árboles no eran solamente útiles, sino directamente indispensables; debido a esto, debían plantarse cuantos más mejor. Por otra parte, a los lobos se les consideraba animales dañinos, y por tanto los exterminaron.

Debido a su belleza, que milagrosamente el hombre aún no había estropeado, la zona en la que llevaba viviendo 1.800 años se había convertido en destino de viajeros aventureros, los precursores de los turistas modernos. Llegaban de dentro y de fuera de mi Isla, y traían consigo su apreciación e interés por el folklore local.

Una hermosa mañana, por fin el sol salió de su encierro tras un mes de lluvias casi interrumpidas, y un elegante caballero se dirigió hacia la abadía en ruinas, cubierta de hiedra. No era un episodio tan extraño como hubiera resultado treinta primaveras antes, pero sí lo bastante infrecuente como para llamarme la atención.

Este caballero, un extranjero, iba acompañado de una niña de mejillas rosadas. Inmediatamente sentí el imbatible candor de la pequeña y su cálido corazón, que destilaban los poros de su piel, y escuché atentamente las palabras que intercambiaron en su idioma musical.

—Por favor, dime, Claire —dijo el padre—, ¿crees que los árboles hablan? ¿Pueden recordar? ¿Y pensar?

—Por la noche hablan unos con otros —repuso la pequeña, mientras en su rostro brillaba una sonrisa—, y también durante el día.

—Muy bien, entonces, ¿por qué no los oímos?

—Yo los oigo susurrar muy bajito...

—¿No podría tratarse del viento?

—Sí —dijo ella, echándose a reír.

—Entonces no hablan.

—No, no, no. Los árboles les dicen a las hojas que le digan al viento que sople.

—Entonces, ¿solo hablan cuando sopla el viento?

—Eso es.

—¿Y cuando no hay viento?

—Entonces duermen.

—¿Y qué pasa si nunca llega el viento, mi pequeño rayo de sol?

—Pues duermen durante cien años hasta que sopla.

—¿Y por qué no hablan en nuestro idioma?

—¡Querido papá! ¡Hablan en el suyo!

—Y nosotros, ¿qué necesitamos para entenderlos? ¿Magia?

—Yo no la necesito, solo tú.

—Ya veo. Entonces, tú sí que entiendes su idioma, ¿no?

—¡Por supuesto! Todo lo que dicen.

—¿Y qué es lo que te está diciendo este magnífico tejo?

La pequeña de trenzas doradas alzó los ojos hacia mí. Entonces sonrió y



dijo:

—Me está diciendo que le gusto.

—¿De veras?

¿Cómo podría aquel padre imaginar siquiera remotamente la verdad que contenían las palabras de su hija?

Mientras paseaba su mirada por mi fornido tronco, Claire añadió:

—También me está diciendo otra cosa. ¿Te gustaría saber qué es?

—¡Por supuesto! —contestó su padre, medio en broma medio en serio.

—Pues me dice que se siente sola y que le gustaría tener más compañía.

¡Bendito y pequeño heraldo de la verdad! Cuando vuelvo la vista atrás aún puedo verla, hermosa, pequeña, pura, pronunciando semejantes palabras de sabiduría. En ella detecto el alba de una sensación de esperanza, esperanza en la raza humana como una raza verde, una raza amable.

Desde aquel momento mis esperanzas se han visto defraudadas más de una vez. Pero al menos tenía pruebas de que un corazón humano podía albergar sentimientos de amor, sobre todo cuando latía pacíficamente en el pecho de una mujer. Está claro que millones de años de procreación, cría y protección de sus pequeños no podían olvidarse. Del mismo modo que el millón de años que los hombres llevan cazando, luchando, matando y depredando el planeta tiene consecuencias para ellos.

Yo llevaba siglos engendrando hijos, y sabía que no hay un don más elevado que pueda hallarse en este mundo, sobre todo cuando la procreación no es algo automático, como en el caso de los hongos o los helechos, sino fruto de la voluntad, el anhelo, el amor.

El ferrocarril llegó a las fronteras de mi bosque. Por primera vez, en lugar de traer a madereros medio locos, trajo a románticos amantes de la naturaleza. Se construyeron hoteles, y con ellos una ciudad, que brotó deprisa como un abedul. Los castillos se convirtieron en posadas para los visitantes adinerados, o se construyeron cerca de ellos hoteles equipados con las instalaciones más modernas. Entonces empecé a sospechar que el hombre ya no volvería a talarnos. Lo tuve muy claro cuando una tal Reina Victoria, que aparentemente en aquella época era la mujer más poderosa de la tierra, visitó mi zona y, entre otras cosas, supervisó la plantación conmemorativa de algunos robles. Podría haber elegido tejos en vez de robles, pero en cualquier

caso una plantación siempre era mejor que una tala.

Para variar, las gentes que vivían en mi rincón del mundo tenían algo que vender: paisaje, y yo formaba parte de él. No es que me importase, porque había visto peores épocas y no tenía nada en contra de los habitantes locales, por quienes solo sentía compasión. Como todos los demás isleños, unos treinta años antes, habían padecido una hambruna devastadora que se debía, en parte, a la ya mencionada reina cuya despreocupada política (o más bien la política de su consejo de ministros) para superar la crisis había demostrado ser totalmente inadecuada. ¡Y pensar que semejante tragedia se podía haber paliado en gran medida, o incluso haberse evitado, si hubiera existido una participación gubernamental responsable!

Había oído hablar de hombres, mujeres y niños que morían por millares debido a sus luchas por sobrevivir, el frío, las privaciones. Al menos, los habitantes locales podían vender su paisaje y, gracias a los ingresos que este generaba, lograban salir adelante.

A principios de este siglo, los terratenientes que se habían adueñado de mis terrenos, heredados por vía natural, los donaron al estado, que más tarde los unió con unos terrenos adyacentes para formar un parque nacional. Esto marcó la institucionalización de un cambio de actitud en el hombre: el nacimiento de los parques nacionales, las reservas ecológicas, los santuarios naturales repartidos por todo el planeta. En ellos se echaron los cimientos de una nueva actitud. Quizá inevitablemente, seguía siendo antropocéntrica, porque los parques se crearon para disfrute de los visitantes humanos. Pero fueron los primeros atisbos, tangibles y muy esperados, de que la humanidad estaba recuperando el buen sentido.

## 13

Mientras contemplo el lago, con sus muchas ensenadas y pequeñas islas, y los terrenos donde muchos árboles foráneos se insertaron en la naturaleza protegida a mi alrededor, veo toda la zona rebosante de turistas. Proceden de tierras lejanas, y pretenden capturar todo lo que ven en cintas de vídeo y vete a saber qué más. A veces hay tantos turistas como herrerillos.

No es que me incomode esta categoría de humanos. Gracias a los turistas y a las cosas pensadas para su disfrute soy ahora un monumento nacional; los amantes de los árboles y los botánicos por igual vienen a verme y a recorrer mi bosque con intenciones serias; tengo una cerca protectora que impide a los amantes tallar sus iniciales en mi corteza con sus navajas de bolsillo. Ninguno de ellos llega siquiera a imaginar mi edad, que es cuatro veces la que calculan los dendrocronólogos y los historiadores. Ninguno de ellos puede imaginar todo lo que he visto, soportado y hecho durante mi larga vida, por no mencionar mi estupenda memoria. Sin embargo, son una compañía bulliciosa que agradezco.

Hace tan solo un par de siglos, el bosque puro de tejos que formaron mis descendientes en el curso de dos milenios hubiera suscitado visiones desagradables y tenebrosas, de brujas malvadas y lobos de negro corazón. Hoy día, aunque algunos sostienen que es un lugar «extraño», oigo alabanzas sobre su originalidad, sus densas sombras, su alfombra ininterrumpida de musgo.

Los rododendros, importados y enclenques, ya se han desarraigado y quemado, y ya no constituyen una amenaza. Los ciervos Sika también están controlados.

Estos elegantes animales, importados hace más de un siglo de una isla lejana situada en el otro confín del mundo, parecían totalmente inofensivos,

casi como una réplica a escala reducida de los majestuosos ciervos habitantes de la Isla. Pero pronto manifestaron una terrible preferencia alimentaria: les encantaba masticar la corteza de los tejos, esa misma corteza tóxica que es letal para la mayor parte de los animales. Hace miles de años, el hombre había aprendido a descortezarnos, quitándonos nuestra corteza para que muriésemos. Sin embargo, recientemente, ha dejado de practicar esta técnica, o al menos han abandonado la práctica los representantes más iluminados de la raza humana. Resultaba irónico que un cuadrúpedo importado pudiera reemplazar la actividad del hombre.

Las zonas especialmente vulnerables, donde los retoños intentan convertirse en arbolitos y, al final, en árboles adultos, se han protegido con cercas, para evitar que lleguen hasta ellos los devoradores de corteza. Otros especímenes de mayor tamaño han sido cercados con vallas individuales; por ejemplo, dos hijas y un hijo mío muy guapo, tanto que, aunque nunca le he visto, me recuerda a su padre, o al menos al aspecto que siempre imaginé que debía tener.

Dentro de la comunidad botánica hay cierta preocupación, porque aparentemente la colectividad de tejos ha llegado a un punto muerto, y en ninguna parte se ven vástagos de tejo. En consecuencia, se piensa que el bosque de tejos está condenado a la extinción porque ya no se reproduce.

Pero los verdaderos bosques de tejos, es decir, aquellos compuestos solo por miembros de esta especie, son anomalías. Tú ya sabes cómo se formó mi bosque. Quizá no tendría que haber exterminado a todos los robles de mi bosque, quizá debería haber dejado que algunos siguieran creciendo a nuestro lado. Lamento haberme pasado de dura, no solo porque eliminé de mis bosques un árbol que tanto contribuye a la salud forestal, sino también porque así transmití inadvertidamente a mis descendientes un mensaje equivocado. Al eliminar los árboles que mediaban entre ellos y yo, y tomar ejemplo de mi conducta, han expulsado a todos los demás árboles a la periferia del bosque.

Si no se reproducen es porque echan de menos la compañía de otras especies que, a su vez, respaldan una mayor variedad de flora y fauna, especialmente aves y pequeños mamíferos. Sea como fuere, no hay que perder los nervios. No te puedes hacer una idea de cuánto tiempo puede vivir un tejo, al menos cuando los leñadores se mantienen a cierta distancia de él. Al final, una de cada mil semillas conseguirá desarrollarse y convertirse en un nuevo

brote; luego, en un arbolito y por fin, en un adulto. Eso es todo lo que necesitamos, siempre que la sierra mecánica críe óxido en alguna caseta de herramientas olvidada.

En cuanto a la voluntad de vivir, no solo se la he inculcado a mis descendientes, sino que siempre la he definido como «la alegría de estar vivo».

Pero ¿qué le importan estas cosas al bien intencionado turista que, apoyándose en la verja metálica que rodea mi tronco, me contempla desde abajo, allá en el viejo claustro, centrando el objetivo de su cámara fotográfica en mi fronda de hojas? Cuando la turista es una mujer, por lo general las cosas son mejores. Una placa que pende del muro del norte del claustro, aunque solo relata una mínima parte de mi historia, las informa de que yo también soy una hembra. Entonces se establece de inmediato una conexión especial entre nosotras.

En ocasiones me permito realizar hipótesis medio en serio medio en broma. Supongamos que el universo ha llegado a existir por medio de la acción de algún agente creativo. Entonces, si juzgamos a partir del aspecto que parece tener la vida, semejante agente debió haber creado durante un inoportuno momento de falta de lucidez, o de flagrante demencia. No hay duda de que un gato o una rana hubieran ideado un mundo más claro, que no estuviera plagado de tantos absurdos. Pero dejemos el tema. Soy consciente de que esto puede empezar a sonar como un parloteo senil, así que sigamos adelante.

Damas y caballeros ornitólogos; señoras y señores amantes de los árboles: gracias. Gracias por venir, gracias por contemplarme a mí y a los pájaros que canturrean entre las ramas; gracias por haberme devuelto cierta medida de autoestima. ¡Qué cosa más absurda es analizar la vida! Sería mejor vivirla sin plantearse nada. Después de todo, en la vida uno desea encontrar el hoy y no le importa perder el mañana. Yo sobre todo. Pero supongo que a mí me preocupa encontrar el mañana y no me importa más el hoy. *Y esto hace que me sienta furiosa.*

Siempre fui la primera en despertar tras el invierno; siempre la última en

irme a dormir, de mala gana, bien entrado el otoño. ¿Lo recuerdas? De hecho, durante casi dos mil años fui el árbol que menos dormía de toda la Isla. Siempre que me lo permitía la temperatura, me despertaba, aunque fuese unas pocas horas, y dejaba a un lado el sueño todo el tiempo que me fuera posible. ¿Me puedes culpar por ello? Sigo bebiendo de la más pura de las bellezas: los montes, las colinas, los brezales; las aguas encrespadas del lago; las hojas que cambian de color (desde aquí puedo ver los robles al otro lado del lago); las ardillas rojas que trepan, saltan y se dejan caer, empujadas por las ráfagas de viento; las bandadas canoras de pájaros; son demasiadas especies (algunas de las cuales vienen de visita desde lejanos países) como para mencionarlas a todas, las que desprenden mis bayas, que yo les entrego muy a gusto. ¡Ojalá se las coman y las lleven hasta tierras lejanas y cercanas!

Este es el espectáculo que contemplaba cuando solo era un retoño. Este mismo espectáculo, poniendo o quitando un monasterio aquí, un castillo allá, mi abadía, toda en ruinas y a la que ya le tengo mucho cariño, son las cosas que veo hoy, casi dos mil años después. Me gustaban entonces y todavía me gustan. Nunca me he dejado de enamorar de ellas. Además, ahora el paisaje está adornado con muchos descendientes míos, en los cuales mi amor se hace eco y a través de quienes se amplifica. A veces me pregunto si podría pasarme la eternidad contemplando este paisaje. Vale la pena hacerlo, y ya no tengo que temer al hombre. Ahora el mayor patógeno de los árboles es mi mejor protector. Sí, es cierto, estoy protegida, y no solo por la verja de hierro en torno a mi tronco. El conservador del parque nacional se deja caer por aquí frecuentemente.

Es un hombre bien parecido, el marido de una mujer simpática, y padre de cinco hijos a los que algunas veces trae a verme. Comprueba periódicamente mi estado de salud y emite un informe anual a la Oficina de Obras Públicas. No me sorprendería que también creyese en la leyenda sobre el peligro mortal que supone tocarme.

En cierta ocasión había que cortar unas ramas secas de mi tronco. Hizo venir a un especialista de otro país y, antes de que este empezase la poda, me susurró algo que solamente yo pude oír.

—Vamos a hacer esto por tu bien. Es una poda de poca importancia, y no cortaremos ni una sola de tus ramas vivas.

Aunque lo descubrió hace algunos años, nunca ha manifestado ninguna

intención de tocarlo. Estoy hablando de un avellano bonsái natural, que crece en una de mis ramas. Una ardilla se olvidó una nuez en un lugar en que había cierto mantillo de hojas secas, la nuez germinó, y ahora soy anfitriona de un pequeño arbusto. No me perjudica en absoluto, y no hay muchas probabilidades de que crezca mucho, dada la escasez de tierra. Pero el conservador no piensa arrancármelo. ¿Será un hombre crédulo? Quizá, aunque también sé que no es de los que se creen cualquier cosa.

¿Que cómo lo sé? Hace unos pocos meses, un eminente científico del Nuevo Mundo se detuvo aquí en su camino hacia el continente, y le pidió al conservador que le acompañase a hacer un recorrido por el parque, para ver sobre todo aquel tejo «legendario» del que tanto le habían hablado.

Cuando los dos hombres llegaron al claustro de la abadía, el científico estaba concentrado en el contenido de un ensayo reciente que tenía que esbozar para dar una conferencia en una prestigiosa universidad. Iba hablando del tema con el conservador, y esto fue lo que les oí decir:

—Como usted sabe —dijo el erudito, deteniéndose en el claustro en sombras y apoyándose en la baranda de metal en torno a mi tronco—, se cree que en Marte no hay vida. Pero sería factible convertirlo en un planeta adecuado para la vida vegetal y, discutiblemente, también para los seres humanos.

—¿De verdad?

—Sí. Verá, cada vez es más evidente que los humanos podemos alterar el medio ambiente a escala planetaria —(¡Que me lo digan a mí!)—. Podemos manipular con tanto éxito nuestro entorno terráqueo que no es inconcebible pensar que el hombre puede convertir Marte en otra Tierra, que pueda «terraformarlo» por así decirlo, utilizando los recursos existentes ya en Marte.

«Terraformarlo», pensó el conservador. «¡Vaya, ésa sí que ha sido buena!»

Haciendo una cita directa del ensayo que, seguramente, había memorizado, el científico prosiguió diciendo:

—Podríamos alterar los parámetros medioambientales del planeta, como la distribución de los elementos volátiles; la temperatura de la superficie y la presión atmosférica; la composición y opacidad de la atmósfera; el albedo del planeta y, por último, la humedad y el índice de precipitaciones. Ahora bien, la cantidad de luz solar que recibe Marte es mucho más de la necesaria para la fotosíntesis, de modo que la luz no sería un factor limitador. Como usted sabe,

las plantas requieren cierta cantidad de oxígeno para su respiración aeróbica y mitocondrial, aunque parece ser que las plantas prefieren un nivel de oxígeno inferior a los valores actuales. Todos los organismos necesitan nitrógeno, y los trabajos recientes indican que las bacterias pueden fijar el nitrógeno a unas presiones de...

Y así siguió y siguió, citando fórmulas de «equilibrio térmico» y hablando de conceptos extravagantes, como la «desorción del regolito marciano CO<sub>2</sub> sobre el calor», etcétera.

El conservador y yo dejamos de hacerle caso al mismo tiempo. Luego fueron las almas de las personas enterradas en el cementerio al lado de la abadía, entre ellas tres poetas que se hubieran removido en sus tumbas de no haberse puesto a llover como llueve por aquí: torrencialmente. Los dos hombres se alejaron de la abadía, no precisamente en términos amistosos, porque cuando el científico le preguntó al director su opinión sobre este ambicioso proyecto, este replicó:

—Hace unos años vi una película de serie B sobre el mismo tema.

¡Bien por ti, mi amable cuidador! ¡Bien hecho! «Terraformar» Marte, ¡menuda historia! Al principio me gustaba la idea de que los humanos de la era espacial emigrasen en masa a un planeta distante. La verdad es que, a pesar de su cambio de actitud, yo seguía teniéndoles miedo, y aquí estaba la posibilidad de verlos desaparecer de una vez por todas, y tener la Tierra solo para nosotros. ¡Qué maravilla! Pero entonces me vino a la mente una adusta realidad. Se suponía que las plantas tendrían que ir a otro planeta las primeras, para que a su tiempo este fuera habitable para los humanos. ¡Qué terrible *déjà vu*! ¡Otra vez no, por favor! ¿Es que no podíamos limitarnos a ir cada uno por nuestro lado? Supongo que no. Las plantas sobrevivimos sin los humanos. Sois vosotros los que no podéis vivir sin nosotras.

Sin embargo, el malentendido subyacente en todo este tema es más profundo. Mis queridos y buenos amigos, os pregunto: ¿qué hay tan bueno en esta Tierra, y en la vida que conocemos en ella, para inspirarnos a exportarla a otro planeta distante? ¿Deberíamos exportar también la lucha inherente a la vida? ¿Su dureza? ¿Su ambivalencia? O quizá, ¿debería ser un lugar mejor? ¿Un mundo en el que pudiéramos librarnos de todas las redundancias con las



que tú, Madre Naturaleza, nos has lastrado? ¿Un planeta en el que no tuviera que producir miles de miles de bayas para ver cómo solo unas cuantas plántulas, y eso con suerte, brotaban a partir de ellas? Quizá entonces el hombre no necesitaría millones de espermatozoides para fertilizar un solo óvulo de la mujer.

¿Por qué no concebir un mundo en el que todas las semillas se convierten en árboles, en la que para cada espermatozoide hay un óvulo disponible? Entonces, todas las especies se multiplicarían y medrarían en armonía, sin cadenas, sin desafíos. ¿Un lugar sobrenatural? Sí. ¿Un lugar antinatural? ¡No! ¿Por qué iba a serlo? ¿Se te ha ocurrido alguna vez, Madre Naturaleza, que la competición y la selección «natural» bien pudieran ser antinaturales? ¡Caray! ¡Tiene que haber un lugar mejor, en alguna parte! Uno en el que no exista la ambivalencia, donde la Madre Naturaleza local sea siempre amable, nunca inmisericorde. Perdóname, si te es posible. Puede que me consideres desagradecida, incluso blasfema. ¿Por qué yo, de alta cuna y privilegiada por mi nacimiento y gracias a la fortuna, debo quejarme de las injusticias de la vida? Precisamente por eso: ¿te puedes siquiera imaginar cuántas veces me he preguntado a mí misma, desde la altura de mi existencia orgullosa y venerable, cuál es el motivo de toda esta lucha, de este combate tan doloroso? Puede que me respondas, irónicamente: «Ve a decirle a un lobo que se convierta en cordero y se alimente de hierba». Y eso a la hierba tampoco le haría mucha gracia...

La verdad es que no sé qué pensar, no encuentro una forma de resolver el enigma. No es mi deber, e incluso mucho menos el de la especie humana, tan desarreglada; ¡ojalá nos veamos libres de semejantes proyectos descabellados! Pero las estrellas que rutilan en los cielos parecen adornar nuestras noches sin combatir, en paz consigo mismas, entre ellas y con nosotros. No, no esperes que vuelva a llamarte Madre Naturaleza, porque la competencia, la rivalidad, el combate, no se pueden disfrazar de cosas «naturales». Si esto es lo único que has sabido conseguir en millones y millones de años, entonces es que eres una madre mediocre. ¡Tú, tú, la incapacitada para tu papel, tú la no terrenal, tú la implacable, la antinatural! Madre Naturaleza, no me mires con resentimiento si te hablo con tanta franqueza, o mírame como quieras, me da lo mismo. Soy una anciana, y mi avanzada edad me permite tomarme ciertas libertades. Teniendo en cuenta

todas las cosas, he disfrutado de una buena vida. Gracias por ello. Pero la mayoría de los seres vivos no pueden afirmar que han tenido una vida siquiera decente, y mucho menos maravillosa. Así que acaba conmigo, si te apetece. Haz que me alcance un rayo, desata un terremoto, derrite los hielos polares y ahógame...

O si no intenta, al menos por un momento, imaginar un lugar más habitable, donde todo grano de polen fertilice a una flor, donde todo lo que pueda nacer nazca; sin competidores, sin competencia, sin límites para la Vida. La pregunta no es: «¿Por qué nacimos?», sino: «¿Por qué hemos de morir?».

Pero, entonces, ¿puedes crear un lugar así? ¿En alguna gran estrella allá a lo lejos, un lugar donde no haya luchas y sí abundancia sin límites? ¿Quién sabe? Quizá, si todos pensáramos constantemente en ello, la resonancia amplificadora de nuestro pensamiento podría lograr que existiese semejante lugar. Quizá ya existe.

Vosotros, humanos, vosotros, que en diez mil años habéis domesticado la Tierra, no oséis pensar que está gobernada por leyes eternas. Son solamente hábitos, y la inercia causada por la fuerza de la costumbre. Las cosas llegan a existir, como lo hemos hecho todos.

Contemplad mi corazón invisible, escuchad a mi corazón silencioso, mientras me aproximo a mi último aliento. Ciertamente, soy muy distinta a un animal de sangre caliente. Pero en este supremo momento esto carece de importancia; me da igual, porque todo lo que os he contado provenía del corazón, precisamente de ese corazón que no tengo.

Por primera vez desde mis primeros e inmaduros años, vuelvo a sentir amor por todo y por todos. Este mundo es un campo de batalla donde no tiene lugar el amor incondicional por todas las cosas y todos los seres vivos. Por consiguiente, es el momento de que abra una vía de liberación.

Os confío a todos mi testimonio. Espero que en algo de lo que he dicho encontréis un poco de solaz, de inspiración, de verdad. Hace cientos de años, el Hombre Verde también abandonó la Tierra. Pero sé que este mensaje sigue vivo. Y existe la esperanza de que plantas y hombres compartan un día una conciencia.

Ahora que os dirijo un cálido adiós, mis amables y queridos oyentes humanos, y plantas, y animales, tantos como especies hay, aunque saciada por una vida generosa, quiero permitirme una especie de regalo después de la cena: la última puesta de sol sobre el lago, las últimas horas de una noche llena de promesas.

Estas memorias, a las cuales he dado voz, se convertirán en un libro. El papel se hace con madera, las páginas son hojas. Ahora solo quedan cinco hasta el final. Cuando hayas vuelto sin apuro la última hoja, habrá amanecido de nuevo, y yo me habré marchado hacia los cielos, allá en lo alto, y más allá.

## COMPENDIO DEL AUTOR

En relación con *Memorias de un árbol*, el ya desaparecido Aidan Brady, director de los National Botanical Gardens de Glasnevin, Dublín, escribió, inter alía: «Solo el optimista más convencido se hubiera atrevido a escribir una novela con este título». Por otra parte, ¿cuán dura o ignorante debería ser una persona para no sentir nada, para no conmoverse, ante la presencia del patriarca de un antiguo árbol? Un árbol antiguo, un «monumento viviente». La palabra «monumento» se deriva del latín *monere*, que significa tanto recordar como advertir. Me di cuenta de que dar voz al que no la tiene supone tanto recordar como...advertir. ¿A quién? A nosotros, terráqueos visiblemente cortos de vista. De aquí el título, *Memorias de un árbol*, en el que el juego de palabras está buscado a propósito.<sup>1</sup> La historia que se cuenta es la de todos vosotros, todos nosotros, todo: una historia que llega hasta nosotros desde un árbol extraordinario desde el punto de vista botánico, revestido de historia, leyenda e importancia religiosa. Solía tener la sensación de que tendría que pasar de los ochenta años antes de abordar semejante tema, y luego hablar sobre él en un espacio de, al menos, dos mil páginas. Pero entonces hubo dos reflexiones que me hicieron cambiar de opinión. ¿Tenía alguna garantía de llegar a los ochenta años? Y, en circunstancias normales, ¿cuánto brío, dinamismo y ambición le quedan a un octogenario?

El punto de partida filosófico, o piedra de tropiezo, fue ese chocante aforismo con el que un joven e idisioncrásico Wittgenstein optó por concluir su *Tractatus Lógico-Philosophicus*: «Debemos guardar silencio sobre las cosas acerca de las cuales no podemos hablar».

Ciertamente, esto me planteaba un dilema, y durante un tiempo me desesperé, porque temía no ser capaz de asir lo que bien pudiera ser inasible. A pesar de todo, me dediqué a una intensa y exhaustiva investigación; contacté

con botánicos y naturalistas de fama mundial; inicié una correspondencia con ellos, y los conocí en persona, sobre todo a Alan Mitchell, la máxima autoridad sobre árboles de las Islas Británicas (que luego me guiaría por todos los aspectos botánicos del libro); además viajé repetidas veces a Inglaterra, Escocia e incluso Irlanda, aunque el número y la talla de los tejos en este último país no podía apenas rivalizar con los de los otros dos. Mientras estaba en tierras inglesas y escocesas, la visión y contacto con algún tejo venerable me conmovió. Pero no era suficiente. De esto me di perfecta cuenta mientras estaba en Irlanda. La historia del tejo es la historia del Árbol Universal,<sup>2</sup> de todos los árboles, y también de nosotros, mamíferos antropoides. ¿Dónde si no en Irlanda podríamos hallar esa sensación tangible del duelo de toda una Isla que fue bosque y es pradera?<sup>3</sup> Las antiguas interrelaciones fúngicas subterráneas habían perdido su función originaria, pero sentí que aún estaban activas, emitiendo, aunque sin voz audible para aquellos que quisieran escuchar, la tragedia de todos los árboles. Vestigios de talas, árboles descortezados y quemados masivos a gran escala...

De vuelta de Irlanda fui consciente de que ya era hora de emplear mi voz humana y hablar con ella por medio de las palabras del tejo.

¿Cómo podría estructurar las memorias? De una forma diametralmente opuesta a la que originariamente pensaba utilizar. Primero, porque distaba mucho de ser un octogenario. Segundo, porque no iba a ser un maratón agotador, sino una concisa y, sobre todo, rapsódica autobiografía/ecofábula. Cada capítulo sería la rapsodia de una parábola, con un mensaje desarrollado con arte. Cada personaje sería un arquetipo, encarnación de una idea de importancia universal. Los capítulos serían más explícitos a medida que el tejo hembra fuera envejeciendo, pero me di perfecta cuenta de que, siguiendo la pauta de Wittgenstein, así como un buen sentido literario, es mejor dejar que los lectores pidan más páginas, en lugar de ahogarlos en parloteos sin sentido.

Lo que viene a continuación es un documento sobre la génesis de este libro, y una guía página a página de sus influencias e implicaciones.

## **PREFACIO**

De todos los términos que podría usar para definir una información colocada antes del primer capítulo para beneficio del lector (prefacio, premisa, preludio, preámbulo, prólogo, introducción, etc.) elegí la de «prefacio», la más directa. Esta habla sobre el tono del propio prefacio. Pone al lector en contacto inmediato con el tema de la historia: la autobiografía de un árbol milenario. Luego pido a los lectores, como *dirá* el árbol, no *escribirá* (es decir, como lo haría un narrador genuino al amor de la lumbre) que dejen a un lado «sus creencias sobre la superioridad de la raza humana». Dicho en pocas palabras: dejad que el tejo os tome de la mano y os cuente cosas que vale la pena escuchar. Para salvar el abismo entre los humanos y los árboles, el tejo ha empleado nuestro idioma.<sup>4</sup>

## 1

«La primera nota es sin duda la más peliaguda».<sup>5</sup> Esta es la «afirmación» más evidente, dado que interrumpe de forma inequívoca el silencio anterior; sin embargo, aunque debe decir suficiente como para captar la atención del lector, no debe sobrepasarse. Se me ocurrió que podría empezar desde el final, es decir, con la edad. Empecé pues con un «hace veinticuatro mil setecientas cuarenta lunas», es decir, *grosso modo*, dos mil años. ¿Demasiado para un principio? En realidad, no; el tejo narrador de inmediato pasa a centrarse en sus primeros recuerdos.

Debo confesar que no fui ajeno a la magnífica evocación de la infancia con la que empieza David Copperfield. Aquí también procuré plasmar en las primeras páginas, u hojas, una sensación de maravilla, de deleite, las mismas sensaciones que nos invaden durante una juventud feliz. Hay atisbos de Thoreau y de Whitman. Vida en los bosques y Hojas de hierba son, por supuesto, obras inspiradoras, debido por igual a su sensibilidad humana y a su originalidad estilística. Todo aquello que no encaja bien en una moda o estilo contemporáneos suele pervivir cuando todas las demás tendencias hace mucho que desaparecieron.

## 2

En los primeros capítulos todo parece ir bien, ocupando el lugar adecuado y en el momento preciso. Sin embargo, desde buen principio, es evidente que el tejo hembra no es como sus muchos hermanos y hermanas. Posee una vivaz curiosidad que, con el paso de los siglos, se convertirá en una insaciable sed de conocimientos. Sabe que está dotada de una memoria inmensa y congénita, aunque se le niega el acceso a ella (posiblemente porque es aún muy pequeña e inmadura). Así que la Madre Naturaleza envía a sus mediadores del conocimiento, que suelen ser insectos humildes pero muy sabios. Por medio de ellos y de su madre biológica, llega a saber muchas cosas sobre el bosque y el lugar que ocupan los tejos en él.

Aquí debo hacer una pausa y referirme a un libro que ha sido una poderosa influencia sobre la estructura de las memorias. Hace unos 2.100 años, vivía en Roma un hombre peculiar y escurridizo, Tito Lucrecio Caro, cuyo gran poema didáctico, *De Rerum Natura*, le ha sobrevivido a él, a Roma, al Sacro Imperio Romano, y sin duda llegará hasta un punto bien avanzado del tercer milenio. En seis sucintos libros repletos de sólidos razonamientos, una increíble imaginación y una hermosa poesía, expone todos los conocimientos y la sabiduría con el objetivo de permitir que el hombre alcance la paz mental y el desapego de todos los bienes terrenales. Algunos pasajes de esa obra son de una verdad atemporal y de una hermosura tan deslumbrante que pensé que había encontrado por casualidad un texto que trasciende a su autor y a su época (en realidad no fue por casualidad, porque esta obra fue uno de los textos latinos de los que tenía buen recuerdo de mis tiempos en el lycée, y por tanto se trató de un *repêchage* consciente).

La hembra de tejo crece junto a un lago,<sup>6</sup> que además es muy hermoso. No se trata de una elección casual. Los antiguos poetas irlandeses creían que el borde del agua era siempre un lugar donde se revelaba la *aicse*, la «sabiduría», el «conocimiento».<sup>7</sup> Investigué la etimología de palabras irlandesas (celtas) tales como *iubher*, tejo; *fidnemed*, posiblemente un santuario, Bile Tortan, y su centro místico sin dimensión, etcétera. La obra de Eoin Neeson, *A History of Irish Forestry*, me fue de gran ayuda. En ella, aparte de muchos atisbos valiosos de costumbres antiguas, descubrí una antigua jerarquía del bosque, basándome en la cual creé la mía propia, que fue la que

la madre tejo relató a esa hija suya tan precoz. Coloqué a los tejos en el máximo escalafón de la jerarquía de los árboles.

Animada por las noticias tan alentadoras, la tejo espera con ansia el momento de crecer en anchura, altura y, al final, hacerse con las riendas del poder. Ella era la princesa del bosque, destinada a suceder a su madre, la Reina.<sup>8</sup> Pero, por el momento, la pequeña tejo, con solo unas primaveras, está completamente anonadada al contemplar su medio ambiente, las pocas plantas estacionarias y los muchos animales móviles, la belleza pura del entorno. Cuando ve cómo llegan unas nubecillas de polen, y cuando su madre le explica que no son nubes, sino su padre, se queda encantada. La vida es maravillosa, y su madre es todo lo que necesito, todo lo que quiero, y no hay más.<sup>9</sup>

### 3

En algún momento entre su vigésimo y su trigésimo aniversario, la tejo descubre a los hombres. Al «hombre» más que a toda la humanidad, dado que la primera visión que tiene de los humanos es el drama de los cazadores de cabezas y su víctima prisionera. A partir de ese momento, sentirá una marcada preferencia por las hembras. Mucho más adelante será evidente que coloca en las mujeres la única esperanza de que la humanidad asimile la realidad y corrija sus caminos destructivos.

Pero frente a la extraña crueldad de los primeros hombres que ve solo siente sorpresa. Estos nuevos animales, hombres y mujeres, son seres misteriosos, que pueden proporcionar a los bosques una distracción bien recibida.

La loba le cuenta noticias alarmantes sobre esta «criatura humana» de tan reciente aparición. A pesar de todo, la tejo dudará en sentir temor por el hombre. Aunque todo el bosque resuena con la cantinela:

El hombre es malvado,  
malvado, malvado...



un druida aplaca sus temores.<sup>10</sup> En su ceremonia informal junto a la madre tejo (han elegido ese lugar como el bosquecillo sagrado de su tribu), deja claro que este pueblo adora a los tejos. La madre tejo le dice que han comprendido que el Espíritu pertenece a los árboles, y en especial a los tejos.

En consecuencia, la joven tejo reflexiona que el hombre no debe ser ese monstruo del que hablan todos. Después de todo, ha colocado al monarca del bosque, el tejo, en el centro de su religión. Además, el cadáver del hombre asesinado no está donde cayó. El equipo de limpieza del bosque ha estado trabajando en él, y la víctima ha regresado a la tierra, igual que todos los demás animales. Parece ser que el hombre también es efímero.

La tejo es joven, está verde, y siente por su entorno un temor reverente. Como muchos jóvenes inexpertos, se siente, en cierto sentido, invulnerable. Ni siquiera se le pasa por la mente que pueda sufrir heridas y dolores.<sup>11</sup> En estos primeros capítulos, seguimos detectando una sensación de contento y asombro maravillado.

## 4

La premisa de este capítulo es una rareza histórica: la famosa legión romana «desaparecida», la Hispana IX. Tras haber estado destinada en Bretaña durante bastante tiempo, desapareció de la faz de la tierra. Pensé que estaría bien relacionar este episodio histórico con el hecho de que los romanos no conquistaran Hibernia, es decir, Irlanda. La tejo sigue creciendo (tiene 122 años), y su historia, a medida que crece, se acompasa a la historia del mundo. Ahora las apuestas son más altas, como una especie de preparación para su futuro como reina de los bosques. Parece adecuado que sea testigo del acontecimiento que determinó la no invasión de Irlanda.

El héroe o arquetipo del capítulo es un tal Eneas, el hijo de un implacable tribuno romano que proyecta sus ambiciones sobre su hijo, que carece de ellas. Ya el propio nombre que le puso a este joven está preñado de connotaciones históricas.

En aquella época, *La Eneida*,<sup>12</sup> de Virgilio, era todo un éxito por todo el

Imperio Romano. Cediendo a la petición de Augusto, el poeta se había propuesto celebrar el nacimiento de Roma siguiendo el estilo de Homero y, según la opinión de todos, había tenido un éxito resonante. Nadie parecía detectar las implicaciones antiheroicas y ambiguas por las que esta epopeya resulta atractiva para los lectores modernos. Tampoco se apercebían de su tema central, un desarraigo constante y lamentable. Eneas se ve forzado, una y otra vez, a cortar sus raíces y avanzar hacia el destino que tiene marcado, no para seguir el propio camino que pueda elegir su voluntad. Eneas debe sufrir siempre. Él, el héroe desarraigado, se convierte incluso, para la reina Dido, en el portador del desarraigo.

Pero mi Eneas no será así. Ya no será un exiliado (en latín, *exsul* significa «desde la tierra»). A diferencia del Eneas original, el mío rehusará ser un *fato pro fugus*, un exiliado por la fuerza del destino, una persona totalmente desplazada. Esto es altamente simbólico. En realidad, es el primer caso de ese otro tema recurrente: la rebelión. Ésa es precisamente la misma rebelión que adopta la Doncella del Lago. Decide que ya no quiere seguir siendo una trampa para los hombres, incluso si se supone que eso es lo que debe hacer por toda la eternidad. La tejo fomenta la rebelión contra el destino, y admira a Eneas y a la Doncella por osar rebelarse contra un destino que ha sido marcado para ellos.

Este tema de la rebelión me lo inspiró una irresistible canción popular irlandesa, *The Raggle Taggle Gypsy*. Es posible que algunos pongan objeciones a esta asociación entre la poesía clásica latina y el folklore irlandés, pero la canción se entremezcla de una manera muy hermosa con la erudita poesía de Virgilio. Habla de una mujer que, llevada de un impulso, abandona al poderoso señor con el que estaba casada, con todo su dinero, sus tierras, su casa y su arrogancia, todo por un gitano desarrapado. ¿Cómo puede abandonar a su esposo por... ese? La mujer responde:

¿Qué me importa la tierra y la casa?

¿Qué más me da el dinero?

Prefiero un beso de los labios del gitano.

¡Me voy con el gitano desarrapado!

Vivimos en un mundo tremendamente contaminado por la avaricia, la

codicia, y es reanimador saber que existieron, y puede que aún existan, mujeres que renunciarán a todo por amor a un romance apasionado. En el meollo de esta canción vemos un gran idealismo, ese mismo idealismo que inspira a las naturalezas indomables.

Así que Eneas queda al fin sembrado en un suelo adecuado; la Doncella del Lago rechaza su vida de engañadora cambiándola por la devoción eterna hacia el enésimo hombre al que, se suponía, debía hundir en las profundidades del lago. La codicia sale perdiendo, dado que la invasión de la isla fracasa y el padre de Eneas es condenado a muerte; y el amor triunfa, dado que miles de hadas disuaden a los legionarios romanos de su empresa belicosa, y les convencen de que traben amistad, y acaben casándose, con las mujeres de la zona.

## 5

A estas alturas, la tejo ya tiene cuatro siglos. Se ha convertido en una aguda observadora de los bosques, eligiendo al atractivo madroño como amigo íntimo.<sup>13</sup> También se ha dado cuenta de que su madre está envejeciendo, pero eso es algo que no le preocupa, dado que todos los seres del bosque parecen amar a la gran matriarca. Pero le gustaría saber...más, dado que su curiosidad es, como siempre, insaciable. Bien pronto la visitará uno de los últimos intermediarios de la Madre Naturaleza: una oruga que le hablará de la guerra religiosa en que está sumida la Isla.

La transición de la religión celta a la cristiana será sorprendentemente rápida, pero distará de ser un camino de rosas. Afortunadamente, la tejo se quedará tranquila al enterarse de que incluso esta nueva religión ama profundamente a los tejos, aunque los lugares sagrados ya no estarán en los bosques, sino que serán construidos por manos humanas. Seamus Heaney ha escrito un ensayo sobre esta abrupta desacralización de la naturaleza, *The God in the Tree*. Según la nueva religión del hombre (procedente de una tierra árida y casi sin árboles), el dios ya no podía encontrarse en el árbol. Más bien había que buscarlo en un lugar de adoración enteramente edificado por la mano del hombre, una iglesia.<sup>14</sup> ¿Por qué San Patricio mantuvo al tejo en una posición

preeminente dentro de esta religión importada? El Papa Gregorio Magno fue un gran promotor de los misioneros, y lo bastante astuto como para enseñarles a incorporar las creencias y rituales locales a la religión cristiana. Eso es exactamente lo que sucedió con Patricio.

En parte, he estado reconsiderando la postura que adopté con respecto a la Iglesia, que quizá sea demasiado dura. Es un hecho que, durante trescientos años, a los cristianos los persiguieron, torturaron y mataron de las formas más espeluznantes (una de las cuales consistía en recubrirlos con pez y pegarles fuego para que, como antorchas humanas, iluminasen el Coliseo, donde más cristianos eran arrojados a los leones para entretener al público). Además, en el centro del cristianismo radica una apacibilidad desconocida en la mayoría de religiones anteriores. Sin embargo, no podemos olvidar que al principio de la Biblia está escrito, cuando Dios habla al primer hombre y a la primera mujer:

*Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sojuzgadla: y señoread sobre los peces del mar, las aves de los cielos y todo ser que se mueve sobre la tierra. (Génesis 1:28)*

Este pasaje inflamó la naturaleza predadora del ser humano. Todos somos testigos de los desastres que el hombre occidental, en concreto, ha provocado en esta tierra que ya no respeta, sino que somete y desvalija.

No es de extrañar que cierre el capítulo con la famosa expulsión de Irlanda de todas las serpientes. La versión que adopté me la contó un hombre (un anciano venerable) llamado Danny Cronin, una mina de saber popular de Kerry, mientras conversábamos en un pub de Killarney trasegando Guinness. Me encantó y la usé en el texto casi al pie de la letra.

Según la leyenda, San Patricio expulsó a la última serpiente de la Isla en Serpent Lake, cerca de Killarney, donde crece la tejo. Pretendo que sea una fecha notable, simbólica. La considero el principio de los problemas para la naturaleza de la Isla.

El nacimiento y la muerte marcan la vida temprana de forma decisiva. Nuestra tejo, que ahora ya es el árbol más atractivo del bosque, había creído ser una aguda observadora de la naturaleza. En lugar de ello, había malinterpretado por completo las señales de la muerte inminente de su madre... de las que hubo bastantes. Está tan acongojada que, durante treinta años, rehúsa seguir creciendo.

Se sabe que los tejos se comportan de una forma bastante errática en sus patrones de crecimiento. A veces este se acelera con la edad, otras se ralentiza y otras cesa por completo. Usé la peculiaridad propia de esta especie como si fuera un coma inducido por la propia tejo, un intento de suicidio. El árbol no solo está invadido por el dolor fruto de la muerte de su madre: también está furiosa consigo misma por no haber visto lo que fue tan evidente para todos los demás habitantes del bosque. Paralizada por la culpabilidad, apenas es capaz de tolerar su propia necedad y vanidad. La invade el dolor, y la vida se le vuelve insoportable. Así que, aun corriendo un gran peligro, la paraliza.

Pero lo que hubiera acabado con la vida de cualquier otro árbol, solo supone un perjuicio parcial para un tejo, en especial para este tejo. Por el contrario, se despierta a la vida gracias a los ruidos, desgracias y errores de un torpe visitante: el ermitaño.

Hasta entonces, los seres humanos no habían interferido con sus bosques. La tejo podría haber prestado oído a los alarmantes informes que transmitía la red de hongos subterráneos sobre los árboles que caían al suelo por toda la Isla. Pero no lo hizo. Estaba demasiado absorbida por ella misma y por la vida. Aquel recién llegado es poco más que un payaso. Y realmente la divierte, gracias a todas las actividades, aparentemente absurdas, de un fanático religioso tremendamente patoso. A ella le encanta verle vivir tan desconectado de su entorno natural, y tan lejos de aquel Dios (un dios que se encuentra en un libro, la Biblia, no en la cima de los montes, ni en los arroyos, ni en los bosques) cuyas bendiciones busca en vano. Entonces llega el otoño.

Cuando llega la primavera, el árbol se encuentra con dos sorpresas. Ahora el ermitaño reside en el propio tejo (ha construido su cabaña en las ramas).<sup>15</sup> Y lo que es más importante: su antigua torpeza ha desaparecido. Parece encontrarse totalmente a gusto en los bosques; en su rostro destella la serenidad.

La epifanía llega cuando el hombre bebe deliberadamente una infusión de

hojas de tejo, comiéndose un puñado de arilos y tragándose las semillas. Esto sería suficiente como para matar a un caballo. Pero no a este hombre. Le dice al árbol: «Sé que puedes oírme. Pero yo también te oigo».

Más adelante, la tejo verá cómo crecen hojas en el rostro del ermitaño, hasta que al final todo su cuerpo está cubierto de ellas. Por último, se dará cuenta de a quién ha estado hospedando: al Hombre Verde.

Consideré que esta era una manera sutil de combinar el mito y el folklore con teorías científicas o, más bien post-científicas, modernas. Más adelante en la narración retomaré el tema, de modo que esto es solo un avance. Lo que sucedió aquí, en pocas palabras, es que el campo mórfico del ermitaño se fundió con el de la tejo. Esta idea se desprende de la obra de Rupert Sheldrake *A New Science of Life: The Hypothesis of Formative Causation*. Así es cómo, y como notable excepción, un hombre pudo comunicarse directamente con un organismo superior, el tejo.

## 7

He intentado insertar en mi historia una universalidad paralela a la del propio tejo. Y, del mismo modo que cada capítulo es en sí mismo una parábola cuyo significado nos afecta a todos, árboles, animales, bacterias, células, átomos... he creído que no podía omitir un tema que forma parte de la vida y que además es coevo de ella: el conflicto y la guerra. Desde un punto de vista estrictamente botánico, el tremendo grado de concurrencia y conflicto que los árboles tienen en el bosque ha desmitificado, sin ninguna duda, el concepto de la paz bucólica. Lo cierto es que la guerra también forma parte del reino vegetal.<sup>16</sup>

Nuestra tejo poco podía imaginar que un día tendría que librar una guerra hecha y derecha contra los archienemigos de los tejos: los robles. El episodio del Hombre Verde, aunque mucho más significativo de lo que podría parecer a simple vista, fue un intermedio. Ahora que la madre ha dejado de existir, ahora que los robles se han aprovechado de más de treinta años de ausencia de liderazgo para invadir buena parte del territorio, es hora de contraatacar. Pero, antes de hacerlo, debe aceptar la plena responsabilidad y suceder a su madre

como Reina del Bosque y de la Isla.

Esto es algo que hace de mala gana. Al final conducirá a los árboles de hoja perenne a la guerra.

La inspiración sobre las tácticas de guerra la extraje de un clásico chino, un libro de más de dos mil años de antigüedad, El arte de la guerra (Sunzi bingfa/Sun-tzu ping-fa), compilado por el misterioso guerrero-teórico Sun Tzu. A la hora de elaborar esta mezcla, combiné elementos sobre estrategia, procedentes de esta fuente, con otros datos botánicos, así como con datos sobre la evidencia circunstancial contemporánea,<sup>17</sup> añadiendo una buena dosis de imaginación; esto me permitió elaborar una narración cohesiva que abarca más de tres siglos.

Este es el tiempo que dura la guerra, y al final la tejo buscará en su interior pistas que la ayuden a concluir. Entonces descubrirá el mortífero potencial que le ofrecen sus habilidades de guerra química, y los pondrá en práctica. En realidad, al hacerlo se pasará de la raya.<sup>18</sup>

Al final de la guerra, habiendo llegado y superado el umbral de los mil años de edad, con una salud perfecta y un poder aún mayor que antes, la tejo obtendrá la victoria, pero sin embargo se sentirá amargada y sola.

## 8

En una colección «de lujo» de diez volúmenes de literatura irlandesa, encontré por azar un poema, The Angel's Whisper, escrito por Samuel Lover, que él mismo, gran admirador del folklore aparte de experimentado escritor de canciones, debió oír o leer en otro lugar. Sus dos primeras estrofas dicen lo siguiente:

Una niña dormía y a su lado la madre lloraba,  
pues su esposo estaba lejos en el mar agitado.  
La tormenta rugía en torno a su morada,  
y ella suplicaba: «¡Dermot amado, vuelve ya a mi lado!  
Rezaba el rosario y la pequeña dormía,

sonriendo a su madre inclinada a su vera;  
«¡Bendita sea la paz que preside tu sueño,  
pues sé que los ángeles tu descanso velan».

Me imaginé a una tejo retorcida por el paso de los años (que le narraba la historia a nuestra tejo) junto a la puerta de la casita («la cabaña del pescador»); imaginé que a la madre se le concedía lo que pedía en oración; proseguí con el regreso, sano y salvo, del pescador, aunque había perdido su barco; y luego, bajo la influencia de todo esto y de las emotivas notas de un tema de los Waterboys, Fisherman's Blues, llené de pasión aquella pequeña casa del acantilado.

Gracias a las alas del amor y la analogía, volé al castillo de Dunloe, cerca de Killarney. Allí crecen dos magníficos tejos, una hembra y un macho que tienen al menos quinientos años de vida. Me concentré en su exuberante follaje, con sus ramas entremezcladas, abrazados durante siglos, tanto por encima del suelo como por debajo, por medio de sus raíces. Hablé del polen que el viento transportaría desde el tejo macho, situado a unos pocos metros, centímetros o incluso, en ocasiones, pulgadas, hasta la hembra, dispuesta a aceptarlo para germinar y tener descendencia antes del otoño. Y este proceso año tras año, desde el descubrimiento de América.<sup>19</sup>

Mi tejo anhela ese mismo abrazo, ese mismo afecto tangible, dado que se siente respetada, pero no querida. ¡Blasfemia!, puede exclamar alguien. El tejo, el Árbol Sagrado, el Árbol del Conocimiento, ¿enredado en deseos mundanales? Pero ¿quién es más hija de la tierra que la propia tejo?

Incluso los humanos, de vez en cuando, son capaces de ir más allá de la cópula y hacer el amor. Piensa de nuevo en esta expresión tan altisonante: hacer, crear el amor, ni más ni menos. Pura belleza. La tejo es testigo de las noches de pasión de una princesa local y un monje de Innisfallen, una isla situada en el centro de Lower Lake, donde se fundó un monasterio en el siglo VII. La relación amorosa entre ambos se caracteriza por una pasión extrema, y la única forma de extinguir esa llama es por medio de más fuego. Lucrecio viene a mi rescate: «*Namque in eo spes est, unde est ardoris origo, restingui quo que posse ab eodem corpore flammam*» («Pues aquí vemos la esperanza de que se apague el fuego partiendo del mismo cuerpo que fue el origen del ardor, algo que según la naturaleza es imposible»).<sup>20</sup> Pero a los amantes esto



les trae sin cuidado, mientras su amor arde durante la noche, justo al lado de nuestro árbol. Cuando llega el momento de que sus caminos se separen, sabiendo que ha sido su último encuentro, la princesa apasionada le dice a su amante: «Ama todo lo que sea amable» (haciéndose eco de W. B. Yeats, a lo cual yo añado:) «Ama todo lo que puedas, y más de lo que puedas».

Durante siglos, la tejo ha dado preferencia a algunas de las nubes de polen que le llegan procedentes de un árbol situado en un punto lejano. Nunca ha podido verlo. Sin embargo, anhela estar a su lado, hasta el punto de que llega a desear un imposible: carecer de «limitaciones gravitacionales» (una expresión técnica que saqué de la revista científica Nature, pero que aquí encaja muy bien). Resurge la herejía: ella quiere volar, volar hasta su amado. Pero ¿acaso no hay otras grandes herejías en la naturaleza? ¿Aves que no vuelan y mamíferos que viven como peces en la vasta expansión del océano salado?

De manera que aquellos que puedan amar, siempre que su amor sea genuino, deben hacerlo por todos los medios, y amar «sin restricciones, como lo hacen los amantes jóvenes, porque el amor habita en todos, y el amante en ti».

## 9

Maese Hood era un hombre amable  
inspirado siempre por el astro rey,  
pero su nombre real era Espinapez,  
su nombre real era Espinapez.

Así empieza una canción que debo haber escuchado demasiadas veces cuando era adolescente. Pensé que sería divertido reescribir la historia, o volver a reinterpretarla, y señalar que Irlanda fue el nacimiento de Robin Hood. Después de todo, había leído algo sobre un tal Ben de las Colinas, que hizo en Irlanda exactamente lo mismo que su compañero más famoso hizo en Gran Bretaña. Aquí tenía otro tema universal. Y, por supuesto, no hubiera

habido un Ben de las Colinas, un Robin Hood ni un Espinapez de no haber sido por el árbol del tejo, con cuya madera se fabricaron los arcos más famosos de la historia.

Este es un capítulo optimista. Aunque al oeste de Irlanda puede llover torrencialmente y parece que no vaya a escampar nunca, debo conceder a Espinapez la alegría que desprende.

¿Quién es Espinapez? Un pobre hombre, un paria, un mendigo, pero con una simpática y optimista actitud frente a la gigantesca adversidad que siempre ha sido su vida. Hasta su encuentro con la tejo, claro. Ella le influye subliminalmente y consigue hacerle arrancar una de sus ramas. Esa rama se convertirá en un poderoso arco, cuya resonancia mórfica permitirá a la tejo seguir, desde lejos, las aventuras de Espinapez. Aventuras que, al principio, son más percances que otra cosa.

Con el tiempo adquirirá destreza en el tiro con arco y en robar dinero para dar a los pobres, así como en el arte del galanteo. Las mujeres tendrán la fantasía de besarle sobre un manto de flores silvestres; los sheriffs estarán obsesionados por capturarlo. Al final escapará de milagro a una emboscada y cruzará el canal, llegando a la Isla más grande, situada al este de Irlanda. Allá sus hazañas se convertirán en la misión de redistribuir las riquezas, y muchos arqueros felices unirán a él sus fuerzas. Pero la señal del arco de tejo, debido al aumento tanto de la distancia como del tiempo, acabará difuminándose y desapareciendo, de modo que, como dice la tejo, habrá que buscar sus leyendas en otra parte.

Una vez más, vemos el tema de la rebelión contra la injusticia, contra un destino que otros hombres impusieron a Espinapez hasta que este descubrió que podía cambiarlo, ¡y todo gracias a «un palo de madera»!

## 10

La tejo llega a la mayoría de edad, y su memoria innata y largo tiempo adormecida despierta. Ya ha experimentado la emoción de viajar, sin moverse, por medio de especies afines a la suya (como el Podocarpus, el enebro, etc.), siguiendo una línea de proximidad botánica.<sup>21</sup> Ahora descubre que puede

viajar atrás en el tiempo gracias a su inmensa memoria, su consciencia colectiva. Regresará así hasta el primer tejo, el primero árbol en este planeta. Verá entonces a los dinosaurios, será testigo de su final, y presenciara la ruta evolutiva hasta estos toscos recién llegados: los humanos. Los verá aterrorizados e indefensos, a merced de las bestias salvajes y los fenómenos meteorológicos, y se cuestionará las imperfecciones de la propia Madre Naturaleza. ¿Por qué creó unos animales tan poco perfectos como los dinosaurios? ¿Por qué permitió la aparición del hombre sobre la tierra, el peor de sus errores? Porque está claro que el hombre, en esta fase temprana de escasa sintaxis cerebral, era mucho menos competente que muchos otros mamíferos.<sup>22</sup> Pero el hombre, a diferencia de los dinosaurios, puede progresar. Y además, a un ritmo alarmante. El hombre domina la naturaleza, pero pronto deja claro que es incapaz de controlar sus inclinaciones hacia la rapiña y el asesinato.

La madre biológica de nuestra protagonista había muerto, evidenciando que al final incluso a un tejo le llega la muerte. La tejo somete a su escrutinio a la Naturaleza, su madre natural y más severa, descubriendo la multitud de errores que esta ha cometido en sus quehaceres. La tejo se siente abandonada, pero está demasiado inmersa en sus viajes por el tiempo, y es demasiado orgullosa como para preocuparse por la injusticia inherente en la naturaleza.

## 11

Algunos frailes franciscanos vienen a vivir en su bosque y deciden construir una abadía (1448). De una forma impropia de los franciscanos, empiezan a desmontar el bosque para disfrutar una visión del lago sin impedimentos. ¡Y la primera víctima ilustre es la Reina del Bosque!

Por supuesto, es irónico que los leñadores, es decir, los profanadores, sean frailes. Este es uno de los problemas de la religión cristiana: su olvido de la naturaleza, su completo antropocentrismo. No puedo por menos que sospechar que esto se debe al lugar de origen del cristianismo, y antes de este, del judaísmo: una tierra vacía, árida, ¿poco amante de los jardines, quizá?; colinas y desiertos caracterizados por la intensa luz del sol y por escasas

lluvias. Las divinidades del panteón celta estaban mucho más sintonizadas con la naturaleza circundante, posiblemente porque tenían mucha naturaleza verde con la que sintonizar. Por consiguiente, los delegados de la religión, importada por Patricio mil años antes, son los encargados de realizar el acto más sacrílego imaginable.

La «resucitación», aunque documentada científicamente y plausible,<sup>23</sup> desprende un halo milagroso, y por eso, de repente, la tejo salva su vida y ve cómo la protegen. Los mismos frailes responsables de su tala, cuando ven doce renuevos que brotan de su tronco cercenado, ven en ellos a los doce apóstoles, y el mensaje central de la resurrección de Cristo, y deciden construir el claustro en torno al tocón, en vez de desarraigarlo.

Es solo ahora, herida y al borde de la muerte, humillada, violada, cuando la tejo presta atención a todo el sufrimiento que ha tenido lugar en su Isla. Solo ahora, paradójicamente, se convierte en la Reina amante de su Isla, ahora que al fin percibe y siente los gritos de agonía de millones de árboles talados por manos humanas.

Si bien al principio el odio es la fuerza primordial que la hace volver a la vida, con el paso del tiempo y una comprensión más profunda (la compasión) seguirá viva exactamente por el motivo opuesto: el amor.

## 12

Ahora la tejo tacha a los humanos ¡de «amables oyentes»! Y esto después de haberse burlado de ellos durante siglos, considerándolos viles animales. Ya no se dedica a insultar a nada ni a nadie. Por amor a los pocos humanos inocentes que pueda haber, hace una lista de las atrocidades y la devastación que su Isla ha tenido que padecer debido a las torturas del hombre.

Irlanda (como la invadida) mucho más que Inglaterra (la invasora) simboliza el problema de la deforestación que llega hasta el extremo de la desertificación. Eire era una tierra de bosques; los ingleses, impelidos por el ansia de construir barcos en sus astilleros, la convirtieron en una pradera. Si no se ha convertido en un desierto ha sido gracias a la «fortuna» de sus abundantes lluvias.

En la triste situación de los invadidos, los usurpados, los agredidos, los heridos y los asesinados, hay algo universal. Casi todos los países de este mundo, durante su historia, han conocido el dolor de ser rehenes en su propia tierra. Algunas naciones han tenido esta experiencia repetidas veces. Para otras fue una pesadilla que duró siglos. Si durante un momento sustituimos un virus por un ejército invasor, una enfermedad por una guerra, llegaremos a la verdad universal de que esto forma parte, sencilla y lamentablemente, de la vida, tal y como la conocemos, en cualquier lugar y en cualquier época.

Pero la esperanza nunca debe morir. Debemos contemplar la implícita y desconcertante ambivalencia de la vida. Nuestra obligación consiste en alterar el equilibrio (si es que existe) entre el bien y el mal. A pesar de la inmisericordia de los invasores y su tan extendida brutalidad, a pesar de las hambrunas y los desalojos en masa, hay algunas señales esperanzadoras de que algún día el hombre recupere el sentido común, aunque no hasta principios de nuestro siglo. Esta esperanza llega hasta la tejo por medio de la boca de una encantadora niña francesa, Claire, a la que llama «bendito y pequeño heraldo de la verdad». Luego vendrán algunas señales más tangibles, como la inauguración de los primeros parques nacionales, las reservas naturales y, mi expresión favorita, los «santuarios naturales».

Son unos cuantos seres que luchan en medio de un mar embravecido, pero al menos son algo a lo que poder aferrarse.

## 13

La tejo, que ya tiene dos mil años, ha vivido una vida intensa, rica, victoriosa. Ha superado todos los obstáculos, incluso el de ser talada hasta las raíces. Una vez más puede declarar al mundo su soberanía. Se ha convertido en monumento nacional, y disfruta de una cerca metálica en torno a su tronco, que la protege; de placas explicativas en las paredes de la abadía, y de cheques regulares por parte del superintendente del Parque Nacional, que sigue las instrucciones directas de la Oficina de Obras Públicas.<sup>24</sup>

Una tejo más joven se hubiera sentido tremendamente orgullosa. Hubiera considerado que ese triunfo valía la pena celebrarlo. Pero nuestra tejo es más

madura.

Se le ha concedido una voz, y ha decidido llegar hasta nosotros. Lo ha visto todo, mucho más de lo que quiere divulgar. No tolera la injusticia. Ya no le importa la Madre Naturaleza, a la que ve como una madre dura e insensible. Acusa a la «selección natural», porque nada tan abominablemente injusto como la supervivencia del más fuerte debería considerarse «natural», sino, debido a su extrema crueldad, antinatural.<sup>25</sup> Ella ha disfrutado de una vida maravillosa, ¿no es cierto? Debería mostrarse más agradecida, y dar gracias a la Madre Naturaleza por ese privilegio. Pero ¿qué pasa con todos esos organismos que ni siquiera pueden decir que han tenido una vida decente, no ya maravillosa?

La Madre Naturaleza podría matarla por esta herejía, y por su falta de gratitud. La tejo la desafía a que haga lo que quiera. O que, aunque sea por un momento, intente imaginar un lugar más agradable, donde no haya competencia ni competidores, donde todo grano de polen polinice a una flor, donde todo el mundo disponga de espacio para moverse...

Los humanos no deberían creer que el mundo está regido por leyes eternas. Se trata de meros hábitos, y de la inercia originada en la fuerza de la costumbre.

Ahora la tejo es una criatura que ama a todos y a todo incondicionalmente. Ha perdonado con creces a los malhechores, y les ama sin reservas. Pero este amor incondicional no puede mantenerse dentro del difícil mundo del reino vegetal. Por consiguiente, ha llegado la hora de abrir una vía hacia la liberación. Tiene la esperanza de que, quizá, si todos pensáramos sobre ese lugar carente de conflictos, donde hay riquezas abundantes para todos, podríamos hacer que existiera. Quizá ya exista.

Y, conscientemente, abandona la vida. «Ahora solo quedan cinco [hojas] hasta el final.»<sup>26</sup> (Esto se corresponde con las cinco hojas en blanco del libro.) «Cuando hayas vuelto sin apuro la última hoja, habrá amanecido de nuevo, y yo me habré marchado hacia los cielos, allá en lo alto, y más allá.»

Habiendo dicho esto, cerramos el círculo y regresamos al dicho de Wittgenstein: «Debemos guardar silencio sobre las cosas acerca de las cuales no podemos hablar».

# AGRADECIMIENTOS

Una de las máximas de la modernidad prescribe lo siguiente: «Todo el mundo es importante, pero nadie es indispensable». Debo contradecir esta aseveración, dado que muchas de las personas a las que doy las gracias en estas líneas, si no todas, han demostrado ser indispensables en su contribución a *Memorias de un árbol*, ya sean humanos, lugares o árboles. La verdad es que sin ellos este proyecto no hubiera sido posible.

Te doy muchísimas gracias, Stenie, mi guapa mujer gallega, por tu apoyo. A diferencia de la mayoría de esposas (amables), has demostrado una vez más no solo que eres encantadora, sino que me sirves de modelo para la elaboración de un personaje femenino. Y no debo olvidar a nuestros hijos. Tano creó el diálogo entre el padre y la hija en el capítulo doce; Pietro hizo que no dejase de tocar con los pies en la tierra gracias a sus múltiples interrupciones, pero lo cierto es que nunca logré obligarme a cerrar la puerta; Nicky nació cuando llevaba escrita la mitad de estas memorias. Gracias a todos vosotros.

Vaya mi agradecimiento para el difunto Alan Mitchell, Medalla de Honor Victoria, Trustee del Tree Register of the British Isles, a quien expreso mi gratitud por su inestimable ayuda botánica, su generosidad y su amistad, nacida de nuestro común amor y conocimiento de los árboles. Su manera tan confiable de transmitirme ánimos, sus docenas de extensas cartas escritas a máquina, sus conversaciones telefónicas, nuestras reuniones y comidas juntos fueron más que inspiradoras: fueron esenciales. El mundo ha perdido a un gran hombre. Mi gratitud se hace extensiva a su esposa, Philippa, tan inteligente y generosa como él.

También quiero dar las gracias al difunto Aidan Brady, Director de los National Botanical Gardens, en Glasnevin, Dublín; afortunadamente, pude

transmitirle mi gratitud cuando aún se contaba entre nosotros. Su contribución ha tenido una importancia incalculable.

Sir Ghillean Prance: gracias por su apoyo incesante; por leer el manuscrito en sus diversas versiones; por sus sugerencias, y por su inestimable amistad.

Rupert Sheldrake: gracias por su inteligencia y su amistad. Gracias también por sus hipótesis y teorías, algunos aspectos de las cuales he introducido en la novela.

Jill Purce: gracias por su perspicacia, industriosisidad y por su influencia en las altas esferas.

Christopher Sinclair-Stevenson: gracias por su editing «transversal», sus muchas sugerencias y su característica paciencia.

Quiero expresar también mi gratitud por su cálido respaldo a las siguientes instituciones y personas:

The Conservation Foundation, que en 1987 inició su campaña para llamar la atención sobre los antiguos tejos ingleses. Por medio de una serie de artículos publicados en revistas y aparecidos en programas de radio y televisión, la Fundación animó a las personas a medir a los antiguos tejos locales, de modo que pudieran realizarse cálculos sobre su edad que figurarían en certificados dispuestos en las iglesias o edificios públicos cercanos a ellos. Diez años después, la Fundación lanzó su impactante iniciativa Yews for the Millenium, donde invitó a las comunidades locales a celebrar la llegada del año 2000 plantando árboles jóvenes crecidos a partir de esquejes de casi 40 tejos que según se calcula tienen más de 2.000 años de antigüedad. Desde entonces se han distribuido casi 8.000 tejos, y muchas de las personas que los están plantando han empezado una asociación firme con la Fundación, funcionando como Parish Pumps, permitiéndoles así recibir información sobre el medio ambiente y consejos que pueden luego transmitir a sus comunidades locales. El equipo de Yews for the Millenium lo forman: el Prof. David Bellamy, David Shreeve, Libby Symon, Charlotte Triggs, Fergus Kinmonth (coleccionista de esquejes), Martin Day (cultivador de esquejes).

El Dr. Stephen Blackmore; el Natural History Museum y el Royal Botanic Garden, de Edimburgo.

El Prof. Richard Bateman, Keeper of Botany en el Natural History Museum.



Jean-Paul Jeanrenaud, de WWF, tanto la sección británica como la internacional; fue uno de los primeros en ofrecer su colaboración y su ayuda, con fraternal generosidad y una indiscutible competencia.

Ivan Hattingh, Director of Development, por su respaldo y promoción creativa, en la división británica de la WWF. The Royal Botanic Gardens en Kew.

Robert Osborne y el Tree Council.

John Counce y el teniente Col Carr, y la International Tree Foundation.

Martin Blunt y Tree Spirit.

El difunto Phil Drabble.

Pini Araldi Guinetti, amante de las bellas letras y buen amigo: gracias por tus años de comprensión, respaldo y correspondencia. Por último, pero no por ello en último lugar, muchas gracias por tu generosidad.

Muchas gracias al Department of Arts, Heritage, Gaeltacht and the Islands; su ministro, Síle de Valera, T. D.; su secretaria personal, Sheila Glasneyin. Es un maravilloso conferenciante al aire libre, y un contribuyente amable y meticuloso a mi empresa.

El Sr. Cormac Foley, ex Deputy Superintendent de Killarney National Park, Co. Kerry: muchísimas gracias por presentarme a todos los tejos que contribuyeron a contarme sus memorias. Su acompañamiento in loco y las cartas que intercambié conmigo antes y después de mi vista han tenido un valor incalculable. Me ha demostrado, aun sin ser consciente, que la historia se escribió a sí misma.

Danny Cronin, ex Overseer del Killarney National Park; miembro del Consejo (así como fundador) de The Irish Deer Society, y un fabuloso narrador: gracias por sus historias, detalles y sabios consejos.

Dan Kelleher, Regional Manager; y Paddy O'Connor, Office Supervisor, Killarney National Park.

Allen Meredith, gracias. Ambos hemos oído el clamor del tejo. Como lo expresó George Macdonald:

«Tú vas por tu camino y yo por el mío: muchos senderos seguimos; / muchos días, y muchos caminos, que rematan en un solo fin. / Muchos errores

y sus cánticos curativos; / muchas carreteras y muchas posadas; / espacio para vagar, pero solo un hogar / todo el mundo tiene que ganar».

Dr. Alex Shigo: gracias por sus sugerencias y por su visión, convincente y revolucionaria (¡y expuesta de la forma más vehemente posible!) sobre el mundo vegetal.

Marco Salvi: gracias por sus años de ánimo y apoyo, por su generosa hospitalidad desde Westwood (Los Ángeles) hasta Chelsea (Londres), y por estar siempre ahí cuando hace falta.

Federico Mennella: gracias por sus años de interés, ayuda y ánimo, y por contribuir a este proyecto en concreto.

Gardner Monks, littérateur, bibliófilo, mago del cine y buen amigo: gracias por tus meditadas aportaciones, tu respaldo y paciencia, y tu buena disposición a ayudar.

Elisabeth Wansbrough: gracias por apreciar mi trabajo y darme tu apoyo.

Jonathan Williams, gracias por todas las cosas irlandesas.

Grant y Joyce Beglarian, Bob Silverstein, Gabriele Vugliano (in memoriam) y Dado Redaelli Sommi Picinardi: gracias por vuestra maravillosa capacidad de animarme.

Gracias también a Julia Hickey, Assistant Librarian en el Natural History Museum, Londres; Miss C. A. Oldham, de la Forestry Commission Library; Barbara V. Lowry, Administrative Officer en la Library of the Royal Botanical Gardens, Kew.

Emma Cummings, y el estupendo Eden Project.

Ernesto (Pescini): gracias por compartir conmigo tu arte.

Thierry y Karin, Sue, Carol y todos los miembros de Findhorn Press a ambos lados del Atlántico: *bravi* y gracias. Y gracias también a Tony Mitton, por su maravillosa labor *limae* y sus sugerencias.

En el capítulo trece me temo que menciono con ligereza y bastante desaprobación un estupendo proyecto humano: «Bringing Mars to Life». Este se ha propuesto en un artículo publicado en la revista científica *Nature* (volumen 352; nº 6335), y sus autores son Christopher P. McKay, Owen B. Toon y James E Kasting.

El antiguo poema irlandés del que cito unos pasajes en el capítulo seis, *The Hermit's Song*, ha sido traducido al inglés por Frank O'Connor.

Irlanda y sus gentes han constituido una inspiración por sí solas, de modo que gracias, isla verde y visionaria; gracias, gentes que también lo sois.

El venerable tejo de la Muckross Abbey es la *conditio sine qua non* de todo este proyecto; mis palabras no pueden dar las gracias a este árbol como yo desearía.

Por último, gracias a los tejos y a todos los árboles, pertenecientes a muchas especies. Nos habéis soportado desde que aparecimos sobre la tierra, y habéis sido las víctimas de nuestros descuidados rituales. Ahora se os ha concedido una voz. ¿Quién sabe? Esperemos que nuestros ritos se renueven y sean más amables.

# **UNA ADVERTENCIA A TODOS LOS LECTORES**

Todas las partes del tejo, las hojas, ramas, corteza y madera, son tóxicas, excepto las bayas (que reciben el nombre técnico de «arilos»). En realidad, son letales para los humanos y la mayoría de animales. Pero las bayas son perfectamente comestibles, aunque se ha de tomar la importante precaución de NO ingerir la pipa que contienen que, sobre todo si se mastica, también es venenosa. Si deseáis probar las bayas, eliminad primero la pipa.

# **GUIDO MINA DI SOSPIRO**

Nació en Buenos Aires, en el seno de una antigua familia de la aristocracia italiana, pero fue criado en Milán desde que tenía solo tres meses de vida. Ahijado del compositor húngaro Miklós Rózsa, por invitación de este se trasladó a Los Ángeles, donde estudió en el Departamento de Producción Cinematográfica de la Universidad de California del Sur. Más tarde se casó en Nueva York y al cabo de un tiempo se mudó a Florida. Allí, en su estudio a prueba de huracanes e insonorizado, a la sombra de los robles, rodeado de enredaderas y visitado por ardillas, oposums, mapaches y zorros, ha escrito la historia del tejo inglés que transcurre íntegramente en su amada Irlanda. Hoy día vive en Miami con su esposa gallega y sus tres hijos, con quienes visita cada año Europa.

**[www.guido-mina-di-sospiro.com](http://www.guido-mina-di-sospiro.com)**

# NOTAS

<sup>1</sup> Si el lenguaje, como interfase, debe tener un papel en la gnosis, un juego de palabras (un *sprach spiel*) podría entenderse, desde este punto de vista, como una invención filológica «arcana», que atraviesa construcciones cabalísticas y emblemáticas, por medio de etimologías ocultas y descodificaciones sufíes, como si se tratase de un retorno a un estado anterior a la torre de Babel, donde todo el mundo se entendiera.

<sup>2</sup> No tengo necesidad de aventurarme, en este caso, en la taxonomía comparativa, pero hemos de admitir que existen sorprendentes similitudes entre el *Taxus* y el *Podocarpus*, cuya distribución natural va desde los trópicos hasta el hemisferio austral. Entonces, dado que el *Taxus* se encuentra por todo el hemisferio boreal, podemos afirmar que hablamos de una planta cuya versatilidad la convierte en el verdadero habitante de cualquier lugar del mundo. Desde el punto de vista mitológico, el Árbol Universal, también llamado el Árbol Cósmico, es un motivo muy extendido entre diversos pueblos anteriores y posteriores a la aparición de la literatura, en todos los continentes. Define la condición humana/profana en relación con el ámbito de lo divino/sagrado. Desde la antigüedad se han escrito tratados esotéricos sobre este tema. Las revelaciones que contienen no dejan de ser chocantes. El lector interesado en el tema puede usar como punto de partida el artículo de P. L. Travers, «In Search of the World Tree», publicado en la revista *Parabola*, en el número de otoño de 1999.

<sup>3</sup> Irlanda constituye el emblema de un proceso alarmante presente en todo el mundo: la desertificación.

<sup>4</sup> Para mí el lenguaje es mucho más que un vehículo de la comunicación.

En él detecto una naturaleza sobrenatural que va más allá de Wittgenstein, George Steiner y todos los lingüistas occidentales. ¿Qué hemos de hacer con el idioma de los Hopi, que carece de tiempos verbales y conceptos relativos al pasado y al futuro? ¿Y con el esperanto, que se basa en la gramática turca (¡!)? ¿O con el árabe, el lenguaje más preciso y antiguo de todos los semíticos, construido sobre principios matemáticos, y a un nivel filológico muchísimo más arcaico que, por ejemplo, el hebreo?

<sup>5</sup> Esto es lo que dijo Keith Jarrett, en referencia a la primera nota de sus improvisaciones para piano, en un concierto al que asistí en Los Ángeles.

<sup>6</sup> El principio está imbuido de una atmósfera feérica. Todos los conceptos geográficos estarían fuera de lugar en este estadio. Ciertamente, por medio de las memorias ofreceré los mínimos datos topográficos posibles que me permita el contexto. Sólo más adelante se irá viendo que la tierra en la que crece nuestra tejo es la irlandesa. Esto se debe a que la tejo se siente realmente en el centro del universo, como princesa de este. Irónicamente, será gracias precisamente a su posición periférica por lo que los ejércitos invasores la dejarán tranquila una y otra vez.

<sup>7</sup> No debo detenerme aquí sobre los significados esotéricos que puedan hallarse en la Irlanda antigua en el momento en que empezaba a crecer nuestro árbol. Baste decir que estudié a fondo las antiguas creencias celtas tanto en Irlanda como en la Gran Bretaña de nuestros tiempos, en lo tocante a árboles, bosques, religiones, creencias, rituales.., lo cual me condujo a menudo a unas revelaciones sorprendentes.

<sup>8</sup> Este es un tema central en la vida de la tejo: la jerarquía. Y también la tradición. En otras palabras, las obligaciones de la excelencia. Considerando que otro tema igualmente esencial es la rebelión, en esta ambivalencia radica parte de la complejidad de la personalidad de la heroína.

<sup>9</sup> Son algunos versos tomados de una canción de los Waterboys.

<sup>10</sup> Mediante la palabra «druida» no quiero referirme a un «sacerdote» en ningún sentido, sino más bien a un hombre sabio y poderoso. Los druidas irlandeses, en particular, eran *magi*, estando un grado por encima de su contrapartida moderna, los sacerdotes de la ciencia.

<sup>11</sup> «*Los golpes de la vida*», tal y como llama el poeta peruano César Vallejo a las tragedias que tienen lugar en ella.

<sup>12</sup> Por supuesto, Virgilio no sólo fue un ilustre poeta clásico. Sus primeras

obras fueron prácticamente tratados agrícolas en verso, donde hallamos hasta el más mínimo detalle relativo al cultivo de la tierra, desde cómo y cuándo podar diversos árboles y arbustos hasta cómo alcanzar el éxito en la apicultura. Siendo como era él mismo un competente agrónomo, podría haber sido científico de profesión si hubiera existido la ciencia, o lo que hoy día conocemos con este nombre. Su amor por las plantas y la naturaleza siempre fue superior a su amor por la literatura, por intenso que este último llegara a ser.

<sup>13</sup> Aunque es originario del Mediterráneo, el madroño (*Arbutus unedo*) es también endémico, curiosamente, del suroeste de Irlanda, sobre todo cerca de Killarney. Se cree que este longevo árbol de hoja perenne es una reliquia procedente de un momento anterior a la última glaciación.

<sup>14</sup> El historiador romano Tácito, cuando escribía acerca de los druidas galeses y sus rituales, comentaba que carecían de templos, porque «creían que era absurdo darle forma antropomórfica o limitar al perímetro de una casa a aquel Ser que creó la inmensidad de los cielos». Los ritos drúidicos solían realizarse dentro de un bosquecillo sagrado.

<sup>15</sup> Me inspiró el antiguo poema *The Hermit's Song*. No sé leer irlandés, pero me hice con algunas traducciones al inglés. Mi favorita es la de Frank O'Connor, que es la que he adoptado.

<sup>16</sup> «Alelopatía» es el término botánico que describe la inhibición y/o supresión del crecimiento en una especie de plantas mediante unas toxinas producidas por la misma especie u otra. Hay diversos tipos de hormonas vegetales (sustancias reguladoras internas y, en este caso, externas) que las plantas utilizan. Entre ellas se cuenta la auxina, que fomenta la prolongación del tallo; la cinetina, que promueve la división celular; y otras. ¡Y pensar que la mayoría de países han prohibido la guerra química...!

<sup>17</sup> Una por encima de todas: la anomalía del bosque de tejos de Killarney National Park. Es uno de los tres únicos bosques compuestos únicamente de tejos. La naturaleza no tolera bien la existencia de tales bosques, como sí lo hace, por ejemplo, con los robledos, hayedos, manglares, etcétera. El Killarney Yew Stand es el más grande del mundo, abarcando el territorio que va desde el Lower Lake al Middle Lake. La mayoría de los robles nativos se encuentra al otro lado de la península, en bosques compactos, casi sugiriendo que alguien los ha empujado a esa zona (esto es lo que yo llamo «evidencia



circunstancial»). No pude resistir la tentación de explicar cómo se originó el bosque de tejos. También expliqué la otra rareza: la ausencia de picamaderos en Irlanda.

<sup>18</sup> Los hongos micorrizales viven en simbiosis con las raíces no leñosas y absorbentes de los robles. Muchos árboles dependen de esta asociación mutuamente beneficiosa entre hongos y raíces, sobre todo los robles, mientras que los tejos pueden prestarse a ella o vivir sin hacerlo. En esencia, el delicado equilibrio entre la planta anfitriona, en este caso el roble, y el simbiote, los hongos micorrizales, da como resultado un aumento de la absorción de minerales para ambas especies. En la época en que los robles se desprenden de la capa superficial de sus raíces, la tejo se las arregló para alterar la formación de la protección radical en la base de las raíces moribundas. Sin esta protección, el amigo de ayer se volvió el enemigo de hoy. Los hongos se revolvieron contra los robles y empezaron a digerir las raíces no leñosas. Los robles presentaron una batalla desesperada, pero fue en vano.

<sup>19</sup> Hay muchos textos sobre la sexología vegetal, y *The Sexual Relations of Plants*, de Charles Allen, publicado en 1886, es el texto... seminal de todos ellos.

<sup>20</sup> Resulta de lo más apropiado insertar aquí la contrapartida de ciertos versos de un poeta que distaba de ser desapasionado, y que por el contrario era uno de los más apasionados de todos: Catulo, cuando cantaba a su amante y obsesión de toda una vida, Lesbia: *Da mi basia mille, deinde centum, / Dein mille altera, dein secunda centum, / Deinde usque altera mille, deinde centum. / Dein, cum milla multa fecerimus, / Conturbabimus illa, ne sciamus, / Aut ne quis malus invidere possit, / Cum tantum sciat esse basiorum.* (Dame mil besos y cien más, / dame otros mil y cien más, / siempre, siempre mil y luego cien más. / Y cuando al fin haya mil de ellos, / cerraremos la cuenta para olvidarlo todo, / para que nadie pueda lanzar un conjuro envidioso, / contra tantísimos besos).

<sup>21</sup> Elaboro esta idea, aunque de forma bastante indirecta, a partir de las teorías de Rupert Sheldrake. Cuando le hablé *de viva voce* de la interconexión entre la tejo y otros árboles mediante una vía de proximidad botánica, le pareció una idea inteligente y plausible dentro del contexto de sus opiniones. Hasta que leí sus obras, estuve convencido (o me habían convencido) de que,

tras los divorcios históricos entre la ciencia y la religión o religiones, vivíamos en un sacerdocio científico-tecnológico en el que todo podía explicarse desde un paradigma meramente mecanicista. Sheldrake me hizo darme cuenta de que incluso un científico puede tener convicciones espirituales, y creer en algo más que lo que pueden medir nuestros tan limitados instrumentos. El microscopio y el telescopio, por mencionar sólo dos de ellos, nos han demostrado de una forma bastante impactante que en esta vida hay más de lo que se percibe a simple vista. El mundo visible siempre ha estado gobernado por el invisible. A pesar de esto, la ciencia occidental exige pruebas palpables de todo lo que propone. Sin embargo, Heisenberg desbancó el determinismo hace casi un siglo. En cuanto a la lógica (la última y resistente herencia del positivismo), fue machacada e inconscientemente rematada por los cálculos multivalor/la lógica multivalor de Lukasiewicz. El mundo necesita científicos en sintonía con múltiples realidades, conscientes de que el hombre está inserto en su entorno y sus tradiciones. En otras palabras, la influencia de Sheldrake sobre mi obra no nace de una inclinación hacia la erudición o la excentricidad. Más bien se deriva de la necesidad de devolver el espíritu al mundo, al lugar donde debe estar. Otro ejemplo persistente de la compatibilidad entre la ciencia y el espíritu es el que representa sir Ghilleen Prance, que es un gran admirador de *Memorias de un árbol*. Es un etnobotánico casi legendario, y un científico de primera línea mundial, y además un hombre profundamente religioso.

<sup>22</sup> Ver el sorprendente pasaje en *De Rerum Natura*, de Lucrecio, libro V, 925-1010.

<sup>23</sup> La regeneración mediante capullos epicórmicos, respaldados por la energía almacenada en las células de las raíces.

<sup>24</sup> El verdadero tejo de Muckross Abbey fue objeto de algunos entusiastas comentarios de W. M. Thackeray en su libro de 1842 *The Irish Sketch Book*. Anteriormente, Thomas Crofton Croker, en su *Killarney Legends*, dedicó una sección del capítulo V, titulado *The Abbey*, al tejo.

<sup>25</sup> El trabajo de varios científicos involucrados en la ciencia de la complejidad ha atacado algunos aspectos demasiado absolutistas del darwinismo. Incluso el neo-darwinismo se está quedando obsoleto, y fomenta, y ciertamente lo ha hecho en el pasado, convicciones perniciosas y actuaciones relativas por parte de personas y gobiernos que intentaban afirmar

su superioridad sobre otros. La evolución es tan sólo otro mito elaborado por el sacerdocio científico, y necesita una reevaluación urgente.

<sup>26</sup> *Five Leaves Left* es el título de un álbum legendario del cantante de folk británico Nick Drake.